



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Kitsch, cultura diaria y nostalgia. Reflexión (en primera persona) sobre el fenómeno del kitsch

T E S I S
I N D I V I D U A L

PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN FILOSOFÍA

PRESENTA

YARA SELENE SALINAS LEÓN

DIRECTOR:

DR. JUAN GRANADOS VALDÉZ





Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de
Información



Kitsch, cultura diaria y nostalgia. Reflexión (en primera
persona) sobre el fenómeno del kitsch

por

Yara Selene Salinas Leon

se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional](#).

Clave RI: FILIN-204213-0223-223



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Filosofía

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

“Kitsch, Cultura diaria y Nostalgia. Reflexión (en primera persona) sobre el fenómeno del kitsch”

Opción de titulación
Tesis

Que como parte de los requisitos para obtener el título de
Licenciado en Filosofía

Presenta:
Yara Selene Salinas León

Dirigido por:
Dr. Juan Granados Valdéz

Dr. Juan Granados Valdéz

Presidente

Firma

Mtro. Rafael Martínez Reyes

Secretario

Firma

Mtro. Daniele Cargnelutti

Vocal

Firma

Mtra. Erandi J. X. Vega Ayala

Suplente

Firma

Lic. Mary Carmen Garduño Rodríguez

Suplente

Firma

Centro Universitario, Qro.
Fecha de aprobación por el consejo académico
3 de marzo del 2022
Querétaro, México.

AGRADECIMIENTOS

A mi papá Alberto Rangel Garcia, que ha posibilitado mis estudios con su motivación y financiamiento económico, así como su confianza puesta en mis proyectos.

A mi mamá Laura Salinas Luna por su motivación y cuidados a lo largo de mis estudios universitarios, por todo su amor y confianza en mis anhelos.

A mi abuelita Rosa María Gonzales, por todo el amor que me ha otorgado desde siempre, por los picnics en el cerro, mis comidas favoritas, todas las pijamadas armonizadas por la mano peluda, por cuidarme y sostenerme en todo momento, agradezco su hermosa influencia en mi vida, y su aguerrido sentido del trabajo.

A la memoria de mi papá Ricardo Salinas Luna, sin su breve presencia en mis primeros años de vida no habría experimentado la infancia retacada de cariño y apapachos.

A mi mamá Yara Lizbeth León Gonzales que me dio toda la libertad y confianza para experimentar mis diversos estilos, mi apariencia estruendosa en muchas ocasiones.

A mi hermano Jorge Alberto Rangel Salinas por su amor y contención emocional a lo largo de cada proceso en mi vida académica.

A Amin Josmar Mendizábal por su empeño, motivación y confianza a distancia sobre el tema de este trabajo, por su contención emocional y todas las clases de historia del arte que formaron parte de mi investigación, y sobre todo por su amistad.

A Pamela Olvera por ilustrar de manera extraordinaria este trabajo, por la confianza, la contención emocional, por las clases de arte ejecutadas, por abrirme las puertas de su hogar y regalarme inspiración en cada visita, por su cariño, su paciencia y amistad.

A mi familia y mis amigos Schoenstatt Lara, Carolina Aguila, Regina Romero, que hicieron llevadero mi paso por la facultad, ya que considero que la buena compañía y los espacios de ocio han sido parte fundamental de mis estudios y sobre todo de este trabajo.

A mi director de tesis el Dr. Juan Granados Valdez del quien siempre recibí apoyo constante en la realización de este trabajo, así como su paciencia y la confianza tanto en el tema y la motivación para desarrollar la tesis escrita en primera persona.

A mi sinodal el Mtro. Rafael Martínez Reyes que ha formado parte importante en mis estudios desde mi paso por la preparatoria como a lo largo de los años en la licenciatura y ahora en el apoyo por su disposición para leer y corregir mi tesis.

A mis sinodales la Mtra. Josefa Erandi Xochitzin Vega Ayala, al Mtro. Daniele Cargnelutti y Mary Carmen Garduño por su disposición y animo en leer mi trabajo de tesis y ser parte de mi sínodo.

Kitsch, Cultura diaria y
Nostalgia. Reflexión (en primera
persona) sobre el fenómeno del
kitsch

Índice

Agradecimientos	3
Índice	5
Resumen.....	6
Introducción	7
El ruido, lo desagradable, la ansiedad y el kitsch.....	22
Redescubriendo el kitsch	44
Transcontextualización o la cultura de masas en el kitsch.....	66
Nostalgia y kitsch.....	86
Kitsch, moda y rebeldía	107
Conclusión	127
Fuentes de consulta	137

Resumen

Si bien el kitsch es un concepto estético joven y extranjero, su desarrollo ha sido eficaz e inmediato, adquirirlo es fácil y accesible de tal forma que ha pasado de exponerse y venderse en puestecitos en el mercado de munich a encontrarlo en alguna repisa o muebles de bazares, tianguis de antigüedades, o mediante las ventajas de la reproducción rápida en objetos nuevos y aparentemente novedosos en algún liverpool o palacio de hierro en nuestro país. La investigación realizada en las siguientes páginas tiene como objetivo poner bajo la lupa el fenómeno del kitsch instalado en nuestra cotidianidad, pues pareciera que ya no solo existe en el arte, ya no solo lo encontramos encerrado en algún cuadro cursi en casa de los abuelos, que es de los espacios más comunes para hallarlo, sin embargo, su virulencia, los alcances de este se han plagado en otros lugares, incluso en otros ámbitos respecto al mundo del arte. A veces nos encontramos con personalidades kitsch, y con gustos kitsch o simplemente con objetos kitsch. Pareciera que el kitsch se ha adherido a mí estructura como parte de la educación. Se presenta en mi ropa, como moda, en los accesorios que me adornan, en la música, en los objetos que me rodean, en la casa de mi abuelita con varios estilos entremezclados. En situaciones tan triviales como lo es acudir una vez a la semana al mercado, también lo podemos encontrar en las fiestas (de cualquier índole) coloridas y ruidosas, desmenuzar su presencia es parte de este trabajo, y ver como tenemos conocimiento de otras culturas mediante este fenómeno, de tal forma que en muchas ocasiones se han trans contextualizado objetos y comidas. Por otra parte, el kitsch como un valor dentro de mi crianza, ha tenido repercusiones simbólicas que en este trabajo he propuesto como una fuerte conexión afectiva, dicho de otro modo, podría existir la nostalgia desde el lugar en el que se añora el recuerdo de alguna experiencia que se revive mediante el kitsch. Las conclusiones obtenidas de toda la investigación nos llevarán a responder a las preguntas de investigación planteadas al comienzo.

Palabras Clave

kitsch, nostalgia, transcontextualización, mercado, funeral, fiesta, abuelita

INTRODUCCIÓN

Planteamiento del problema

Para adentrarme al tema del *kitsch*, revisé en primera instancia un artículo de Maribel García Rodríguez llamado *Sobre la sensibilidad camp y la enajenación kitsch* (2012), en el cual, de manera muy sencilla, se describen las nociones distintivas del *camp* y del *kitsch*. Esta lectura me permitió establecer las cualidades del *kitsch* de manera accesible y desear saber de dónde y cómo había nacido este concepto. Después me adentré en la historia para conocer su nacimiento, cosa que me llevó al libro titulado *Las cinco caras de la Modernidad* (2003) de Matei Calinescu. Con éste no solo pude rastrear el momento de origen, sino también su evolución social y económica. Abraham Moles, en su obra *Kitsch: el arte de la felicidad* (1990), reforzaría bastantes aspectos respecto al kitsch en lo económico, en lo psicológico/sociológico y estético. Por su parte Ludwig Giesz, en su libro *Fenomenología del kitsch* (1973), expandió mi perspectiva respecto a la necesaria diferenciación del disfrute kitsch, y el disfrute puro, además me aportó importantes observaciones como la de la falta de una definición exacta o algún registro antropológico. Tomas Kulka (2016), con su antología denominada *Kitsch*, me dio la posibilidad de rastrear, con autores como Norbert Elias, diferentes puntos de vista respecto a la descripción de esa cosa llamada kitsch, que involucra aspectos éticos que desaparecen a la llegada de este concepto. Clement Greenberg, en su texto *Vanguardia y kitsch* (1939), me dio material para cuestionarme si de verdad solo se trata del kitsch en el área del arte, al hablar de una educación para la masa, la viralización, las muchachas de calendarios y las cubiertas de revistas, que definitivamente no son obras artísticas que han de exponerse en los museos. También consulté, de Umberto Eco, su libro *Apocalípticos e integrados* (2009). El texto de Eco le dio bastante sentido a mis intereses al reconocer las perspectivas de los apocalípticos y los integrados y comprender el kitsch desde la semiótica. Otro texto que me empujaba hacia mis intereses del kitsch y la nostalgia es un artículo llamado *El entorno cotidiano, la estética kitsch y su relación con los diseños* (2014) de José de Jesús Flores Figueroa, César Omar Balderrama Armendáriz, Germán Aguilera Ampudia, en el que abordan el kitsch desde el primer encuentro del niño con su entorno previamente acomodado y ornamentado de manera intuitivamente kitsch. Esto le lleva, más adelante, a repetir, si no el mismo patrón de acomodo en su espacio, sí su propio acomodo, pero con el sello distintivo de la primera infancia.

En las lecturas hechas me encontré con que casi todos los teóricos tienen opiniones y críticas contra el kitsch. Esto es entendible frente a las grandes teorías del arte. Sin embargo, esta familiaridad que sentía respecto al kitsch me hacía debatirme con sus posturas. Lo sentía tan cerca, tan de mi familia, que me parecía haber visto una gota de kitsch en las casas de la gran mayoría de señoras y compañeros con independencia de vivienda, en el acomodo de sus espacios de manera casi predecible. Por ello decidí alejarme de la satanización del efecto kitsch.

El kitsch, en su acepción moderna, es un concepto que nace bajo el dominio del arte (pinturas, novelas, bienes materiales de los nuevos ricos y más adelante propaganda que comenzó a distribuirse alrededor del mundo) para nombrar y describir las características de éste. “El kitsch se vincula con el arte de una manera indisoluble [...] hay una gota de kitsch en todo arte” (1990, p. 10) dice Moles. Pero, si bien este concepto está completamente asociado con la labor del artista, por medio de la masificación de objetos y de su fácil acceso le ha permitido no solo reproducir piezas icónicas del arte, sino que también, con mofa, ha construido collages de una inmensa cantidad de estilos. Sin embargo, la cosa no ha parado ahí. Siendo de fácil acceso, ha llevado su ingenio, o voluble ser, a objetos fuera del arte, como el cine, la moda y los utensilios de comida, que al querer imitar vajillas y cubiertos elegantes se fabrican con los materiales más baratos e imprimen figurillas con una mala calidad que más que parecer algo fino se distancia de ello y deja entrever en su lugar lo barato de las piezas.

Una de las cualidades del kitsch es su maleabilidad, esto es, el tomar sin agravio todo lo que pueda del pasado y revolverlo con otra cosa ya existente. Actualmente existen muchos objetos que simulan ser de otros tiempos, pero con un detalle extra que revela su inautenticidad, como la mezcla de un periodo histórico con otro. Por ejemplo, en la feria de mi ciudad se exhiben inscripciones que aparentan ser jeroglíficos egipcios en papel que simula ser papiro, pero que si se investiga a fondo resulta que ni el idioma, ni los signos allí expuestos fueron parte del lugar, ni del tiempo. Este ejemplo me hace pensar que claramente no estamos tratando con arte, pero sí con un objeto engañoso. La característica clave del kitsch es la mentira, hacer pasar gato por liebre, diría Moles (1990). El kitsch reproduce a su conveniencia tiempos, culturas y objetos. El consumidor kitsch consume estos objetos sin miras al aspecto negativo del engaño, y sí por el gusto de obtener un objeto que represente otro tiempo, lo acerque a una época aparentemente conocida, como Egipto, a pesar de no tener alguna vivencia de este lugar, pero ¡es Egipto! Esto me lleva a pensar que, si bien el objetivo del kitsch es vender, el consumidor kitsch quiere recordar sus propios recuerdos o abrazarse de una época que, si bien no

experimentó, le es visualmente familiar. Para este trabajo me he formulado el problema con las siguientes preguntas: ¿Qué relación guarda el kitsch con la cultura diaria? ¿Qué relación guarda el kitsch con la nostalgia?

Justificación de la investigación

Para comenzar con este trabajo me parece adecuado mencionar que si bien el kitsch como sus antecedentes lo han de describir ha surgido mediante el arte, sin embargo conforme sucedía la investigación para este documento las cosas cambiaron pues este fenómeno cabría la posibilidad de analizar que ha sobrepasado las fronteras de lo artístico excediendo las fronteras del museo, saliendo de este lugar para encontrarle en las tienditas de todo a \$3.00 pesos, waldo's, en los peluches y alcancías que se ofertan en los juegos de la feria, o el llaverito con la fotografía de una parejita que también llevan ya sus collares en forma de corazón con el grabado del nombre del ser amado. Por otra parte, también pongo en consideración la lectura peyorativa del kitsch, así como el reconocimiento que hay en su narrativa de mal gusto impuesta por la élite.

La pertinencia de escribir y describir este capítulo en primera persona es debido a que, si bien las previas lecturas guiaron mi vago conocimiento sobre este concepto artístico, lo que me atrajo y llamó la atención de la concepción de lo kitsch, fue encontrar en mi hábitat, en la memoria, recuerdos y experiencias plagadas de una similitud respecto a esas descripciones que los autores a los que me acerque enunciaron. Mi intención con escribir en primera persona es develar la nostalgia latente que hay al conectar los objetos que invaden la casa de mi abuela, los objetos y personalidades con los que me vi familiarizada tanto en la infancia como en mi adultez, adornos y formas que se parecen al kitsch (que si bien están en el arte), tal vez también coexisten fuera de él. Por ello me parece oportuno el trabajo en primera persona, para explorar espacios que quedan fuera de los museos, yendo a espacios aparentemente simples, triviales como lo es la cultura diaria, este mundo cotidiano del que participamos, lo que hay en las calles, en los barrios, en las tiendas de ropa o bisutería, lugares por los que he transitado a diario. ¿Qué posibilidad hay de que en esos lugares del día a día encontramos al kitsch? Esta pregunta es válida, finalmente el kitsch nace en el arte, es válido cuestionar si hay forma de verlo fuera de él. Por otra parte, la exploración que comencé haciendo me llevó a considerar que quizá el kitsch tiene una fuerte conexión afectiva del consumidor al objeto ¿por qué replicamos con sentimiento consumir fotografías, ropa, la forma de acomodar nuestros espacios? podría ser que es por la influencia de la nostalgia, el objeto kitsch es accesible casi todo el tiempo en valor monetario, y tener un cachito como consolación de algún lugar, momento o persona por medio

del recuerdo, o souvenir pareciera que se manifiesta de manera genuina, sin embargo, tal vez hay algo de educación en el proceso, la añoranza de otros tiempos, la nostalgia de los buenos tiempos que de alguna manera quedan encapsulados en algo, un libro, fotografías, canciones, objetos. La reflexión en primera persona es conveniente porque de alguna manera mi sensibilidad se ve compuesta por estos objetos que se le parecen a eso que nombran kitsch, algunos de ellos que colecciono, o he aprendido a darles orden y lugar dentro de mi espacio, y no atañe al arte, pero sí a las pertenencias de mi abuelita, papás, tías, amigas, profesores.

El propósito de esta investigación es posibilitar el concepto de kitsch desde el acercamiento del día a día con las cosas, las personas, y vivencias, he revisado la perspectiva teórica de autores como Matei Calinescu, Clement Greenberg, Abraham Moles, Kulka, Norbert Elias y Ludwig Giesz. Se han contrastado sus posiciones y se ha puesto en evidencia que el kitsch puede estar en lo cotidiano, sin ser parte del arte en los museos, como objeto de decoración. Pese a que algunos autores consideran que el kitsch tiene la cualidad de ser atractivo casi de inmediato por lo suficientemente fácil de acceder, por complacer a quien lo consume, también puede llegar a ser chocante por la saturación de elementos dentro de los objetos.

Mi experiencia está influenciada por la educación para masas, esto es, me he hecho de cierto conocimiento a base de los medios masivos, entre series, películas, música, videos, revistas, carteles de propaganda, internet, las vivencias compartidas de mi abuelita, tías, observar la influencia en la moda cortes de cabello, peinados, accesorios, maquillaje, colores e indumentaria, en estos medios masivos, la transición de los años y sus cambios, en la música: el sonido, y el accesorio que viene con la imagen de los artistas. En lo audiovisual: el acomodo de los espacios para dar vida y efecto a las historias que se cuentan. Pero también las réplicas que consciente o inconscientemente adoptan los espacios que conocí, la casa de mi abuelita, las de mis tías, los lugares que solía concurrir, una constante dentro de mis hábitos, pero todo esto, ¿ya lo podría considerar kitsch? Si bien el kitsch nace del arte, nace siendo un imitador del arte, disfrazado de opulencia, pero finalmente siendo una copia accesible. Sin embargo, desde su nacimiento ha pasado ya un largo tiempo y con este un montón de eventos, que honestamente reducirlo o ver su manifestación tan solo en el arte deja mucho que decir y hablar de las coincidencias que se empalman con los hábitos, objetos, arquitectura, ornamentos, indumentaria, actitudes, entre otras maneras que se parecen y quizá embonan con cómo podría verse el kitsch en situaciones, eventos o personalidades. Por lo anterior me aventuraré a hacer una crítica a Calinescu, que, si bien desmenuza muy a detalle el significado, contexto histórico,

cultural y recapitula lo que otros ya han dicho del kitsch, señala que verlo en otro lugar que no sea el arte es caer en un error (cfr. Calinescu, 2003, p. 233). Yo pienso el kitsch como todos estos objetos que son el resultado de la reproducción en serie, masiva, considero que ya hace bastante tiempo tenemos algún objeto de este tipo en nuestro hogares, en las casa de todos y me los encontré en estos espacios en los cuales viví, experimente, o incluso habite, pienso en esos objetos, ya hablaré de algunos en particular que resultan muy sintomáticos y que en el recuerdo me permiten plantear que en una casa como la de mi abuela, o tías tener una vajilla de origen japonés pueda no ser lo que se espere en una casa de una familia mexicana, por decirlo de alguna manera, pero al margen de esto, ¿eso que en estas casas, en estos lugares que se habitan podría identificar como objetos, productos, utensilios en serie, de producción en masa o de cultura de masas? ¿Con que conectaba en su momento la globalización? ¿Y cómo eso tiene que ver con los temas del kitsch? pues si bien en la propuesta de hacerle un crítica a estos pensadores que se centran en el kitsch artístico, ahondando y hacer notar cómo probablemente mi vida ya es de suyo algo kitsch por esta mezcla que hago de muchas cosas, de objetos *transcontextualizados*, transculturales, están en las casas en las que hemos nacido, desde antes de llegar a habitarlas, cuando nuestras abuelas forjaban su hogar, desde los aparatos electrónicos por ejemplo, piensen que estos no son así que digamos, de origen, de cuño, fabricación mexicana, casi siempre son *Made in China*, *Made in Japan*, ya de entrada eso me alienta a pensar que sí, hay otras muchas cosas más que no son oriundas de este contexto que diría es sólo mexicano, los aparatos que se usan, pueden ser los electrodomésticos (desde la licuadora hasta la lavadora), los electrónicos, e incluso más allá de esto, las vajillas, los platos, las sábanas, colchas en las habitaciones, las toallas, los adornos que podrían estar llenando por un lado las paredes por el otro los huequitos que hay en las cómodas, en los muebles de la sala/comedor, en los libreros y que pueden venir de distintos lugares e incluso hasta en eso lo podemos ver en los libros, todo esto que confluyen, se reúne, encuentra su lugar en ese espacio que convertimos en hogar, tiene origen, es heterogéneo, todo esto viene de distintos lugares, allí se encuentra y todo hace al hogar: hogar, lo hace habitable, ¿toda esta mezcla diríamos que es kitsch? Probablemente sí en el sentido de que tiene que ver con la globalización, tiene que ver con la virulencia del kitsch, objetos que se compran por su bajo costo, incluso el uso de desechables, el consumo de ciertos alimentos. A veces pensamos en lo muy propio, maíz, tortilla, etc. pero perdemos de vista que, por ejemplo, no dejamos de acompañar la comida con una coca cola, la coca cola no es mexicana, e incluso algunas veces el maíz con el cual se preparan las tortillas de las que tanto nos sentimos orgullosos, ni siquiera es del maíz nacional, es del importado: transgénico.

Muchas de las cosas que incorporamos en nuestra vida son para consumo: las latas, los frascos, las avenas, quizás importamos mucho más, y todo ello, nos configura una perspectiva, una estética, diría yo. Hay un kitsch estético y un kitsch artístico, si nos sirve para distinguir lo que se quiere criticar, el kitsch artístico es este que se lleva a las artes por los artistas intencionalmente, dando una especie de lugar a la cultura de masas y de alguna manera pagando una cuota ideológica. Pero pues esto se funda sobre todo en un kitsch estético (puesto que es el entorno en el que nos desenvolvemos y que se conforma y en el que se confluyen muchísimas cosas heterogéneas), y vamos que pensar en refresco es pensar en coca cola, pensar en avena es pensar en *Quaker*, pensar en chocolate es pensar en *nesquick*.

En alguna ocasión salí a desayunar con mi prima, su estado anímico era de tristeza, la carta de la comida de este lugar tenía o tiene un desayuno para niños en el cual se encuentra unos hot *cakes* en forma de Mickey mouse, yo pedí un sándwich y ella indecisa me dijo: estoy entre un pan francés o los hot *cakes* de mickey, pero como me siento triste y me quiero apapachar como niña, me voy a pedir el desayuno de Mickey. Este hecho me hizo pensar en la nostalgia, la necesidad de regresar a estos recuerdos pequeños, casi imperceptibles, rayando en lo cursi que solemos entretener, esto solo es un desayuno que mi prima sintió como un mimo para darse calma, o cariño a sí misma. Las formas en las que mi abuelita me apapachaba eran variadas, con comida, desde un yogurt antes de mis citas al psicólogo, hechos que me hacían sentir todo su cariño y que ella no daba cuenta, ahora yo replicó este tipo de apapachos, me doy amor como ella solía hacerlo en su momento. Así que cuando mi prima optó por sus *hot cakes* de Mickey, sé que lo eligió desde el recuerdo, desde la nostalgia, porque el pasado parece un lugar seguro, incluso hay un dicho que enuncia esto: “todo tiempo pasado fue mejor” o “dicen que uno siempre vuelve a los sitios en los que fue feliz”

Antecedentes

El presente trabajo fue realizado a partir de la exploración sobre el concepto: kitsch, apareció en algunos textos que alguna vez hojé, fascinada por las descripciones y detalles de su historia, su composición como pieza de arte, sus diferentes supuestos de nacimiento, el aparente mal gusto que varios autores señalan, sin embargo, había algo tan fascinante que me endulzaba la sensibilidad y que no podía simplemente menospreciar por su acepción negativa. Deje de asomarme a esos libros. Un buen día de visita en casa de mi abuelita los objetos, la forma de

ser colocados, ornamentos, incluso la pared pintada de la forma en la que mi abuela decidió tenerla tomó otro sentido en mis recuerdos, atrapó toda mi atención y admiración. Viví por mucho tiempo en esa casa, y regresé a ella un montón de veces, me sabía de memoria el acomodo de los juguetes más diminutos que solía tener en su tocador, pero ese día percibí una cosa más, la cuestión fue que algo de lo que había leído del kitsch se parecía y tomaba forma en la sala, comedor, cocina, habitación y hasta el jardín de mi abuelita. Probablemente algunas cualidades de aquello que nombran kitsch se parecen y aparecen en nuestra rutina diaria. Es por lo anterior que empezaré poniendo en contexto a mi lector con un breve recorrido por las etimologías que algunos autores como Abraham Moles, Matei Calinescu, Ludwing Giesz recopilan. Así como una breve reseña de la historia que dio pie al nacimiento del kitsch.

Como tal, el *kitsch* es un término fruto de la Modernidad, si partimos de las definiciones más básicas que se pueden encontrar y entender en la web, el kitsch supone, y se relaciona directamente con que algunas de sus características son ser estéticamente complaciente, también se lo reconozca como un acto de aparentar, copiar, mentir y sin ningún esfuerzo provocar en sus espectadores un efecto, la mínima familiaridad de reconocer el objeto, es una forma de tomar lo que la modernidad con sus revoluciones le ha dado al hombre de su tiempo, a saber, herramientas necesarias para producir y reproducir, pues, de no ser por la revolución industrial, la fabricación a corto tiempo y a bajos costos no habría dado lugar al kitsch.

A la modernidad se le considera un parteaguas que inició una nueva era, que de a poco progresaba en ideas, gusto, arte, religión, y sin duda alguna en la cultura. En el progreso radica el cambio de era. A la modernidad llega una sociedad con un ideal específico: romper con su pasado. Ya había una orientación hacia dónde iría esta nueva etapa desde el significado: “la palabra *modernus*, adjetivo y nombre, se inventó durante la edad media a partir del adverbio *modo*, cuyo significado era recientemente, justo ahora” (Calinescu, 2003, p. 27). Rompiendo lazos con su pasado, los modernos, se empeñan en probar estilos y modos nuevos. Un suceso que distinguiría entre antiguos y modernos fue el tiempo medido de manera mecanizada con la invención del reloj, vino a finales del siglo XIII.

Los cambios se sucedían en todos los ámbitos, así que el arte no fue la excepción, mientras se está dando un estilo de arte, otro está naciendo o muriendo, en el siglo XIX, la vanguardia se instalaba, ya que la modernidad siempre buscó superar su pasado, al continuo entierro de sus antepasados que permeó a sus cortos y largos pasos, le siguió, sin importar qué hiciera, un

legado constante. La vanguardia parece ser el hijo perfecto de la Modernidad, la revolución que trajo consigo era lo que la Modernidad estaba forjando durante sus períodos y desde su nacimiento. La vanguardia tomó lo que la Modernidad le había enseñado e hizo de ello algo más exagerado, con mano firme amplió la repugnancia a lo antiguo se forjó de carácter e hizo de sí un movimiento que no solo implicaría a la estética y literatura, conquistó también las mentes filosóficas y políticas, era otra vez la esperanza de un mejor futuro, de un futuro que fuera total y enteramente de ideas modernas jamás antes vistas.

Según Calinescu (2003), Saint-Simon consideró que ya era hora de que los artistas estuvieran liderando en esta época, porque los artistas tienen la capacidad de imaginar y crear, por ello mismo podrían imaginar y crear nuevas formas de vivir, de mover a la cultura hacia el futuro, a sus costados podría estar como fuentes de apoyo la ciencia y la industria. De aquí que los vanguardistas se visualizarán de una manera utilitaria- didáctica, ya que su forma de experimentar y prever el futuro por medio de su imaginación les facilita la didáctica y permite su utilidad en otras áreas.

En esencia la vanguardia al ser tan radical permite crear y ser una constante revolución, pero esto también implicaría su propio suicidio al final de su carrera.

Donde existe una vanguardia, generalmente encontramos también una retaguardia. Al mismo tiempo que la entrada en escena de la vanguardia, se produce en el occidente industrial un segundo fenómeno cultural nuevo: eso que los alemanes han bautizado con el maravilloso nombre de kitsch [...] kitsch es experiencia vicaria y sensaciones falseadas. El kitsch cambia con los estilos, pero permanece siempre igual [...] El kitsch no exige nada a sus consumidores, salvo dinero; ni siquiera les pide su tiempo (Greenberg, pp. 15, 16).

Muestra clara de ello es la interminable querrela entre modernos y antiguos. En el lado de los modernos estarían los vanguardistas y del lado de los antiguos, el academicismo. Antes de explicar las condiciones que dieron vida al kitsch, cabe recalcar que estas dos formas de hacer arte estaban a la par en tiempo.

La revolución industrial no solo trajo consigo un gran cambio a la cultura de la artesanía, sustituyendo máquinas por manos. La arquitectura se solicitó de manera urgente, esto debido a que “la cantidad de edificios construidos en el siglo XIX probablemente fue mayor que la de todas las épocas anteriores juntas. Fue la etapa de la gran expansión de las ciudades en Europa y América, que convirtió campos enteros en áreas de construcción” (Gombrich, 1995, p. 499). La revolución industrial permitió emplear a muchas personas de clase baja, por ello la demanda de construcciones de edificios que albergarían a familias enteras que llegaban a la ciudad gracias al empleo dado. Así como permitió que las ciudades crecieran económica, y

poblacionalmente, en la cuestión estética se comenzó a necesitar “El hombre de negocios o la junta de la ciudad que proyectaban una nueva fábrica, estación de ferrocarril, escuela o museo, querían tener Arte a cambio de su dinero” (Gombrich, 1995, p. 499). Se buscaba complacer por medio del arte a cambio del dinero que el comprador entregaría sin titubeos.

La querrela entre modernos y antiguos al principio de la Modernidad no había terminado. La vanguardia siendo revolucionaria y negándose a tener algún tipo de relación con los burgueses o cualquier especie de discurso político, pinta su raya y deja claro que su interés no es ganar dinero, ni ser famoso. Busca lo diferente, busca terminar por una vez y para siempre con la disputa y relación con los antiguos, pero en su lugar se ha desarrollado otro estilo llamado el kitsch: “al mismo tiempo que la entrada en escena de la vanguardia, se produce en el occidente industrial un segundo fenómeno cultural nuevo: eso que los alemanes han bautizado con el maravilloso nombre de kitsch, un arte y una literatura populares con sus cromotipos” (Greenberg, 2006, p. 15). El nacimiento de este concepto, de su encanto y su arte no se comenta, se da por supuesto dice Greenberg. Es ampliamente despreciado por muchos. Se habla mal de lo kitsch o pocas veces se nombra y cuando se ha de nombrar es para descalificar su esencia por ser para las masas, por ser inmediato.

Volviendo al eje central del capítulo, la causa de su nacimiento, la revolución industrial es un periodo donde solo algunos cuantos tienen la posibilidad y el alcance de saber leer, escribir, estudiar, así como un tiempo de ocio. De entre este grupo se encuentran las personas adineradas y de la burguesía, hombres ilustres que tienen la noción de su tradición histórica, política y cultural. Algunos de estos hombres se dan el lujo de salir de su sistema como lo que pretendían hacer los vanguardistas. De las personas empleadas en las fábricas que movilizan la industria, muchos son campesinos, personas que se dedicaban al campo y que de pronto tienen la oportunidad de ir a la ciudad a trabajar, tienen una promesa de ingresos fijos. Pero antes de continuar con la explicación del *hombre kitsch* (burgués y campesino), quisiera incorporar la etimología del concepto kitsch. Aunque Matei Calinescu no se detiene en intentar ir a la raíz etimológica del término, menciona tres variaciones que se asemejan o coinciden en características que le constituyen al kitsch, a saber:

algunos autores creen que la palabra alemana se deriva de la inglesa *sketch*, mal pronunciada por los artistas en Múnich y aplicada peyorativamente a esas imágenes baratas compradas por los artistas como recuerdos, especialmente los angloamericanos [...] según otros, su posible origen debería buscarse en el verbo alemán *verkitschen*, que en el dialecto Mecklenburgües significa fabricar barato [...] Ludwig Giesz

[...] menciona también la hipótesis que vincula al kitsch con el verbo alemán *kitschen*, en el sentido de coleccionar basura de la calle [...] *kitschen* tiene en efecto este específico significado en la parte suroeste de Alemania; puede significar también hacer muebles nuevos con los viejos (Calinescu, 2003, p. 232).

Las palabras compuestas antes mencionadas, podrían pensarse o al menos relacionarse con el concepto joven del kitsch; y me refiero a joven pensando en el nacimiento del concepto, en el cual solo desdeñaba las cosas con las cuales se trabajaban, fueran obras de arte o muebles. Como lo señala el autor, las etimologías descritas agotan la expresión al pensar que es la obra que facilita su fabricación a un bajo costo o al pepear basura de las calles, también al reutilizar muebles viejos convirtiéndolos en nuevos, pese a que esto no significa todo lo que es el kitsch en su madurez. Es importante señalar que esos significados juntos reflejan y hacen referencia a cualidades que son parte, no de manera completa, pero que le dan sentido a esta palabra.

Por su parte en la investigación sobre lo kitsch Abraham Moles, retoma dos definiciones etimológicas (mismas palabras de las que hace uso Calinescu (2003) en la primera cita y la diferencia de definiciones es cuestión de traducción).

La palabra kitsch aparece en Munich en su acepción moderna, hacia el 1860 y es una palabra bien conocida en el alemán meridional: kitschen es frangollar y en particular hacer muebles nuevos con viejos. Verkitschen es hacer gato por liebre, vender algo en lugar de lo que específicamente se había pedido [...] se trata de una negación de lo auténtico (Moles, 1990, p. 9).

Al igual que Calinescu, Moles usa la palabra *kitschen* que él define como frangollar, esto es hacer algo tan deprisa que sale mal y, de igual manera *verkitschen*, lo que nosotros podríamos reconocer como falsificación. El significado de las mismas palabras también coincide con la entonces joven, y actualmente madura definición de lo que es kitsch. Bajo la tentativa por respaldar el nacimiento de la palabra kitsch y con ella toda una cultura y estilo, al menos estos dos primeros autores contemplan estas posibles etimologías, por ello la importancia de traerlas a cuento, porque siendo o no su principal fuente, su primera versión de ser, participa de ellas para construirse.

Kulka rescata de un texto de Norbert Elias el estilo kitsch y su época:

La palabra kitsch nació probablemente a principios del siglo XX, en los círculos munienses de especialistas- artistas y marchantes de arte-, a partir de la palabra inglesa sketch para referirse a los bocetos que los turistas estadounidenses compraban con profusión. Todo lo destinado a la venta se decía que había sido hecho para el verkitschen [que significa, inicialmente, vender barato o a cualquier precio con el fin de obtener dinero rápidamente]. El sentido original de la palabra expresa todo el

desprecio de los especialistas por el gusto inculto de la sociedad capitalista, pero también la tragedia de esa constelación (2016, p. 41).

La palabra kitsch es complicada de definir, puesto que no existe definición clara de lo que se llama kitsch. Dice Giesz (1973) que todas las definiciones de alguna manera se siguen, unos a otros se han leído. Y esto es lo más cercano que estamos del origen de la palabra.

Vuelvo al hombre kitsch. A pesar de que al kitsch de manera inmediata se le reconozca como un acto de aparentar, copiar, y sin ningún esfuerzo provocar en sus espectadores la mínima familiaridad de conocer algo dentro del objeto, me parece importante porque se presenta de esta manera. Si bien nace por y para una cierta comunidad de personas que antes de esta cercanía con el arte quizá no hubo nada, pues trabajar en el campo era pesado, de tal manera que no había tiempo para el ocio, ni siquiera para aprender a leer y escribir.

Los campesinos que se establecieron en las ciudades como proletarios y los pequeños burgueses aprendieron a leer y escribir en pro de una mayor eficiencia, pero no accedieron al ocio y al confort necesaria para disfrutar de la tradición cultural de la ciudad [...] perdieron el gusto por la cultura popular, cuyo contexto era el campo, y al mismo tiempo descubrieron una nueva capacidad de aburrirse. Por ello, las nuevas masas urbanas presionaron sobre la sociedad para que se les proporcionará el tipo de cultura adecuado a su propio consumo. (Greenberg, 2006, p. 16)

La alfabetización y la cultura que recibieron los campesinos fue por medio de la cultura popular, el kitsch facilitó esto. El campesino también quería darse el lujo de vestir y tener arte que hablase de su nuevo lugar y posición en la ciudad y en la sociedad. El kitsch por sí mismo se sabe un producto vendible, “el kitsch no exige nada a sus consumidores, salvo dinero; ni siquiera les pide su tiempo” (Greenberg, 2006, p. 16). La cosa es que desde su nacimiento estaba propuesto como algo de fácil acceso que proporciona satisfacción, pero siempre a un costo.

El Nacimiento del kitsch solo se dio a partir de una tradición que las épocas y sus hombres nos han permitido ver y saber. De no ser por toda esta historia que permea y nos comprende, el kitsch no existiría, puesto que lo que hace es tomar del pasado y el presente conocimientos, descubrimientos, etc, y lo toma para su beneficio. Dispone de todo artificio, incluso del que se está construyendo hoy. Solo es cuestión de que pase un tiempo para que lo tome y explote. Esto quiere decir que toma los objetos más no el discurso o teorías que le implican. Para que el

kitsch naciera fue necesario que la tradición madurara, que la tradición tuviera variedad. Así, el kitsch con su audacia toma lo que quiere y explota la idea de mil maneras.

Hipótesis o supuestos de investigación

Considero que los alcances que ha tenido el kitsch se han desviado de su antiguo camino artístico, es decir, el kitsch ha rebasado el arte para acomodarse en la vida diaria. Mi propuesta es explorar áreas no estéticas, o de museo que compartan características de objetos kitsch ya que quizá compartimos más espacios de lo que pensamos con él. Otro punto para considerar en este trabajo es que por mi experiencia genuinamente nos rodeamos con mil objetos a voluntad y propósito porque existe una especie de conexión afectiva hacia ellos, manías, costumbres que de alguna manera mantienen un vínculo con el pasado, porque se ve bien o nos reconforta como un recuerdo.

Objetivos

Para este trabajo me he propuesto, como objetivo general, explorar y analizar la relación del kitsch con la cultura diaria y la nostalgia. Para cumplir con él me parece imprescindible, como objetivos específicos, identificar cuáles son las características del kitsch que se presentan en la cultura diaria; examinar de qué manera se presenta la influencia del consumo de objetos kitsch en la vida diaria; detectar la forma que tiene el consumidor kitsch de vincularse afectivamente mediante la nostalgia con el kitsch; y explorar la relación del kitsch y la nostalgia dentro de la moda. El kitsch, por estar en nuestro cotidiano, se puede amalgamar con la nostalgia, por medio del recuerdo.

Metodología

La metodología usada para este trabajo fue cualitativa, mediante la reflexión en primera persona, esto es, a través de mi experiencia, observando, y revisando las vivencias que con la pertinencia de algunos de los textos previamente explorados y su seguimiento en características y detalles que enumeran los autores que han estudiado este concepto sobre los objetos y obras kitsch. La exploración de la posible vivencia kitsch la he hecho a partir de anécdotas y situaciones que aportan y se acercan sin ser una obra de arte kitsch, a este mismo concepto.

Capitulado

La presente investigación está constituida por cinco capítulos:

El **primer capítulo** lleva por nombre: “El ruido, lo desagradable, la ansiedad y el kitsch”. Dentro de este capítulo se aborda un primer acercamiento a experiencias relacionadas con objetos y sensaciones con las características de ruidoso, desagradado y ansiedad y su relación con el kitsch. Las tres situaciones que procuro describir minuciosamente son vivencias en lugares como: el mercado (tianguis), los funerales (velorios y rosarios) y las fiestas (con cualquier temática) a mi escasa edad de seis o siete años. En dicho capítulo pretendo resaltar con estas descripciones dos ideas principales. La primera es en relación a una posible “sensibilidad kitsch”, yendo más allá de los objetos a las vivencias. Por supuesto esto se relaciona con algunos de los ejemplos de la personalidad del “hombre-kitsch” que describen autores como Giesz, Moles y Calinescu. La segunda idea se da a través del ruido, lo desagradable y la ansiedad y su relación con las experiencias kitsch: mi propuesta es que estas vivencias son consustanciales al fenómeno del kitsch.

El **segundo capítulo** lleva por nombre: "Redescubriendo el kitsch". En este capítulo propongo explorar el kitsch más allá del arte, indagando en espacios como la música, la comida, los ornamentos de los hogares conocidos como la casa de la abuela y de las tías e incluso las casas de personas desconocidas, así como la tendencia a imitar más o menos al pie de la letra el hogar materno. Finalmente, y tomando en consideración las descripciones hechas en el capítulo, pretendo resaltar la influencia que implica la herencia como costumbre adquirida por medio de la educación en relación con los mass media y la familia. Con otras palabras, indago la relación entre los mass media, la educación, la herencia y el hogar.

El **tercer capítulo** lleva por nombre: “Transcontextualización, cultura para masas y kitsch”. En términos generales podemos entender transcontextualización como la dialéctica del objeto que transita de una cultura a otra sin perder su origen, y más bien adaptándose a contextos extranjeros. Con otras palabras, los objetos mantienen ciertas características de su origen al mismo tiempo que adquieren otras de su nuevo contexto. No pierden del todo su identidad, pero no les reconocemos del todo original, puesto que a lo mucho sabemos que vienen de tal o cual lugar, y les incorporamos a nuestra vida, dándoles un valor un poco diferente al que solían tener. La transcontextualización es la forma de valorar los objetos y las vivencias trasladando su origen, para poseerlos con cierta restricción. Finalmente, con estas descripciones y aclaraciones pretendo resaltar que el fenómeno de la transcontextualización es un producto de la globalización, relacionado con la cultura para masas y por supuesto asociado con el kitsch, pero también la introducción a uno de los conceptos centrales de mi tesis, a saber, la nostalgia.

Es a través de este intercambio transcontextual como la nostalgia asociada a un sentimiento profundo permea el fenómeno mismo y la experiencia del kitsch.

El **cuarto capítulo** lleva por nombre: “Nostalgia y kitsch”. Aquí intentó demostrar la tesis central de mi investigación, la cual trata sobre la posible conexión afectiva que hay entre la nostalgia y el kitsch. La relación que se puede llegar a tener con objetos, costumbres, música, recuerdos que implican tal vez experiencias del kitsch. Por medio de múltiples vivencias trato de rescatar este anhelo del recuertito que parece encontrarse con el propio kitsch. Las experiencias que se han descrito en el primer capítulo y en las páginas siguientes del cuarto capítulo, pasan por el proceso de la transcontextualización, mutan sin perder de vista u olvidar la primera impresión, pero cambiando el desagrado por la añoranza. Con especial énfasis en las experiencias del primer capítulo. En la actualidad si se presentan estas situaciones la perspectiva es distinta, y en algún momento de la vivencia la oleada de esas primeras veces es la nostalgia, el apretón de manos al pasado.

En el último capítulo titulado, kitsch moda y rebeldía, es el recuento de mi experiencia como estilista amateur, la tendencia a configurar vestuarios con temáticas específicas, que si bien no habría entendido en su momento mi inclinación a vestir de forma peculiar y que ello llamara la atención de personas en mi entorno para hacer un trabajo formal, la familiaridad para desarrollar personajes por medio de la indumentaria fue como se puede leer en las páginas de este capítulo una declaración de rebeldía primeramente ante mi familia y en segunda instancia los espacios que concurría, yendo contra corriente en un aire de experimentar, con toda la intención de cuestionar lo que se me imponía como bueno y malo. Por medio de la cultura para masas con la que me eduque visual y sonoramente pude tener el alcance de fascinarme con indumentaria y vestuarios. Desde las exuberantes prendas que se usaban en el cine mexicano de cabaret, rumberas, pasando por películas norteamericanas con la latente necesidad de mostrar a los rezagados sociales, su perfil bajo, ropa y zapatos feos, normalmente pasado de moda. El kitsch aquí lo representó como este conocimiento que viene de la mass media. La moda para las masas, la moda tendencia barata y en una construcción globalizada, en donde se pueden hacer mezclas extrañísimas como botas vaqueras con vestidos satinados, medias de colores y peinados estilo a go go. Este capítulo es un recorrido por la vivencia de este peculiar conocimiento que permite el cuestionamiento de ¿por qué vestir o llevar el cabello de una manera estándar según la moda del momento (la época)? sí puedo hacer uso de todo lo que he podido observar y escuchar.

Durante los capítulos yo recupero la intención de ver más allá de los supuestos de que el kitsch es una manifestación de arte sin valor, o de mal gusto, o si solo se han de presentar en el arte, y no en los espacios más familiares y cercanos, si las tiendas nostálgicas con cachivaches como joyas de vidas pasadas, de épocas lejanas son como lo enuncia Calinescu, una “inadecuación estética de nuestros abuelos” (2003, p. 234). Explorando los alcances que puede llegar a tener la sensibilidad kitsch.

El ruido, lo desagradable, la ansiedad y el kitsch.

Lo expuesto en este capítulo surgió como la antítesis de uno de mis actuales hobbies, ir a *chacharear* al mercado. Me refiero a la antítesis debido a que por mucho tiempo los espacios aquí descritos fueron en aquellos días bastante desagradables, por lo cual, este primer capítulo está dedicado a la incomodidad de lugares con objetos parecidos al kitsch, así como a situaciones que pusieron a mis sentidos en un punto límite. La descripción de los espacios es necesaria para que se pueda llegar a entender la bruma; se puedan casi saborear, escuchar, tocar, imaginar, y sentir los lugares, la ansiedad y el estrés que aflora cuando los sitios están sobrecargados de objetos kitsch y que a mi corta edad no tenían sentido. Según Giesz “la clásica reducción del kitsch al puro disfrute la practican [...] los niños cuando consumen sin más, sin piedad y con gran apetito, el belén navideño de chocolate [...] anulan igualmente el kitsch de la linda pelota de colorines cuando juegan al fútbol con ella” (Giesz, 1973, p. 76). Los niños tienen la facilidad de suprimir el kitsch porque aún no han aprendido a manipular sus emociones, su placer. De alguna manera no hay una irresistible necesidad de complacerse con objetos kitsch, es inherente, como pueda percibirse los juguetes con los que se entretienen. Con lo mencionado podría justificar por qué estos espacios tan ruidosos eran solo bruma en mis primeras experiencias.

Mi primer recuerdo sobre mi posible experiencia estética del kitsch fue en los mercados, tianguis, funerales y fiestas. Por ahí de mis seis o siete años acompañada por mis papás, a veces solo por mi mamá o por mis tías, y muchas veces más por mi abuelita Rosita fui llevada a esos lugares o situaciones. Acudir y recorrer el mercado era muy tortuoso para mis emociones y mi pequeño cerebro por el tiempo que pasábamos ahí. En un principio asistíamos a este espacio para comprar la despensa de frutas, verduras y carne para las comidas de toda la semana, pero mis papás le agregaron otra necesidad, la de recorrer las calles que conforman el tianguis. A esta necesidad le llamaré: compras vanidosas. Tiene atractivo y entretenimiento para todas las edades. Mi mamá aprovechaba para perderse o resbalarse de manera sigilosa y con gracia frente a espacios de ropa de paca. Consumía frecuentemente ropa de segunda mano y esto para mí era una tortura. El tiempo se hacía espeso, largo e infinito. Ella sin *apuración*, ni cargo de conciencia, se disponía a escoger ropa, mientras hurgaba con paciencia y daba vuelta a las montañas de prendas, una por una, con tanta delicadeza y dedicación de observar los detalles de los estampados, o los daños posibles a resolver de algo que realmente le gustara. No conforme con lo que escogía, se daba a la tarea de revisar más a detalle y cuidadosamente entre

su mercancía previamente seleccionada, como haciendo un recuento de sus gustos y decisiones entre las piezas que yacían sobre mí, o sobre sus hombros, para saber finalmente qué sí compraría y se llevaría.

Mi madre me dejaba sentada en la esquina del escalón del local al que acudíamos. Estoy segura de que fue allí donde nacieron mis síntomas de ansiedad. Estos espacios eran poco acogedores e inhospitalarios para una niña que no terminaba de entender la necesidad de comprar ropa cada fin de semana y, definitivamente, no comprendía por qué tenía que acompañar a sus papás al mercado pese al llanto de irritación y aturdimiento que le generaba estar entre tantas personas, pudiendo quedarse en casa con sus abuelos para esperar a que llegaran sus primos o mirar alguna caricatura que ofrecieran en la televisión abierta (en los canales cinco y siete). Los tianguis y mercados carecían de consideración y resultaban desagradables para los sentidos. No solo por la infinita espera, sino porque muchas cosas pasaban al mismo tiempo en un solo espacio. De ello se deriva la causa de aturdimiento que sufría al ver y escuchar a los vendedores entonarse para ofrecer y regatear sus productos; al mismo tiempo y, a lo lejos (no tan lejos, dos o tres calles), el sonido del tren, anunciando su paso o estaba; también el bullicio de toda la gente que se congregaba en las calles y en los puestos en los que hacían las compras al igual que nosotros. Por otra parte, se encontraban los puestos de discos y videos piratas, en los cuales se escuchaban y veían sus respectivos remixes de música, a saber, de cumbia, salsa, un poco de rock nacional, pop, música del momento, música en inglés, música disco, boleros y rancheras.

Se solía ir en familia para aprovechar y almorzar después de ir a escuchar misa, puesto que la iglesia se encontraba a unas escasas dos calles del gran mercado. El mercado y sus colindantes ofertaban desayunos completos: sopas con salsa verde o roja, cebolla y queso, tacos de guiso, marisquerías con quesadillas de pescado o camarón y un montón de cócteles marinos, barbacoa, carnitas, gorditas de guisos, entre otros muchos platillos. Al finalizar la comida había la opción de elegir el postrecito que se antojara: helado, fruta, pays, rebanadas de pastel, las famosas gelatinas de mosaico con su chorrillo de rompopo en bolsa, dulces, plátanos machos recién fritos con su lechera, camote cocido, obleas, un pancito de la temporada, raspados, entre otros.

Por su parte los automóviles pasaban a vuelta de rueda, algunos con cierta precaución y a otros les valía. Casi todos transcurrían pitándoles a los transeúntes porque estos andaban a mitad de la calle curioseando entre las chacharas de los puestos. El tianguis se montaba sobre las aceras

y parte de la calle, lo que posibilitaba esta locura. Otro factor que aportaba al conglomerado de autos era cuando pasaba el tren, ya que el tráfico se detenía por completo. No había espacio para moverse hacia adelante o atrás. Se veía en las caras de los conductores el desagrado y arrepentimiento de haber cortado el camino para llegar a sus destinos. Se podía sentir el calorcito del motor de los camiones al pasar a un lado y la desesperación de sus choferes. Al mismo tiempo se vociferaba desde los locales aledaños a este desastre, los precios de las frutas y verduras o las ofertas en calzado y calcetines. Entrar al mercado por el área de carnes era percibir simultáneamente otros ruidos, comenzando porque cada local tenía sintonizada su muy diversa música, partidos de fútbol, así como la repetición de las peleas de box de la noche anterior. Se escuchaba como eco la máquina que tritura la carne y la aplanadora de bistecs a un ritmo casi melódico; y el rechinado de la máquina de tortillas en conjunto con la persona que despacha mascando un chicle sin cerrar la boca. En otra parte del mercado se podía escuchar la bocina de un señor hablando de los remedios milagrosos que trae consigo consumir la raíz de alguna planta extravagante y promocionando los ungüentos mágicos del siglo, que contiene según su etiqueta, todos los beneficios de la mariguana y peyote untados. Todos los sonidos de aquel espacio se empañaban unos a otros. Pero aquí no se acaba el ruido. Estos solo eran los sonidos más distinguibles que ahí se atropellaban.

Acompañando la locura sinfónica, le continuaban las estruendosas imágenes entrando a mis ojos: los coloridos y llamativos espacios, (que no se si a propósito usaban cartulinas con colores fluorescentes imposibles de persuadir) del puesto de la ropa, las verdulerías, puestos con mil chucherías para niñas, adolescentes y señoras con cajas repletas de pasadores, pinzas, maquillaje, barnices, diademas, liguitas, algunos zapatitos y vestidos para muñecas. Había también puestos de baratijas o piezas vintage: copas, cuadros, platos, espejos, casetes, monedas viejas sin ningún valor y otros objetos. Otro puesto colorido era el de juguetes vintage, rescatados y restaurados o en su defecto mochos. El puesto en el que mi mamá siempre me sentaba a esperarla estaba frente a la ropa de segunda. Los colores de los productos que vendían en aquella mesita, o al menos lo que quedaba a mi vista de manera inmediata, y de lo cual recuerdo muy bien (ya que enumeraba la mercancía de la señora vendedora para entretenerme en algo). Dicho puesto vendía utensilios de limpieza: estropajos, cántaros, ganchos para tender ropa, coladeras, cucharones, jarras, todo en colores brillosos. Si algo era azul, era azul lapislázuli. Algunas veces arreglaban de manera cromática los utensilios. Otras veces estaban los colores todos revueltos. Se veían desde ahí los ramitos de plantas aromáticas, para hacer té, los puestos donde venden aretes y bisutería, los puestos de películas piratas, otros

puestecillo con herramientas como taladros, martillos, los puestos improvisados de frutas, la comida, las flores, macetas con plantas, tierra de cerro con fertilizantes y composta, tiendas con productos desechables, el puesto de los licuados, el molino, en alguna esquina el señor de las aves, con patos y pollitos de colores, vendiendo también jaulas y comida especial de pájaros.

Había otro tipo de ruido en el mismo ambiente, se trataba de aromas, fragancias y la esencia de una combinación bien recargada de calle. A veces olía delicioso. La composición que se hacía entre el hambre, las garnachas, frutas, verduras jugosas y otras en descomposición, inundaba la nariz. No podemos pasar desapercibido el aroma característico de la ropa de paca. ¿Era polvo? Hay prendas que por haberse usado siquiera una vez al unirse con la de alguien más se conjugan todos esos humores y olores que se sabe la gente deja en ello. Una vez que se destapan las pacas, se dejan libres y continúan entremezclándose con otros olores. Adicionalmente también estaban los propios olores de las personas. Algunas de ellas se perfumaban demasiado. Más aún, si se visitaba alguna carnicería podíamos encontrar (y aún lo podemos experimentar) el olor de la sangre mezclado con pinol y cloro. El aroma a sudor que se desprendía de mi frente, o del sudor de las manos unido al dinero que venía de las manos de mi papá, olía a sucio. Había más aromas: el de la gasolina de los autos parados, el hedor del humo que salía del escape de los camiones, aceite de los pescados friéndose, también el de la tierra en el área de macetas, el aroma de las tortillas recién saliditas, así como a dulce en las panaderías. Suele ser muy escandalosa la concentración de olores, a tal grado que ya sabía cuándo tenía que taparme la nariz por el fuerte aroma a caño. Recuerdo muchos detalles de estos espacios incómodos, puesto que me sobrepasaba, me causaban asco, y los percibía con mucha desesperación. Recuerdo todo lo que me superaba, las situaciones de las que sentía que no saldría. No estaba en disposición de esperar, quería irme pronto de ahí, puesto que era una espera eterna para mis escasos seis o siete años. Me producía taquicardia y sudoración en las manos. Me hacía sentir muy incómoda. A estas alturas, entiendo, que la riqueza y el cariño de la descripción pueden no dejar ver la ansiedad, incluso que connotan gozo, pero así fue. Mi experiencia fue desagradable. Me angustiaba.

Externé mi fastidio y malestar en muchas ocasiones, pero no era algo que le quitara la tranquilidad a mi madre. No era algo que le hiciera detenerse para darme calma. Ella solía pensar que solo estaba de remilgosa, de berrinchuda. Desafortunadamente tenía que estar ahí, no había de otra, no podía ir a otro lado. Lo más que yo podía hacer era llorar. Mientras tanto

en el mercado, el tiempo se distendía al punto de hacerse eterno, y los espacios me hacían sentir atrapada, aplastada y chiquita.

Todo esto se amalgamaba y confundía: el conjunto de sonidos, imágenes, olores, mi sentir, colores, balbuceo, el caño bajo el puesto de tacos, el clima casi siempre soleado, aunque en invierno no quería asomar ni un dedito de los pies fuera de la cama, mucho menos sacar todo el costal de huesos que me componía para pasear por el mercado. La totalidad de este conjunto de sensaciones me resultaba chocante. Era irritable la situación completa. Todo ese ruido me sofocaba. Era algo de lo cual quería evadirme, pero no podía hacerlo. Me hacía sentir rebasada, saturada, tan llena, que en muchas ocasiones estuve a punto de vomitar metafórica y literalmente; vomitar lo que olía, escuchaba, lo que gustaba o saboreaba, lo que sentía, veía, sin poder desentenderme de ello más que soportar y vivirlo. Ese molesto sentir de algo que nos fastidia, nos pierde, es frustrante y como consecuencia aparece la ansiedad, sin embargo, como niña no se puede hacer gran cosa, porque la mamá tiene que estar, debe estar, o quiere estar allí. Mientras que yo, de forma obligatoria tenía que estar, debía estar a lo que ésta dice, a pesar de que no lo valoraba positivamente, respecto al tiempo, al espacio que apretaba y un tiempo que se distendía, que se prolongaba indefinidamente, y que no había manera de escapar de él.

Lo colorido y ruidoso de los mercados en mi actual parecer suele representar alegría, folklore, vivacidad, puesto que envuelve al comerciante y los consumidores en un vaivén de comprar y repensar si vale la pena llevarse algún objeto que sale del presupuesto pero que seguramente hará algo por simplificar la vida dentro de la cocina o la casa. Todo esto trae consigo el peso de unas bolsas de mandado que son de un plástico resistente típicamente utilizadas para esta actividad, pesadas y abundantes, unas cinco o seis. No obstante, viendo la otra cara de la moneda, la realidad es que estos espacios son sucios en toda la extensión de la palabra. La contaminación en los sonidos es irritante y lo percibí de esta manera, ya que siendo una vegetariana que lloraba por los animales sacrificados por el consumo de su carne y el impacto que me causaba la sangre de las carnicerías, oír la prensa compactando y alisando un cacho de bistec me daba un asco impresionante. Mi mamá ya sabía que no podía estar cerca, porque me daba náuseas el olor de la sangre, el sonido y lo violento que era mirar una cabeza de puerco degollada. Cualquier pedazo de carne que allí se exponía, me repelía. A esto le añadimos las moscas revoloteando por encima y a su alrededor de un chamorro a una costilla, y por más que se quisiera limpiar el olor con cloro y pinol, el aroma a hierro de la sangre estaba impreso. Contrario a perfumar el espacio, se volvía una mezcla de olores escandalosa. Llegué a ver en

un puesto a granel unos cuantos *chimenes*, mientras inocentemente se los mostraba a mi madre, cosa que le hizo sentir un asco evidente, y determinó no volver a pararnos en dicho espacio. Las básculas con costras de mugre en las fruterías/ verdulerías, en los locales a granel, en el molino. Como el mercado y sus calles polvosas son un espacio abierto, fácil se observa el piso con algunas manchas más oscuras que el resto, evidencia de la gente que masticaba y escupía sus chicles en donde fuera. El mercado no es bello en sí mismo. Hay personas siendo groseras, literalmente como diría mi abuelita, hablando puras peladeces, personas pretenciosas y engreídas que detrás de algunos *puestecillos* miran con desprecio a cualquiera que pasase cerca de ellos. Se advierten comportamientos ordinariamente humanos. Escuché a muchos eructando después de darle un trago a su refresco. También se puede ver a los que atienden la mesa de las frutas rascando con sus uñas medio largas y muchas veces sucias sus cabezas o limpiando con su antebrazo sus caras llenas de sudor sin lavarse después las manos, niños y adultos con sus dedos hurgando dentro de sus narices. Estas imágenes no son para nada bellas, ni dignas de ser portada en algún lugar que no sea de salubridad. De entrada, nos dan asco y definitivamente las omitimos. Enseguida de que vemos algo así volteamos hacia otro lugar, a donde no sea repulsivo mirar.

Mi familia tenía este ritual de ir el domingo al mercado, pero ¿porque en domingo y no en jueves o sábado de tianguis? La situación daba para esto. Mi papá trabajaba de lunes a sábado. Mi mamá se encargaba de ser ama de casa, tener listos los *lunches* de esposo e hija. Mientras ambos no estábamos en casa mi mamá limpiaba, cocinaba y tenía todo listo cada día. El sábado era para ellos. Salían a bailar o hacían noches bohemias con sus amigos en casa. La clave está en que los domingos eran días de ocio. El domingo era el día para llenar el tiempo siendo productivos y a la vez estimular su estado de ánimo por medio de objetos kitsch. Según Giesz (1973)

La tarea principal del kitsch es crear estados de ánimo. Es extraordinariamente revelador el hecho de que el kitsch se convierte tantas veces en dominio de reposo espiritual precisamente para las personas que normalmente son sobrios represores de estados de ánimo (semanas agrias, fiestas alegres) o para los que han hecho el más auténtico habito de su existencia tanto la impasibilidad como el mal humor de las preocupaciones diarias (p.61).

Ante la latente necesidad de ocio, y los medios de comunicación bombardeando la vida, claro que ir al mercado parece algo productivo y relajante, está productividad sin el menor esfuerzo mental. Consiste en salir a caminar, cargar bolsas llenas de verduras, pero tiene un plus, observar y consumir. Los sentidos se ven estimulados. Dice Giesz (1973) que para el disfrute

del kitsch se necesita un temple, para disfrutar lo disfrutable, para perderse en el objeto. El que puede reprimir sus estados de ánimo pronto aprende a inducirlos (cfr., p. 62), para el disfrute de este, convirtiendo la salida al mercado en la ocasión para la compra de provisiones de comida y en cierta pretensión de la necesidad de estrenar ropa que, aunque sea de segunda mano, es ropa que sus cercanos no los han visto usar, esto es pretensión de tener de alguna manera el poder adquisitivo de estrenar.

Así mismo algunos fines de semana mi abuelita y yo hacíamos pijamadas y eso implicaba acompañarla al mercado el domingo por la mañana. La experiencia era un poco distinta con ella porque siendo la favorita de mi *abuela*, no me limitaba y compraba cosas que en mi casa no podía pedir. Sin embargo, había rutinas que eran iguales a las de mis papás: ir a comprar frutas, verduras, y tener que esperarme en la esquina de un escalón de la verdulería a lado de los depósitos de verduras podridas. Los huacales llenos de vegetales y frutas en su conjunto formaban olores que apenas podían diferenciarse. Tenía que entretenerme con palitos y si me compraba algo en el puesto de juguetes me distraía con mis luchadores o una libreta y mis nuevas plumas de colores. Pero era una espera nuevamente insoportable para una niña. Pese a que mi abuelita no le daba vueltas al mercado (como aún lo hace mi madre), porque tenía a sus vendedores de cabecera, y pese a que era menos distracción, se acumulaba el tedio para mí. Como había seguridad para ella, entonces pasaba hasta cuarenta minutos en el local de las verduras, puesto en el que también compraba toda su despensa de la semana. Me daba tremendo placer visual ver aquel espacio dentro del mercado, en donde todo estaba bien acomodado dentro de sus respectivas cajas, dentro de un anaquel en el que había un vidrio hasta adelante para permitir ver la calidad de sus productos. La fruta y verdura estaban minuciosamente combinadas, la gama de todos los colores en orden y en un solo espacio. En estos mismos lugares había música alegre: cumbias, guarachera, sonideros o salsa. Al mismo tiempo del disfrute se escuchaba cerca o lejos a señoras, señores o niños gritando y vendiendo cerillos, ganchos, bolsas negras para la basura, entonando de forma repetida el costo de estas. Me daba ansiedad el hecho de quedarme afuera, porque antes de dejarme ahí parada mi abuelita me decía: “no te muevas de aquí para verte, porque te pueden robar”. Yo preguntaba, “¿en serio?” Fue una manera de generarle a una niña tremendo trauma. Era un miedo lleno de ansiedad, pues no quería perderme.

Así mismo solía viajar al menos unas cinco veces al año con mi abuelita a la ciudad de México (en aquel entonces Distrito Federal), para visitar a cada uno de sus hermanos. Recuerdo a mi

abuelita y a mi mamá cargando siempre con un montón de enormes bolsas, específicamente unas que se pusieron de super moda por allá del dos mil. Eran de un material parecido al costal, con estampados horribles: la impresión de adornos feos como un piolín en un fondo color naranja, la palabra *París* escrita en cursiva, en repetidas ocasiones con mini torres Eiffel y moñitos color rosa mexicano. Siendo honesta, recuerdo una de las bolsas favoritas de mi abuelita, (porque a la larga se convertiría también en mi favorita). Tenía un enorme tamaño (casi como una bolsa negra jumbo), con un fondo en azul medio y la imagen de la estatua de la libertad en verde oxidado. A mitad de esta en letras muy grandes y en color amarillo canario la palabra *New York* con un sombreado en color rojo vivo.

Además del desastre que era viajar con tremenda cantidad de mercancía entre ropa, bisutería, maquillaje, calcetas, zapatos, que se amontonaban dentro de las *bolsas*, lo interesante era que mi abuelita no vendía ni una sola pieza de esa mercancía. En realidad, compraba un montón de cosas solo para ella, y no me cabe la menor duda de que solo era para ella, pues siempre andaba arreglada con distintos aretes y anillos, algunos más pomposos que otros, pero siempre a la altura de los lugares que solicitaran su presencia, guapa y elegante. Me desesperaba mucho sentir que nos miraban entrar y trasladarnos en el metro con todas las bolsas alrededor de nosotras. Me avergonzaba porque le pegábamos a la gente, estorbábamos el paso y nos teníamos que hacer bolita, pero ni así se hacía pequeño el espacio que ocupábamos. Mi abuelita me decía: “pégate a la pared del metro para que no te jalen y te roben”. Para entonces mi obediencia era pulcra y tomaba al pie de la letra sus indicaciones por el profundo terror que me generaba ser raptada. En estas visitas a la ciudad de México era de lo más normal escuchar todos los traumáticos y sabios consejos de mi abuelita. Me daba terror y ansiedad que me perdiera de vista, que se olvidara de mí en las esquinas en las que me colocaba mientras ella hacía sus compras. También me decía: “aquí te agarras fuerte de mí porque aquí se roban a las niñas. ¿Qué se hace ante esta información tan llena de mitos y verdaderos miedos de niña que los adultos instalaban en nuestras cabezas? A veces era un recurso de mi madre el chantaje para dejar de hacer berrinche o llorar. horribles situaciones en las que doña Yara le decía a una desconocida señora o señor que me llevara si no dejaba de llorar ¿Qué se hace con eso en nuestras mentecillas? Me da risa, pero aún cierta ansiedad por tan peculiares circunstancias.

Por su parte mi abuela me llevaba a estas aventuras únicas: el maratón de las compras; claro que también visitar a sus hermanos, pero el espectáculo estelar era caminar entre tianguis larguísimos (cuadras, colonias completas y repletas de mercancía), simplemente interminables.

Asistir a la Merced, Tepito y las tiendas aledañas al Zócalo, era requisito indispensable. Si aún después de tres o cuatro días el ánimo de mi abuelita seguía intacto, podíamos darnos la escapadita a otros mercados. No terminaba de apreciar ninguna cualidad de estos lugares. No le veía lo extraordinario que mi abuelita sí valoraba con una emoción infantil de cada espacio, de cada bolsa cargada, del mundo que me quería mostrar, porque ella sí me daba importancia en sus rutinas e itinerarios. Contrario a compartir la emoción había en mí un cansancio mental y físico. Tener que peregrinar por tantos lugares y el regreso a casa de mi tío, me sonaba lejano, incluso si ya íbamos en camino. No encontraba un sitio en el metro para sentarme, puesto que siempre le cedía el lugar a mi viejita, porque creía que era fuerte y grande.

Imagínese el escándalo y el taladrante ruido que no duerme en la ciudad de México. De por sí aquí en Querétaro los tianguis me ponían mal, allá no había ni para donde ver. Era infinito cada minuto. Había mucha más gente y muchos más olores. Ahí sí no se distinguía absolutamente nada. La mezcla de otra mercancía estaba disponible como la peculiar venta de alcohol clandestino a pleno medio día. Mi primer contacto con la presencia de mujeres transexuales me quebró la cabeza y atraía mi atención por su marcada presencia. Eran más ruidosas que todo lo que colgaba de las lonas sobre nuestras cabezas. Verlas contonearse y hablar (gritar) con tanta seguridad en su pretensión de ser el centro de atención era una algarabía de su fugaz existencia ante mis ojos.

Visitar el centro era imprescindible y necesariamente parte de su tour, para comprar su maquillaje, anillos de fantasía, accesorios para su cabello, libros, lo que se le cruzara y fuera económico lo compraba: zapatos, chamarras, calcetines, hilos, telas. Pocas cosas eran las que no compraba. Solían ser días pesadísimos porque era levantarnos temprano, a las seis o siete de la mañana, porque ya era buen momento para ir tomando el microbús y sorprenderme con los *stickers* que yacían pegados en cualquier vidrio del camión: el demonio de Tasmania con un aura de brillantina a su alrededor, ponchos extendidos sobre el techo con la imagen de Jesús o de la Virgen María, el tablero tapizado de una tela de peluche considerablemente vistoso, dados o un rosario colgado del retrovisor, frases u oraciones católicas en estampas que se posicionaban detrás del chofer, luces fluorescentes en color morado y rojo que ambientaba el transcurso del viaje, y por supuesto los mensajes de los choferes para ponerle un ultimátum a los pasajeros que necios bajaban por la puerta delantera (otra gran y exasperante experiencia). Después del Metrobús, nos trasladábamos en el metro. Si acaso tenía suerte terminábamos las compras a las cinco o seis de la tarde (temprano). El suceso podía hacerme llorar, me mareaba

por la ansiedad, no sé cómo no llegué a desmayarme o incluso a vomitar, porque eran espacios muy retacados de todo. Es notable que estos maratones o itinerarios (de los que mi abuela gustaba y a los que yo la acompañaba) en la ciudad de México eran más extensos que los de aquí en Querétaro. Allá se hacía más grande, más opresivo, más insoportable.

Prescindiendo del mercado, otra situación que me producía esta sensación de aletargamiento, sucio, desagradable, innecesario fue en los velorios/funerales, la espera en los crematorios, o los rosarios posteriores al funeral. En estos lugares de luto sigue habiendo mucho ruido visual, ruido sonoro y ruido de olores, incluso ruido táctil y no sólo porque tenemos que saludar, abrazar, dar el pésame, recibirlo, etc. Son situaciones viscosas. Al respecto dice Giesz que

El kitsch me parece asquerosamente viscoso [...] La viscosidad es algo más que una metáfora. Tampoco interpretó el apretón de manos simplemente como una odiosa adhesión de trozos de carne humana, sino como manifestación de una viscosa totalidad, un vis- a- vis que me obliga a vivir el mundo no solo con los ojos, sino con la piel, con los sudorosos poros (Giesz, 1973, p.57).

En los funerales sucede primero la velación y después el entierro. Generalmente la velación se da en espacios cerrados, por lo mismo de que se pasará allí toda la noche. A veces el calor se encierra. Algunas personas empiezan a sudar y si además uno tiene que participar de la velación y pararse a un lado del féretro o del ataúd, complica aún más la cosa. Las luces y las velas no se apagan durante toda la noche. Hay personas que no cesan de cantar, o de rezar, o simplemente de hablar. Es la *revoltura* de sonidos, olores, sensaciones que se mezcla haciéndose una enorme bola de malestar. La viscosidad del ambiente repleto de todo se adhiere a los ojos, oídos, olfato, a la misma piel. Se ha amalgamado la sensación de la viscosidad kitsch en la experiencia agria con esta situación tan familiar. Las sensaciones se vuelven aún más difíciles de soportar si uno no entiende el sentido de todo ese ritual cuando se es niña.

El primer funeral al que acudí fue el de mi papá, por ahí de los siete años. Recuerdo mucho quedarme en blanco totalmente: en blanco de emociones y ser el espectador de una película. La velación no fue en estos salones que han sido contruidos con el propósito de aguardar a familiares y amigos del difunto, a saber, una funeraria. Fue en casa de mi tía (nuestra vecina). El lugar se volvió hostil. Su casa alegre perdió luz ese día. Era agosto. Los días nublados son bastante comunes, pero había otras cosas en el ambiente. Recuerdo el ruido de mis tías, de mi mamá. Estaban enloquecidas, en un trance que no las dejaba permanecer en el presente. El miedo y la ansiedad cobró vida frente a ellas. No entendía por qué se habían vuelto locas. Me

daba pánico acercármeles. Estaban frenéticas en su dolor, idas por completo, entre sus desmayos, llanto y gritos. Sentí una especie de despersonalización (ataque de pánico). No reconocía mis lazos con aquellas mujeres. La gente que ahí llegaba participaba del ruido, entre el llanto, los saludos, el pésame, los abrazos, las palabras de aliento. En algún extremo del patio había personas cantando, otras intentando explicarme lo que estaba sucediendo, niños jugando y corriendo entre las sillas, gritando y llorando. En esta ola de emociones ante la frustración de no entender, lo único que sucedió en mi fue quedar totalmente expuesta a mis sentidos. Pronto percibí un sin fin de olores. Algunas tías llegaban muy perfumadas. Otras venían llegando de la ciudad de México, sudorosas y llorosas, sin tiempo alguno para tomar un baño. Olían a sudor y mugre. También se presentaba allí el olor del café de olla con canela, del tabaco fumado por tíos como chimeneas, algunos entrados en copas destilaban el aroma de algún licor, el olor de las flores, que no sé por qué siempre las que se eligen para estos eventos suelen oler demasiado y se combinaba fácilmente con las velas, el olor a viejo, mezclada con la colonia que usaban. Era mucha información sensitiva. Lo que quiero decir es que lo que experimenté fue asco. La situación por completo era repugnante, incómoda a tal grado que cuando me fueron a acostar a mi cama sentía una extrañeza, la despersonalización, me sentía viscosa, como cuando se practica un deporte de niño y el sudor del cuerpo deja a uno pegajoso, esa incomodidad de sentir la ropa, las sábanas, incluso el tacto directo de mi piel. No reconocía mi hogar. Quizá fue mi primera noche en vela por una ansiedad tremenda. Es que toda la situación era hostil, podía saborearlo en mi boca. Era amargo.

El conjunto de cosas que se reúnen en un fenómeno abigarrado, exagerado solo lo interpreto como desagradable ¿Qué hace que resulte desagradable lo experimentado, lo percibido? ¿Qué hay allí? De entrada, ruido. Lo que quiero caracterizar con la noción de *ruido* tiene que ver con lo que sucede con el ruido sonoro, el alto volumen, la dificultad para identificar los sonidos que lo componen por su elevado volumen y lo mismo pasa, o algo semejante sucede con lo visual, con lo olfativo, con lo táctil. Es desagradable porque rebasa a las posibilidades de identificación, con poder definir cada una de las cosas. Es tanto que se empalmaban las cosas que veía con lo que olía, lo que se siente o se escucha. Seguramente estaré pasando por alto algo que no logré ver en su momento, o no logré escuchar, u oler, incluso hasta sentir, al punto de que llega a ponerse en duda de si lo que percibí, lo que sentí, era provocado por algo o no. Y esto podría tener mucho sentido si pensamos que el ruido es tanto, tan abrumador, que hasta parece sueño. Es una exageración. Por ello el mareo. Por eso lo vinculó con los sueños.

El kitsch como mal gusto es feo por sí solo, por lo artificial y desmesurado, tal como Kulka (2016) lo presenta. El mercado es feo. Los funerales están sucios. Sensiblemente ubico lo feo de los tianguis que, normalmente, se montan sobre una avenida o una calle cerrada, para poder armar, colocar esos armazones que son de varilla y los distintos puestos que hay allí. Como vía pública pasan autos, perros, gatos, ratas cucarachas; transita gente, hay residuos de grasa, anticongelante de los automóviles que alguna vez se estacionaron por allí, heces de distintos animales, verduras aplastadas, chicles pegados al suelo que se convierten en manchas negras, escupitajos de la gente, basura arrinconada, polvo. Todo esto es feo visualmente y es feo, porque es sucio. Incluso habrá gente que se baña para asistir a los tianguis, pero también hay personas que no lo hacen, o vagabundos que pasan dejando todo su hedor. Incluso en los puestos de ropa de segunda mano, la misma ropa está sucia. Recuerdo que mi mamá me regañaba cuando yo un poco harta me acostaba en la pila de ropa. Me decía que estaba sucia, que se me podían infectar los ojos. Es feo porque no existe un orden, una simetría.

En las tiendas en donde la ropa es nueva se exhiben clones. Tanto la ropa, como las bolsas, las películas, los tenis, los cinturones, los juguetes o, incluso, los ganchos tienen rebaba (exceso de plástico). No hay calidad en la tela de la ropa, normalmente es áspera, con las costuras mal hechas. Los cortes de pantalones luego ni se entiende cuál es el frente y cuál es la parte trasera ¿Qué caracterizaba estos puestos a los que asistía? ¿Qué había en ellos que reflejaran un mal gusto? No solo por la suciedad, también lo que vendían estaba mal hecho. Además, reflejaban la sensibilidad de quienes estaban allí ¿Qué había en ello que pudiera devolverme la posibilidad de hablar de una sensibilidad kitsch? Hay cierta ostentación en algunos dueños de estos locales, sobre todo lo experimenté observando a las señoras que vendían en los locales de segunda mano, desde una postura de falsa elegancia, siendo un poco chocante o estruendoso. Les recuerdo usando vistosos relojes o aretes llamativos, de oro o imitación de este, e incluso iban bien peinadas con tocados con los cuales no se van a los tianguis, usando pulseras simulando ser oro o plata, bien vestidas, con lo que estaba de moda en ese entonces. Calinescu escribe algo referente a estos objetos:

Tenemos [...] que reconocer la existencia, junto a las variedades más humildes del kitsch, de un kitsch suntuoso privilegio de los ricos. No obstante, incluso cuando no es caro, se supone que a menudo el kitsch sugiere riqueza y superficialidad: objetos de imitación de oro y plata, y joyas de cristales coloreados vendidos en comercios tienen indudablemente algo que ver con el kitsch (2003, p. 239).

Era muy visible la actitud de querer imitar una elegancia, o una clase social distinta de la mayoría de los que concurríamos al mercado. Había esta pretensión de ser de caché, con otro prestigio, en una pose de presunción económica, incluso la actitud con la que estas personas encargadas de sus puestos y locales recibían a los clientes, o a la gente que solo pasaba viendo, con desdén. Estas señoras que traigo a cuento son las que más recuerdo porque era un negocio que a mi mamá le gustaba mucho visitar, pero podía encontrar otros espacios en donde la actitud era muy parecida. Recuerdo a los señores que vendían lentes de sol, en sus *puestecillos*. Iban en una actitud de galán, bien vestidos, con playeras ajustadas, con zapatos que eran para entonces lo que estaba en tendencia. Los peinados de estos hombres eran entre un mullet o mohicano. El peinado era, pues, muy específico, a la moda para esos días. Usaban vistosos relojes, pretendiendo tener dinero. “El proceso del kitsch es símbolo de una alienación, en tanto el hombre más que determinante de las cosas está determinado por ellas, no es necesariamente sinónimo de alienación. El kitsch no es la alienación, aunque en la sociedad de consumo la alienación, por lo general, contiene al kitsch como signo distintivo” (Moles, 1990, p. 42). Hay una gana de ostentar, de pretender, de presumir. El trato con desdén al cliente es una impostura, una pose y aquí ya encontramos esta sensibilidad kitsch: esta saturación, este abigarramiento, este, de alguna manera, ser coherente con el ambiente que le rodea, saturados llenos, sobre arreglados.

En ciertos locales donde se vende ropa de paca, hay ropa que usualmente ya no está de moda. Por eso se divide el local entre las mesas con los montones de ropa y la ropa que está ordenada, arreglada, puesto que supone que está de moda y por eso era más valiosa. En estos lugares que tienen las marcas que se están usando los precios se elevan. Tiene otro prestigio poder adquirir estas, porque no es lo mismo consumir la ropa que se vende en las mesas que podría llegar a costar una prenda cinco o diez pesos. Lo que es de marca podría costar hasta trescientos pesos, aun siendo de segunda mano. Las personas que vendían ahí se vestían con lo mejor, usando hasta accesorios como cangureras brillantes, tanto de materiales como lentejuelas como de marca Nike o Adidas.

Los lugares que solía visitar con mi mamá denotaban esta diferencia. La ropa pasada de moda que se desplegaba sobre las mesas no era de marca y a veces parecía que venía del closet de las abuelas. Era cuestión de suerte encontrarnos con alguna prenda que fuera de marca. Pese a que la calidad era buena, lo que parecía y parece actualmente importante es vestir marcas. Mientras que lo nuevo, lo que colgado de ganchos en los armazones de fierro figuraban las ropas con el

último grito de moda. Las señoras que vendían en estos lugares vestían ropa buena, al igual las hijas de estas, que, en su adolescencia iban bien cuidadas y arregladas en su forma de vestir. Había una diferencia muy grande, en las cosas que ofrecían. Mi mamá nunca me dejó comprar ropa que rebasa los cien pesos, y si en dado caso había algo que me gustaba que costara eso, para mi mamá yo era una chocosa, y es ahí dónde puedo notar que definitivamente hay una diferencia y un prejuicio que no invento mi mamá, sino que viene de la forma de relacionar el valor de la ropa, eso no solo se da en los puestos de ropa de segunda. La medida en la que hablé acerca de esta presunción, mal gusto, saturación, exceso, del kitsch, del estilo, de la estética de estas personas, que vendían ropa, que vendían lentes, conectan con el desagrado, con el ruido, que me llenaba, me abrumaba, me fastidiaba, ¿también esto me fastidiaba, también esto era parte del ruido, también esto me desagradaba? ¿Por qué, cómo? A mí me hacía sentir avergonzada, ir a las montañas de ropa, me daba pena, porque esta misma gente nos veía hacia abajo, como si estuviéramos comprando sin valor, para lo que nos alcanzaba, como si el hecho de no tener la posibilidad de comprar ropa con un costo más elevado me hiciera valer menos, eso me fastidiaba, el que me vieran con desdén. Me hacía sentir chiquita, sin valor y sentirse de esa manera es totalmente desagradable, y su origen es en la pretensión de estas personas, que llegaba al punto de hacerme sentirme menos, me avergonzaba ser o sentirme de menor valía, ser distinta de aquel que me hacía sentir así. Las implicaciones morales que esto tiene, el modo en el que se nos trata también puede ser un modo kitsch de trato y efecto moral, la impresión que nos deja es esta, la de sentirnos menos, la de sentirnos chiquitos porque no podemos comprar, como si el tener para adquirir cierta ropa de cierto precio nos hiciera mejores o al menos más dignos. Si el kitsch se caracteriza no solo por lo pasado de moda, el mal gusto, sino también por lo pretencioso, aquel que es pretencioso es pretencioso porque se sobreestima, se eleva por encima de los otros y así en esta posición trata a los otros.

Figura 1

Bueno, bonito y barato



Nota. Olvera, P. (2023). Bueno, bonito y barato [Collage] Querétaro, México.

Imagen realizada exclusivamente para esta tesis.

Esta misma actitud o pose se repite en los funerales, están los familiares que da gusto de ver por su acercamiento y disposición, pero hay otra familia, en mi caso tías, así como sus hijos, que llegan en una pose de presunción, esta misma postura hace que sea desagradable la reunión. La pretensión y el desdén con la que se comunican, con la que se paran es evidente, y si ahora sucede, cuando presencie mi primer funeral en la niñez con el shock de aquel evento, me parecía aún más insostenible el espacio y con ello la experiencia. A su llegada se podía percibir la actitud de poseer más que los demás, su forma de vestir era muy parecida a la de estas señoras de los puestos del tianguis, pero en esta situación se percibía enormemente el contexto. Vestían de forma muy llamativa, con colores que se sabe no son propios de ir a un funeral, a una velación. Tacones altos, uñas rojas, anillos grandes y brillantes, pulseras anchas de colores simulando oro, que al golpearse unas con otras, hacían ruido. Cierta ropa con marcas que parecían ser importantes. Aparecían con peinados bien pensados y más que eso, bien armados, haciéndoles lucir muy pomposas. Yo sentía de ciertas tías y primos un desprecio implícito, a

la hora de no saludarme, o de ni siquiera tomarme en cuenta a pesar de que me veían y, aún así, hacerse de la vista larga. Saludar y despedirse de las personas que selectivamente caen de su gracia. Con esto descubro que hay una actitud kitsch, porque ni siquiera era como que realmente tuvieran el dinero para dárselas de estar dentro de otro estrato social, únicamente hay esta tendencia de querer presumir, aunque no sea el momento para hacerlo. No solo no contaban con otro estatus social, ni había tanto dinero como aparentaban, sino que ni siquiera hay un buen gusto en sus maneras de vestirse, la manera en la que se veían no era muy adecuado, algunas de ellas vestían con escotes, o ropa muy pegada al cuerpo, mostrando sus figuras, no sé si para hacer notar su presencia, pero de que todos mirábamos, eso era un hecho. Lo contrastante de esto, es que no era el lugar, y más que el lugar, no hay espacio en un cuerpo doliente el querer si quiera vestirse, apenas se tiene consciencia y fuerza para asistir. La descontextualización, lo fuera de lugar, esto es, lo que no va acorde al espacio, la situación o el momento: mezclar, y en este específico caso, mezclar las ganas de robar las miradas, en un lugar en el que la gran mayoría está llorando y no puede aceptar su pérdida, esta experiencia que todos los ahí presentes compartimos, considero yo que apenas se tiene la fuerza para vestirse, para tomar lo oscuro que hay en el closet, e incluso no importa si se combina o no, no hay espacio en la cabeza para ello, y mucho menos lo hay para darse una buena maquillada o peinada, y si alguien por ahí elije arreglarse, lo más que se hace es ser prudente y respetuoso con la pena de los afectados, entonces solo se visten de negro, sin adornos. Por esta pretensión o la exagerada manera de arreglarse, pareciera que no están padeciendo el dolor que embarga a otros, como decimos: no se ponen a tono.

Figura 2

En su santa gloria



Nota. Olvera, P. (2023). En su santa gloria [Collage] Querétaro, México.

Imagen realizada exclusivamente para esta tesis.

Al acompañar a mi abuelita a la ciudad de México, elegía con base en los mil temores que se me había previamente contagiado mi ropa, gracias al miedo a ser raptada, asaltada y en peor de los escenarios asesinada, vestía las prendas más viejas o descuidadas del ropero, mi abuelita me decía: vete con pants y los tenis más viejos que tengas, porque si te vas arreglada nos pueden asaltar o secuestrar. Bajo aquellas advertencias no me detenía a ser quisquillosa, tenía que vestirme acorde a los lugares que solíamos visitar, mi abuelita nunca me hubiera dejado ir bien vestida a estos tianguis, ni se hubiera atrevido a vestirme como solía hacerlo para las fiestas, con la elegancia que ella siempre portaba.

Otro gran momento de ansiedad, incomodidad, ruido y extravagancias se congregaba en las fiestas: ya fueran infantiles, bodas, quince años, bautizos, primeras comuniones y cumple años, o cualesquiera eventos que solicitara la disposición de mi madre para arreglarme con ropa, zapatos y peinados insoportables, la cosa es que no terminaba de entender por qué tanto relajo

para ir a un lugar con demasiado ruido, gente, comida que no me gustaba, y tiempo desperdiciado. La imposibilidad de decidir lo que debía usar en aquellos espacios me producía irritación en la piel, sudor que las prendas no podían absorber porque eran telas imposibles y por el contrario causantes del efecto para la acumulación de calor. Ya de por sí era fastidioso para mí tener que portar aquellos vestidos que tenían una especie de malla para darle volumen a la falda, no conforme con ello los jalones de cabello con el cepillo más cerrado que pudiera dejar lisa una buena coleta, o dos, dependiendo de la creatividad de mi madre, y los montones de gel para que ningún cabello quedara fuera de su lugar hasta hacer que los ojos se estiraran a los lados. Se le añadía un par de zapatos grandes de charol y unas calcetas con olanes al final para que todo se viera coqueto, una chamarrita lo bastante comfortable y cálida porque las fiestas terminan hasta que el chisme entre tías se agotara.

Mi mamá cuenta con orgullo (lo cual considero un poco irresponsable de mis padres jóvenes) la anécdota de mi primera fiesta dice que fue al mes y medio de mi nacimiento, el evento: el cumpleaños número tres de mi prima. Mi próxima exposición al mundo público: unos quince años de alguna parienta, a mis escasos cuatro meses de nacida, de ahí la lista continúa con pocas restricciones. Sin embargo, lo que aquí viene a ser relevante es que a mi memoria le siguen recuerdos del alto volumen de la música, que apenas dejaba espacio para poder comunicarse con las personas que se congregan en la misma mesa, el repertorio de la música era siempre el mismo, un poco de cumbias, salsa, merengue, música moderna que animaba hasta a los abuelos, boleros, rockabilly, y contadas canciones de banda como la famosa melodía “la bota” de mi banda el mexicano, al tiempo que destellaban luces estruendosas en color rosa magenta, rojo, amarillo, verde, y azul, sin permitir alguna tranquilidad visual para permanecer paciente la hora de partida.

En las mesas era esencial los manteles que cubrían esta, intercalando entre un blanco y el color acorde al vestido o la ocasión, en las bodas se solían usar plateados, dorados o colores “elegantes” rojo quemado y azul marino. Por otra parte, los centros de mesa, con flores naturales combinadas unas con otras y si se ponía extravagante el asunto se podían ver peceras, candelabros, estructuras en forma de jaulas de pájaros. Servilleteros, saleros y tortilleros con olanes del color del vestido de la quinceañera, o tan solo con ramos de pequeñas florecillas de pasta flexible, y en la elegancia de una boda, colores como blanco con dorado, llevaban una etiqueta de lado con la imagen de una muñequita, o una pareja de novios y dentro de esta la fecha del evento escrita a mano y en cursiva (para darle un toque romántico), así como el

nombre de los festejados, los nombres de los padres o alguna oración católica. Los tortilleros siempre venían con una servilleta bordada a mano y el mismo patrón de poner el nombre y fecha de las personas celebradas con estambre. La comida se servía en platos desechables de unicel o delgado plástico, cucharas, tenedores y cuchillos de plástico, y la comida mexicana realizada en grandes cantidades, pozole, arroz con mole, arroz con carnitas, barbacoa y al menos tres salsas, un plato con frijoles, otro con chiles en vinagre acompañando la mesa.

Por otra parte, tenemos la sección de diversión para los niños: un brincolin, o inflables (que siempre huelen a pies) con personajes conocidos como Mickey Mouse o algún animal formándose por encima de los inflables, columpios, resbaladillas, y ya muy *gacha* la cosa porterías de fútbol para el entretenimiento de adultos e infantiles. Pero también tenemos esta costumbre de tener unas cuantas piñatas que a mi experiencia me parece violento y por ende me aterraba, puesto que muchas de ellas solían estar compuestas por ollas de barro que en cualquier momento estaban latentes a caer encima de algunas tiernas cabezas, también había una especie de recompensa por lidiar todo el santo día fuera de casa y esto era mediante la repartición de bolsas de dulces que se caracterizaban por tener la caricatura favorita del cumpleaños como portada, esta venía rellena con los caramelos más baratos, algunos a granel y bolsas de churros chafones. El salón se decoraba con las novedades del momento y para entonces las columnas de globos eran lo mejor (aún no se desplaza ese recurso) que al final del día servían para entretener a algunos niños, ya fuera para que estos los usaran como pelotas y así poder rebotar contra el piso, paredes, papás, otros niños y por todo el salón, jardín o algún patio de la casa de familiares, aunque en su peor versión también servían para reventarlos y asustar a muchos. Si se trataba de alguna fiesta infantil, no podía faltar el payaso o mago para animar el evento ¡Que tortura era para una niña de cinco años que por causa de su papá y su afición al cine de terror se habría traumatado con la famosa película de Stephen King: *it!* y así la imposibilidad de disfrutar del espectáculo montado por dichas personas, y qué decir de las actividades que les ponían a hacer los animadores a los niños: concursos de competencias (esta actividad a muchos nos generaba una gran ansiedad), ¿porque poner a competir a los niños? aunque resulta bastante interesante que los mismos niños que se la pasaban molestando con globos al resto de la fiesta, o los que se formaban hasta cinco veces a partir la piñata, eran los mismos que competían en las rutinas de los payasos o magos.

Continuando con el recorrido del salón de fiestas, podíamos encontrar los licores ofrecidos por los anfitriones, tequila barato o alguna bebida embriagante con un gran implemento estético,

Por otra parte, y menos alejado de la ansiedad y ruido eran los días festivos en la fábrica a la que entró a trabajar mi mamá posterior a la muerte de mi papá, recuerdo perfecto el olor a pasto recién podado y regado, olores que le siguen a la imagen de lunches para los niños de los trabajadores de este lugar, aunque el espacio de comedor se abría para las familias, a nosotros los infantes se nos entregaba una especie de bolsa con jugo, fruta y sándwich de jamón, con algunos dulces esparcidos. El evento se comenzaba con una misa frente a una enorme virgen expuesta en el gran jardín del lugar, repleto de sillas para fiesta, en los cuales nosotros los niños no soportábamos e inquietos pedíamos nos dejaran ir al espacio de juegos, en mi caso mi abuelita siempre tuvo poder sobre mí, y me calmaba con una libreta y crayolas que llevaba en la bolsa, mi mamá perpetuamente en sus círculos de amigos pasaba el tiempo riendo y platicando hasta que se nos corría del lugar y a veces había *post*. El recorrido de la fábrica era requisito serio, puesto que el padre que habría ofrecido la misa le recorría bendiciendo anualmente.

Lo catastrófico, neurótico, traumático, ansioso, ruidoso, harto de mil vidas, sentimientos, e insoportable me seguía pareciendo innecesario y esto fue vivido por mucho tiempo, por más que sucedieran estos eventos anualmente y constante dentro del año, no podía hacerme a la idea, seguía siendo desagradable, tanto tener que socializar con niños extraños, o primos (extraños), como no saber que sentir con el rebote de colores, olores, sonidos, sensaciones dentro de un mercado o abordaje de un camión, metro o pecera. La impresión de los funerales, y la gente, todas las cosas sucediendo era impensable, pasar las noches acostada entre sillas porque mis papás seguían bailando o platicando con quién sabe quién en las fiestas, o en su defecto tener que conciliar el sueño en sillones de funerales con las luces encendidas y lamentos de fondo, es impensable, inconciliable poder adaptarse, acostumbrarse a tantas sensaciones, ruido, solía ser molesta la exigencia de permanecer en calma, o tomarlo como un proceso natural. Porque ¿a quién le cabe en la cabeza que un ser tan pequeño pueda procesar tantas cosas sucediendo sin descanso a su alrededor? un ser que tiene siquiera un año tiene un proceso (completamente) natural, al sentir el amor del mundo que le rodea, pero de eso a lo violento que puede llegar ser el color, el sonido y el olor es completamente otra cosa. Hacer callo es la mejor cara de la resistencia, como un escudo antibalas, a todo el ruido.

Si bien las experiencias aquí expuestas fueron vividas en espacios muy diferentes, en situaciones contrarias como lo es un ritual funerario, y la alegría que deviene de las fiestas, o

la ociosa práctica de visitar el mercado, las sensaciones desagradables que a mi recuerdo invaden se repiten pasando de la ansiedad recurrente que aparecían por medio de una desesperación abrumadora, sudor en las manos, sensación de ahogo, exasperación, estrés (esta sensación de evadir la situación) incluso antes de acudir a estos lugares por las experiencias previas a volver a visitar algún lugar de estos. Estas emociones de reprobación venían a causa de lo que implicaba ver, tocar, escuchar, oler, sentir en esos espacios, es debido a las diferentes formas de presentarse el kitsch, todas sus virulentas maneras de propagarse, estruendoso, sucio y viscoso.

Redescubriendo el kitsch

La propuesta de este capítulo tiene la intención de explorar la posibilidad de que este concepto (kitsch) exista fuera del arte, analizando algunas características y semejanzas que pudiera compartir con ciertos objetos, decoración, costumbres asimiladas que tal vez datan de mi infancia y que se han forjado con el paso del tiempo. El redescubrimiento que aquí propongo es exponer la hipótesis de que podría encontrar desde la sensibilidad kitsch una experiencia de la misma prescindiendo del arte y qué tal vez se encuentren mediante vivencias que he podido observar, escuchar, presenciar, degustar, percibir.

Pareciera que la viscosidad y viralización del kitsch se ha propagado y reproducido de formas inimaginables, siendo cercana la experiencia con el fenómeno por múltiples medios. Podría decir entonces, que esta virulencia es el portal mediante el que atraviesa la cultura e inevitablemente llega a nosotros ahora no solo por propaganda mediática, también a través del internet. Lo cual me hace pensar en una vivencia que tuve hace poco, una de mis primas en algún momento pidió rentadas unas sillas y mesas para una fiesta, entonces, nos pidió de favor que la acompañáramos a la casa de la señora que le rentaba, la señora amablemente nos permitió entrar a su casa, al entrar al lugar, la primera estancia por atravesar, fue la cochera, y enseguida, la sala, en ese lugar lo primero que llamó mi atención fue un altar, este se caracterizaba por ser estruendoso, lo cual me hizo sentir emoción porque nuevamente me encontré con esta singular característica del kitsch. Estaba todo atiborrado de fotografías familiares, fotografías a blanco y negro, bien cuidadas, en marcos de distintos colores, tamaños, algunos más garigoleados que otros, también de diferente material, plástico, madera, y si no era fierro había unos de aluminio simulando ser de este otro material. También había ahí, imágenes religiosas, una biblia y varias velas, de distintos tamaños y colores. Había justo en medio de todas estas cositas, una fotografía de gran tamaño, en marco de madera y bien cuidada. También sobre esa mesa había flores artificiales en floreros pequeños pero muy ornamentados. Tras haber visto todo aquello solo pude soltar una gran sonrisa, porque justo pude ver esta cercanía, que, en la conjunción de todos los objetos ahí reunidos en la mesa se encontraba la saturación que quizá para aquella señora los artículos le representan algo que en sí mismo causa un efecto, por ello sólo aquellos objetos están expuestos en el corazón de su casa. En el artículo *el entorno cotidiano, la estética kitsch y su relación con los diseños* los autores señalan la presencia de la alternativa al arte, puesto que en su investigación dan cuenta de las personas que poco pueden acceder al arte en el museo o a conciertos de música clásica,

“de manera contraria al arte, las propuestas de la estética kitsch son masivas, sin distingo de clase social ni de nivel cultural, el nivel educativo o la cosmovisión quedan fuera para la creación y la contemplación de productos kitsch” (Figuroa et. al, 2016, p.101). Si bien el kitsch no llega de manera inmediata en el siglo XX, sino a finales de este, la industrialización forma parte importante para que dé a poco se origine la posibilidad de masificar objetos, información, y hasta educación para el mundo. Las personas en su necesidad de consumir belleza se ven confortados ante esta alternativa que no solo puede adquirirse rápidamente, sino que es accesible como pieza terminada, o por producir y al final como goce estético:

El resultado del proceso kitsch pocas veces pretende quedar inserto en un recinto cultural. Así un individuo decora su entorno cotidiano primario como las paredes de la sala, recámara o cocina con los elementos que le gustan, que pueda recolectar en un proceso corto o que tiene a la mano. Claros ejemplos de este tipo de arreglos sincréticos son: la composición de una fotografía de boda colgada junto a una imagen religiosa y que al mismo tiempo comparten espacio con un cartel masivo y comercial del deportista idealizado y endiosado. Librerías baratas, de poca calidad con pobres diseños que contienen de todo, menos libros, pero que guardan desde una colección ecléctica de minúsculas figuras de porcelana hasta recuerdos religiosos-conmemorativos de eventos que pocos o casi nadie recuerda (Figuroa et. al, 2016, p.6).

Experimentamos con espacios que se amueblan y decoran de maneras diversas, (y de alguna manera parecidas), no idénticas pero sí con esta noción de poner objetos que tengan una representación que subraya la importancia de quien adorna, como la mesa en la sala de la señora de las sillas, no es igual a la de mi abuelita, pero se repite este patrón de acomodo, flores artificiales o secas, adornos religiosos, mantelitos hechos a crochet, velas y fotografías de la familia. Cambiaré el lugar que se adorna, en otros espacios, como la casa de mis amigas, he visto repisas con piezas de arte, flores artificiales o plantas naturales, velas, inciensos, libros, estatuas diminutas resultado del souvenir, dos que tres juguetes de su infancia que pudieron rescatar, mapas encapsulados, fotografías de sus viajes o momentos que consideran importantes.

En el caso de la señora que renta sillas, también pudiera presentarse en otra idea, este negocio de la renta de sillas, en específico, las sillas Tiffany, que resultan muy adecuadas si el estilo del evento, va acorde o concorde con el tipo de evento, y viceversa, pero no falta quien rente las Tiffany precisamente porque se ven bonitas, pero no porque correspondan al tipo de evento que se está realizando y entonces se ve cursi el tener unas sillas Tiffany sobre terracería, o

tepetate, un jardín mal cuidado con una ornamentación descuidada, o saturada. Pero regresando al altar, también por ahí puede ir la pista, conectando lo que decía de que lo tenemos cerca, al preguntarnos ¿Qué es eso? ¿Qué significa tenerlo cerca? Esto es cuando se piensa que tenerlo o estar en contacto constantemente, sí, esto es la cercanía del kitsch porque estamos en relación con ello, nos resulta familiar, como decimos de alguien, que es un cercano, que incluso es íntimo de nosotros y tan íntimo que no nos percatamos de contradicciones, de falta de correspondencia, de desacuerdo. Lo que más cerca tenemos, ese contacto constante, se llega a configurar como un hábito o una costumbre.

He de considerar todo esto porque la imagen que tengo de la casa de esta señora me llevó a experimentar nuevamente este gusto que permea sobre muchos. Hablaba con una compañera de la carrera para que apoyara mi vago conocimiento del método fenomenológico, entonces, para comunicar mi interés, le conté y puse ejemplos de lo que hasta aquí tenía como pista que me llevaba al kitsch, se le iluminó la cara mientras le desempolvaba mis experiencias que compartía con mi abuela en su casa. Los detalles que le expuse le parecieron familiares, me comenzó a platicar sobre los espacios que tenían parecido en la casa de su mamá, me contó que también ella tenía su lugarcito en donde había fotos de la familia con una variedad de objetos religiosos, así como recuerdos de esos que te dan en las bodas o quince años. Le platiqué que por ello mi interés sobre el kitsch y las formas de organizar nuestro entorno, no sé si es porque nos gusta tanto, o porque hay un vínculo con esa manera, pero la historia se repite. Ya se vislumbra la conexión de la nostalgia con el kitsch. Pero no es que la nostalgia genere el kitsch o todo lo que dé nostalgia sea kitsch, sino que esto podría conllevar nostalgia.

De niña no podía notar estos espacios llenos de cachivaches, ni cuando lo veía en casa de mi abuelita, incluso en casa con mis papas, esto lo pude ver hasta que supe de la existencia del kitsch, y hasta entonces pude darle su lugar a lo que estaba a mi alrededor. No se trata de valorarlos o no. Claro, que los valoraba, sólo que no sabía cómo hacerlo. La noción de kitsch me dio una pista. En esos días se dio la oportunidad de ver a unos amigos de mi primo, y entre que me contaban lo que estaban haciendo y me preguntaban qué hacía yo, sin entrar en mucho detalle sobre el propio concepto, comencé a platicar un poco sobre las experiencias que había tenido en el mercado, estos amigos entre la alegría y asombro por recordar y pensar en sus propias experiencias, comenzaron a narrar sus historias, sin percatarse de su fascinación pero también de lo incómodo que solía ser estar entre tantas personas, con sus vivencias al asistir al mercado. Es aquí donde pude ver, que no advertimos, ni damos cuenta de la cercanía con la

que participa el kitsch en nuestras vidas y esto me parece que pasa porque lo tenemos a la mano, muy cerca, no el mercado, sino el fenómeno del kitsch. No sé cómo lo viven los demás, pero en mi caso me resulta algo por demás familiar y reconfortante.

Pensando en las visitas que hacíamos para ir a ver a mi familia de la ciudad de México, no me parecía nada raro, ni siquiera lo advertía o siquiera lo hacía consciente, no ponía atención a todo aquello que estaba sucediendo a mi alrededor. Los espacios en los que se agrupaban un montón de objetos, la virgen con luces de navidad a su alrededor, frente a ella una vela que se dejaba prendida durante toda la noche, un rosario colgando del cuadro o figura de la misma. Fotos por doquier de vivos y muertos de la familia, flores, y uno que otro cachivache recuerdo de los nietos. Esto se exhibe en una mesa o pared de las casas de mis tíos. Por otra parte, si nos dirigimos a la cocina era una cosa mágica, que nunca puse en tela de juicio de que estuviera bello o feo, era tan parecido a la cocina de casa de mis abuelas que no podía identificar en esos momentos que los colores eran estruendosos y feo por estar todo amontonado. No me cuestionaba eso. A la hora de la comida pasaba algo muy parecido, platos de diferentes colores y texturas, de plástico, vidrio, cerámica como loza, distintos colores entre ellos. Lo mismo pasaba con los vasos, desde el vaso de vidrio que tuvo un uso específico antes, esto, llevado a la tiendas con el contenido de mole en su interior, siendo rescatado y lavado puede usarse como un digno vaso, también estos otros de plástico que contenían crema o yogurt, y que suelen darle a los niños para que no tuviéramos peligro de romper los de vidrio, pero también hay tazas desportilladas que la abuela o las tías recuperaron de sus madres, haciendo equipo con otras tazas que tienen logos de negocios y que llegaron a casa por medio del trabajo de los tíos, como un obsequio de sus jefes. Las tazas con impresiones kitsch que el tío regalo a la tía en su aniversario, cumpleaños o fechas especiales, cosas cursis como corazones y osos de peluche mal grabados en una cara de la taza. Y ahí estamos conviviendo, brindando con un café sin darle un mínimo de importancia a los objetos que usamos para servirnos comida o de donde bebíamos. Los objetos cargan con significados que desbordan su utilidad. Ahora pienso en todo esto, pero a mis escasos diez años apenas podía sorprenderme porque me habría tocado comer en el plato que tiene grabada la cara de Bugs Bunny y un vaso de plástico con un color escandaloso que incluía un popote, ahora me parece algo tierno, algo infantil y sentimental.

Ver los cucharones de colores que cuelgan de la pared de mi abuela, todos los colores que iluminan su cocina, no solo los cucharones y coladeras, su molino de café es de un color rojo encendido, las cortinas del ventanal que tiene frente a la estufa son tan cortitas que es más

adorno que un verdadero utensilio para cubrimos del sol, de color amarillo con estampado de patos y cursis olanes sobre las orillas. Todos los frascos que ha reciclado del café instantáneo, mermeladas, o quien sabe que contuvieron en sus vidas pasadas. Pero ahora aguardan las mil y unas especias que mi abuelita debe tener a la mano.

Figura 4.

Cucharones y coladeras



Nota. Salinas, Y. (2016). Cucharones y coladeras [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía original de la casa de mi abuelita.

Son tan familiares los acomodos, los artículos a la mano saturando nuestros lugares se parece al kitsch, y al mismo tiempo me resulta por completo familiar. Recuerdo los espacios de mis padres, mi mamá tenía una virgen tallada en madera y detalladamente pintada, en un agujero extraño que tenía la pared de su habitación, la virgen le pertenecía a mi bisabuela, era de unos veinte centímetros muy real, y a sus lados una vieja colección de vinilos, cassettes y pocos discos, había allí también unos joyeros improvisados, botellas de mermelada rellenos con dinero suelto, en la pared el gran poster de Jim Morrison, una mesita que mi papá había hecho para ella, un trabajo de herrería con la parte lisa de vidrio, no recuerdo muy bien los objetos ahí puestos, quizá fotos y un despertador. Lo que quiero decir con esto es que creamos nuestros espacios con aquel vínculo de nuestros pasados con nuestro presente.

La vida ha hecho de las suyas y yo misma tengo mi propio espacio revuelto y llenos de fotografías, recuerdos de mis abuelos, de mis padres, de viajes con amigos, ramos de flores que

tienen más de cinco años muertas, cadáver no solo de las mismas flores sino de recuerdos que he olvidado. Postales de mi abuela, boletos de conciertos, o eventos importantes, el rosario de mi abuelo, bolsas de pan que por su textura y su breve utilidad en mi vida me hacen revivir algunos días importantes.

Hemos reproducido esto una y otra vez, pienso en el cuarto de dos de mis primos, uno de ellos cuando niño, vivía obsesionado con jurasic park, y tenía un gran póster pegado a su pared, un anaquel lleno de carritos hot wheels, muñecos de acción (max steel), peluches, y la intervención de su mamá que colocó estratégicamente una cruz en la pared que llevaba pegada la cabecera de su cama, para que siempre estuviera bien cuidado. Sus colchas de Mickey Mouse, y películas de vhs sobre víboras, tiburones, Barney, entre otros. Por otra parte el cuarto de mi prima mayor, tenía una repisa llena de muñecas de porcelana (aterradoras, por cierto) una cruz sobre su cabeza (la presencia de su madre) al igual que con mi primo, en la parte de arriba de la cabecera, sus posters de sus cantantes favoritos, repisas llenas de discos, su perchero lleno de cinturones y bolsas de aquella moda a principio de los dos mil, un sinfín de gorras, sus zapatos amontonados en un zapatero, la colcha que yacía sobre su cama, simulaba ser de alta costura, estampados que no sé porque asocio con Francia. Ella siempre en la etapa de rebeldía, buscando cualquier cachivache que la hiciera verse ruda, mientras que su mamá procuraba que siempre se percibiera todo muy cuidado, sutil y delicado. Ahora hay algo de eso (que su mamá buscaba transmitir) en ella. Sus cortinas son muy elegantes, sus espacios tienen un poco de ruido visual por este querer conservar recuerdos por medio de la fotografía, ella misma prende velas a sus santos, y ora cuando siente la necesidad de hacerlo, hay una combinación de su rebelde personalidad con la mesurada y prudente personalidad de su madre, también encontramos botellas de licores seleccionados en algún rincón, señal de la educación de su padre, “no bebas cualquier cosa, si vas beber, que sean cosas buenas, de calidad”. Y ahí se encuentra la presencia de su papá en ella por medio de la réplica, en algún rincón de su cuarto.

Me parece que esto es importante de mencionar ya que considero que puedo ir sacando algunas ideas, por ejemplo que cuando lo tenemos tan cerca, como ahora trataba yo de describirlo, no nos damos mucha cuenta, no reflexionamos, de aquello que para nosotros es cosa de diario y no es sino hasta que algún evento que ha hecho su efecto, como en mi compañera o en los amigos de mis primos, incluso en mí que de pronto doy cuenta a partir de mis recuerdos sobre espacios que he podido experimentar de primera mano. Un evento de este tipo trae a colación todas estas experiencias cotidianas que son pan de cada día, pero de las cuales normalmente no

hablamos y que damos por hecho o por sentado, no las cuestionamos, las vivimos y ya. Pero una vez que empezamos a reflexionarlas nos percatamos de que en buena medida configuran nuestra manera de ser y nuestra manera de vivir e incluso de experimentar la vida tal como la conocemos hasta el momento, Podemos entonces distinguir el modo, utilizando una terminología psicoanalítica si se me permite, el modo inconsciente de vivir el kitsch y el consciente, el reflexivo y el irreflexivo, esto por un lado, por el otro y que tiene que ver con el redescubrimiento el gusto kitsch y el estilo kitsch.

El estilo kitsch es un constructo, forma parte de una construcción, una poética que impacta y alcanza las artes, efectivamente tiene que ver con el gusto kitsch, pero que, si bien también se construye, diría más bien que en ese caso, se educa. Mientras que el gusto se educa, el estilo se construye, lo digo de otra manera, parece que el artista necesita tener cierta conciencia, reflexionar al respecto para su obra sea o resulte kitsch, y no rebase ciertos límites como el mismo Kulka (2016) lo menciona, una vez que se rebasan esas fronteras pasa de lo bonito a lo repulsivo y no es ese el punto.

En este otro caso notamos que ese gusto, pues sí, mezcla una cantidad de cosas importantes, en un mismo espacio se reúnen imágenes religiosas, imágenes a veces incluso contradictorias en cuanto a las doctrinas religiosas que no faltan, por ejemplo: la imagen de la virgen de Guadalupe y ese gato chino de la suerte, o la imagen de la santa muerte, y en el mismo lugar están los objetos más curiosos que pudimos haber encontrado en algunos de los tantos viajes que hicimos, las fotografías de los fallecidos, la mezcla de colores, las flores artificiales parecerían ser eso, kitsch. Es una exageración mantener las flores por tanto tiempo, pero solo es posible en la medida en que son de plástico, porque de suyo las flores tienen un último respiro de vida no tan prolongado y rápidamente se marchitan, es entonces que hay que deshacerse de ellas, incluso a veces eso puede parecer algo muy interesante cuando la gente no se deshace de aquellas flores y ahí seguimos viendo los tallos y los pétalos que lograron sobrevivir colgando y ya amarillentos e incluso si tuvieron agua en algún momento o tienen esponjas de agua, empiezan a oler mal por la concentración y el estancamiento de la misma.

Figura 5.

La mesa del recuerdo



Nota. Salinas, Y. (2021). La mesa del recuerdo [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía original de la casa de mi abuelita.

Tratando de hacer la conexión con las experiencias del mercado, los largos itinerarios con mi abuela, los funerales en familia, la casa de mi abuela y de todas mis tías, para ir descubriendo que nos movemos como peces en el agua, no nos resultan tan abrumadores, una vez que los hemos admitido como parte de nuestras vidas y por eso resulta tan difíciles de sobrellevar a los niños porque no son o todavía no terminan de ser parte del modo en el que viven.

Hay una parte del texto de la vanguardia y kitsch de Greenberg en la cual se aborda el tema de la educación para las masas, tal situación aporta el valor suficiente para discutir sobre el peso que implica la educación al nivel del concepto, pero también abre la importancia en cuanto a cómo se desarrolla el estilo y el gusto. Pienso que se educa, pero también se hereda. Lo que quiero decir con “lo que se hereda” es que sí lo recibimos, pero en este caso en particular como es un gusto, ¿qué decimos cuando decimos que lo heredamos? Que lo recibimos ¿pero de qué

manera? ¿Qué lo recibimos como recibimos los cromosomas que nos configuran corpóreamente, o lo recibimos de otra manera y esa otra manera por la cual recibimos cierto gusto es una manera que nos forma, nos da forma en ese sentido?

Pensando en el asunto de la educación y su relación con las artes notaba que tienen un extraño parecido en que ambas consisten en formar, en que ambas son formación. La educación es formación y el arte en buena medida es formación, ciertos recursos sobre todo materiales e instrumentales, damos una nueva forma a, damos forma a algo que no tenía esa estructura, un lienzo no hace a la pintura ser pintura. Un niño no es quien tiene que ser sino es que pasa por la educación escolarizada, pero la educación es mucho más que la escuela. Entonces, diría que lo recibimos, pero ¿cómo recibimos la educación? Hay una cosa que Nicola Abbagnano (2019) dice respecto al mito de Prometeo. Prometeo de alguna manera traiciona a los dioses al robar el fuego porque su hermano Epimeteo había repartido todos los dones, sin darle nada a los seres humanos. Roba el fuego al Olimpo y es castigado. Pero el resultado del fuego o lo que representa son las posibilidades técnicas y científicas del ser humano. Estas no las adquiere por cuenta propia o individualmente, siempre las recibe. Si se rastreara el último lugar de quien se recibieron, serían (lo que sabemos desde el mito) los dioses. Una vez que se reciben de los dioses se transmiten de generación en generación, pero por otro lado no solo se recibe eso, y ahí viene la parte extra que resulta interesante. Reciben la técnica, el fuego, el conocimiento para manipular y controlar los fenómenos naturales, pero los seres humanos no dejaban de matarse unos con otros, dejándose llevar por sus deseos, etc. Zeus compadecido pide a Apolo que les enseñe, les transmita, les da la ética y la política, para que sepan gobernarse y eviten estarse matando unos a otros. Incluso eso se recibe. La etimología más básica tanto de ética como moral es: costumbre.

La cuestión del estilo y la educación para masas de la que habla Greenberg, la he pensado desde la vida de mi abuelita, ya que mucho de lo que sabe es por medio de esa educación, si bien pudo terminar de estudiar la primaria para pronto ayudarle a su mamá a sacar la casa y sus hermanos adelante. Lo que ella sabe es por medio de su lectura autónoma, por su afición al cine, desde que yo la conozco ha sido una curiosa por estos documentales de las primeras culturas, egipcios, romanos, espartanos, vikingos. Siendo una fiel lectora de asuntos paranormales, contaba un sinfín de leyendas urbanas o historias que había presenciado. No es fanática de los programas que se acostumbraban en las televisiones mexicanas, como novelas o cosas parecidas. Su manera de aprender era interesada en la historia, incluso de nuestra

cultura, le encantaba leer libros grandes sobre los aztecas, mayas, y lo que vendría después con la independencia y revolución mexicana. En sus librerías pude traumarme de niña revisando en sus enciclopedias, los partos naturales en fotografías que no dejaban nada a la imaginación. Es una sabia cuando se trata de hablar sobre las plantas medicinales, sus usos o formas de empleo. Recuerdo muy bien que jamás me dio medicina o acudimos al médico por estar resfriada, realizaba sus pócimas mágicas entre ajos, limón, canela, jengibre, gordolobo, y miel. Para los dolores de cabeza tenía una planta especial a la cual le quitaba una capa y me la ponía sobre las sienes. Si me hería o abría los dedos quitaba una capa delgadísima de cebolla y abrazaba mis heridas con ello, si me quemaba usaba sábila. La de té que no me tome por cualquier malestar y no sé si en una especie de efecto placebo todas y cada una de sus fórmulas quitaba de mi diminuto cuerpo todo malestar. Mi abuela cruzó la frontera antes de que yo naciera, fue a trabajar a Estados Unidos, para cuando llegue al mundo ella ya había regresado y se hizo de una casa con un ventanal que podía dar vista a un cerro precioso, vivió en Chiapas, en la ciudad de México y ahora ya un poco mayor hace sus periódicas misiones por medio de la iglesia, y bajo sus propios gastos, quién sabe en cuántas comunidades de todo el estado de la república le conocen, lleva tres o cuatro años que se va a vivir por dos meses a Guatemala, sus ganas de aprender jamás han cesado, siempre llega con un montón de historias, conocimientos, recetas de comida y té, de cada lugar que llega a habitar. Este conocimiento que se ha forjado considero yo que se debe en parte a esta educación para masas, pero en parte por su voluntaria necesidad de estar aprendiendo y estoy segura de que ni se da cuenta de toda la información que existe en su cabeza.

Estando tan cerquita de mi abuelita, por que solía cuidarme por mucho tiempo, y todos mis fines de semana eran de pijamadas. Nunca me percate del parecido que tenía con ella, sí, sabía que para evitarme un resfriado que se sentía próximo a mi sistema, preparaba la receta del té de ajo, y seguía al pie de la letra cada detalle y porción que ella me ha enseñado. En aquella casa frente al cerro, mi abuelita tenía un closet que me daba un morbo ver, porque no me dejaba acceder a él porque siendo niña habría perdido y tirado todas las bellas curiosidades que guardaba como recuerdo de los lugares que habría visitado, tenía muchos juguetes, y colecciones de refresquitos miniatura de coca-cola, todo el universo del osito de la coca-cola, que solía poner únicamente en Navidad, era un hábitat del polo norte que simulaba estar repleto de nieve, montañas, y casas de osos, que, para poner en contexto a quienes no tuvieron la oportunidad de presenciar tan atractiva colección era como un mundo navideño hecho de legos.

También tenía muñecos kewpie, ¡Dios! Mi memoria goza de poder recordarlo. Richard Egender [...] identifica al kitsch como el pecado de la pereza” (Calinescu, 2003, p. 255).

Figura 6

Intocable



Nota. Salinas, Y. (2021). Intocable [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía original de la casa de mi abuelita.

El kitsch nació por decirlo de alguna manera como basura restaurada sin mucha inversión y fácilmente vendible, nació en el mismo mercado en Munich, los nuevos ricos o extranjeros que pasaban por ahí compraban algo de esto porque tenían el acceso monetario para hacerlo, se comenzó a imitar la vida del burgués, así estas personas (los nuevos ricos) adquirirían atuendos parecidos, vajillas, muebles y arte únicamente por imitación, por un prestigio que venía del poder adquirir cierta mercancía, pero ¿tenían la educación para “apreciar” el arte, o sus nuevas adquisiciones? no había una educación más allá de la cultura para masas para las nuevas sociedades, en la cual apreciaran y entendieran el ocio. No podría decir que mi abue, mi familia y sus muy peculiares formas de acomodar o adornar sus casas están pensadas desde un pulcro ocio. Mi abuelita me ha regañado por verme leer mientras los pisos de su casa están sucios, en su conocimiento y vocabulario el ocio es malo, anda aprisa, como toda mi demás familia a prisa

por trabajar, por limpiar, por no aburrirse. Hace un par de años aprendí en mis clases dentro de la carrera y por algunas lecturas el significado del ocio, antes de indagar en su etimología, lo relacionaba con todas las cosas malas que se tergiversaron a su alrededor, para mi abue, estar de ociosa, es no tener nada que hacer y por ello, andar de vaga, o perdiendo el tiempo en banalidades. Nadie les enseñó como acomodar sus espacios, nadie les enseñó como comprar arte o como consumirlo, y si acaso aprendieron de alguien fue en su primer hogar, la casa materna, allí donde se les vio nacer y crecer. Mi abue no es una estudiosa, ni mucho menos una mujer rigurosamente intelectual, sin embargo, no creo que sea una perezosa, por no saber del gran arte o por no haber leído a de Platón:

Si comparamos simplemente el horror de Tolstoi ante el efecto de la sonata a Kreutzer de Beethoven, con la crítica de los poetas de Platón, llegaremos fácilmente a un resultado nada evidente: ambos critican el efecto del arte, porque descubren precisamente indicios de lo cursi. “Usted interpreta la sonata a Kreutzer de Beethoven... ¿conoce el primer presto? ¿Lo conoce? ¡Oh...! gritó Posdnichev y después se quedó largo rato en silencio. Esta Sonata es algo terrible, especialmente ese fragmento. ¡La música es, en suma, algo terrible! ¿Qué es la música? ¿Qué produce? ¿Para qué? Se dice que la música eleva el alma. ¡Absurdo! ¡No es verdad! Actúa sobre el alma de forma terrible -hablo por mí mismo-, pero no la eleva. Ni eleva ni denigra el alma, la excita. ¿Cómo se lo puedo explicar? La música actúa de tal forma que me olvido de mí mismo, de mi situación real; me sitúa en otra realidad, extraña. Bajo su influencia creo sentir algo que en realidad no siento, comprender algo que en realidad no comprendo, poder algo que de hecho no puedo. Lo explicó diciendo que la música influye en el hombre como el bostezo o la risa: no tengo sueño, pero bostezo cuando veo bostezar; no tengo ganas de reír, pero río cuando oigo a otros reír. La música me traslada directamente al estado de ánimo del compositor, sin que yo tenga ni conozca motivo para ello” [...] es muy evidente la fascinación que esclaviza, es decir la despersonalización a través de pseudo-sentimientos, es decir hechizo y auto olvido (Giesz, 1973, p. 79).

Lo que por mucho tiempo se ha dictaminado, por filósofos como Platón es que el arte debe tomarse con medida, exaltarse está demás, exaltarse perderse o dejarse encandilar por estos objetos es lo opuesto a experimentar el arte “la actitud auténtica del hombre debe ser la de vigía” (Giesz, 1973, p. 80). Pero mi abuela, mis tías e incluso mi tío artista plástico siente una enorme pasión por su trabajo y hasta para cocinar, su habitación está llena de recuadros que van desde sus días en la prepa hasta su actual trabajo en otros estados de la república. Lo que cuento respecto a mi abue es un preámbulo para saber que actualmente yo hago eso mismo, tengo una colección de muñecos de cartón, zapatos y accesorios de barbie guardados en mi colección de copas extravagantes de champagne y margaritas que he podido adquirir en los tianguis, porque no recuerdo en qué momento comencé a sentir una fascinación por comprar

copas extrañas y de colores. Mi escritorio es un santuario de recuerdos. Y no habría notado que tengo un poco de mi abuela, hasta que la gente se asoma y mueve las cosas de lugar porque cuanta curiosidad les generan los muñequitos miniatura. No me percate de lo familiarizada que estaba con guardar cosas y con exponerlas a mí y a quien quisiera visitarme. No me percataba de ello porque continuamente estoy en contacto con ese ambiente. Crecí viendo como honraban la fotografía de mis bisabuelos, las imágenes religiosas, entonces aquí entra la costumbre.

Una de las otras cosas que pudiera ayudar a fortalecer esta idea de la costumbre, entendida también como herencia, recepción en ese sentido, es esta idea aristotélica de la imitación. En la poética, Aristóteles, dice que la imitación es clave para las artes, son poéticas por imitación. Esto es clave porque resulta que aprendemos muchas cosas por imitación y a veces gustamos más de las cosas imitadas que de los referentes de esas cosas. De aquello que imita, el ejemplo que pone Aristóteles es el de una bestia, la pintura de un tigre, un león, una bestia salvaje que no sea salvaje en sí misma, porque es claro que preferimos ver una película de narcotraficantes a estar en medio de una balacera. Preferimos las cosas imitadas. Y por otro lado en la imitación descubrimos que nos lleva a no sólo replicar actitudes, sino también aptitudes, gustos. Y científicamente parece que hay un cierto gusto ya comprobado neurológicamente, de los niños por imitar a los padres, por hacer lo que estos hacen, como para familiarizarse, cierto que no lo piensa o lo reflexionan, simplemente es algo que se hace y sin buscarle una explicación causal al respecto notamos en efecto que los niños disfrutan imitando, hay ciertas cosas que disfrutan más y otras menos. Incluso los gestos, por eso llegamos a reconocer a las personas o a los hijos de otras personas a veces por los gestos, no solo por el parecido que vemos de rostros, la nariz, los ojos, la boca etc. Sino incluso algunos gestos que son propios. Creo que Aristóteles resuelve ese dilema platónico de cómo transmitir la virtud por medio de la imitación, la clave está en eso ¿quieres ser prudente? Imita a alguien que es prudente, a alguien que ya lo sea, Platón no lo terminaba de resolver y Aristóteles encontró la clave en la imitación. Esto parece que además es algo que no podemos evitar, así mismo es la base para evadirnos, para la innovación, la imitación, la costumbre tienen que ver la tradición, lo que se transmite, pero la misma tradición parece presuponer (otra vez etimológicamente) la traición, porque no siempre conservamos de la misma manera, conservamos cambiando, o si a veces conservamos lo hacemos tan de la misma manera que no tienen a la vuelta de los años mucha razón de ser. Me contaba un profesor una anécdota algo inusual, todo comienza con una mujer de hace dos generaciones, cada vez que preparaba un bistec asado o frito lo cortaba a veinte centímetros exactos, tenía su propia regla y cortaba aquel pedazo de carne a veinte centímetros, su hija vio eso por años así que

imito aquella práctica, la nieta de esa persona, también al ver a su madre hacerlo, siguió haciéndolo y cuando se le preguntaba a su nieta porque lo hacía, solo podía responder por costumbre o porque así lo hacía mi mamá y así lo hacía la abuela. Al parecer la historia llega más lejos y hubo quienes se inquietaron, se preguntaron por qué estaba pasando eso, investigaron y descubrieron que la abuela en la época que preparaba los bisteces solo tenía un sartén en el que cabía un bistec de veinte centímetros y por eso lo cortaba, pero pues su hija y su nieta ya no tenían esa necesidad porque tenían un poder adquisitivo mayor, podían comprar sartenes más grandes, y entonces no hacía falta cortar la carne, pero se había implantado de tal manera la costumbre que no se la cuestionaba y seguían cortando el bistec a veinte centímetros a pesar de que ya no existía la razón fundamental por la cual la primera mujer lo hacía. Así de fuerte puede llegar a ser la costumbre, imitación, formación, herencia, la configuración de la vida misma que está en flujo constante. Algunas cosas parecen conservarse, pero podrían no conservarse, también está un poco esta resistencia a mantener las cosas igual, pero solo en la medida en la que no lo queremos igual, porque puede resultarnos que nos harte por alguna razón. Buscamos la innovación, traicionamos la costumbre, rompemos con ella.

Hay un capítulo de los Simpson que trata sobre un recuerdo de Ned Flanders, en el que muestran al papá de este, y le dice que las reglas son para tontos, seguirlas es para tontos, imaginen a Ned Flanders todo modosito siguiendo los límites de la figura, andando dentro de los márgenes y regañado por un padre artista acostumbrado a romper las reglas. Va también por ahí, hay rupturas, eso también podríamos ya admitirlo, hay rupturas y mezclas. Incluso hoy no se habla de kitsch en sociología, se habla más bien de hibridación, es tal la cantidad de cosas que se entremezclan en nosotros que recordando esto de que mi abuela se hizo de una formación maso menos autodidacta como lectora autónoma y maso menos viendo la televisión, la cultura y los medios de masas también la formaron. Entre bromeando y en serio he llegado a decir que todo lo que yo se dé moral lo aprendí de las caricaturas.

El redescubrimiento del kitsch consiste en revalorar, esto es, valorarlo de nuevo, en no encontrarle esos aspectos de orden desagradable, no solo descubrir y describir que nos resulta desagradable por todo lo que se dijo en el primer capítulo, sino que puede llegar a ser agradable y resulta agradable por esto que hemos dicho unos párrafos arriba. Nos conecta, nos sirve de vehículo, de trampolín para volver a lo que de alguna manera hemos perdido, para devolver, porque es un poco lo que sucede cuando uno entra a cierta galería, se espera que el arte nos mueva, sí, pero efectivamente si no hay una formación artística es muy común que una vez que

entramos a la galería haya una especie de ruptura con respeto a nuestra vida diaria y si nada nos devuelve, ni nos conecta, sentimos que nos la hemos perdido, que nos estamos perdiendo algo, que nos falta algo. Y tiene que ver con muchas cosas incluso a nivel gastronómico, no faltan aquellos espacios en los que los chefs se quieren lucir y preparan algo gourmet genial, pero la gente sencilla no encuentra de donde agarrarse.

Me compartió un profesor una experiencia sobre cuando era profesor de una escuela de gastronomía, en una fiesta organizada para administrativos, intendentes y profesores con ocasión de la navidad, los chefs prepararon un pavo gourmet, genial, delicioso. Todos los ahí reunidos lo elogiaron, un poco abrumados por la situación, la circunstancia, lo formal del asunto, además de que se encontraban entre cocineros formados, de cierto reconocimiento, que habían estado en Europa, viajado en cruceros. Bueno, pues, sí, el pavo estaba bien pero resulta que lo que nadie se atrevió a decir lo dijo un intendente, probablemente la persona más humilde y sencilla de la fiesta: creo que faltaron unas tortillitas y un chilito. Efectivamente, frente a eso se dirá: ¿y ahora qué hago con esto? Conectarse a algo que tenga que ver conmigo.

Esto me hizo recordar una experiencia cercana, con mi familia, una vez mis tíos salieron de viaje. Cuando estos regresan, mi tía comienza a contarnos que el primer día fueron a desayunar a un lugar muy elegante, mi tío pidió algún platillo muy pomposo y desconocido para él, de un lado su jugo de naranja y del otro una leche con chocolate, mientras un mesero le ofrece una copa de champagne, el acepta, (cabe mencionar que mi tío no consume alcohol, no le gusta nada el sabor amargo de las bebidas alcohólicas). Le llevan su champagne, y pues pese a que no le había gustado su platillo se lo pudo terminar de comer, dio un trago al champagne e hizo una cara desenchajada, como cuando uno bebe prueba por primera vez el sumo de un limón, le dice a mi tía en voz alta, ¡está bien amarga esta cosa! A lo cual mi tía lo silenció y le dijo: no hables tan fuerte, que pena. Mi tío le dice: que ganas de sufrir pudiendo pedir unos huevos rancheros con sus frijolitos, y tomarme mi juguito, ando aquí probando cosas nuevas. Todos nos carcajamos, porque sabemos que eso suele hacer mi tío al pedir sus platillos alternativos, por probar cosas nuevas, termina replicando y extrañando su chicharrón en salsa verde, o los chiles en vinagre para darle sabor a todo lo que pudiera no tener solución en su paladar.

Pensando en los casos que han pasado en México, por ejemplo las pizzas que sabemos es un platillo proveniente de Italia, pero llega acá y se convierte en pizza mexicana, pizza adaptada al gusto, o por ejemplo el sushi, que por lo menos en estas sucursales que conocemos acá, la

salsa de soya se acompaña con chiles toreados y zumo de limón, una vez que se pide algún platillo, algún rollo, lo más parecido al japonés quizás ya con una mezcla, una influencia americana y todavía se le pone el chilito toreado, adornando el Tampico. También inventaron el ramen con birria, titulado “birriamen”, la unión de dos culturas en un mismo platillo. No me van a decir que esa imagen no es kitsch. Ahí está, lo vivimos, es cosa de diario.

Hay una descontextualización, efectivamente, pero al mismo tiempo dentro de ello hay una transcontextualización. La descontextualización en sentido fuerte si la tratáramos de aceptar con toda su dureza, no nos haría sentido, es incomprensible, hay que concebirla un poco más flexiblemente y decir que lo que sucede no es una absoluta descontextualización, esto es una pérdida de contexto, sino lo que se da es una transcontextualización, porque resulta que el efecto es algo que nos hace sentido, entonces descontextualizar no es solo eso que decimos cuando alguien usa nuestras palabras en un contexto distinto, o se lo coloca, se lleva a otro contexto y lo trans contextualiza. Es un movimiento diría yo, hasta dialéctico, pues tensa los dos extremos de lo que es llevado a un contexto que le resulta ajeno pero que no queda en ser llevado a, sino que modifica el nuevo contexto y algo nuevo, al punto de que no hemos apropiado por lo menos acá en México estas novedades culinarias y las podemos ya considerar como parte de nuestros gustos y nuestros antojos. No sé si llevarlo tan lejos para decir que la pizza y el sushi sean un antojito, pero si por lo menos decir que ya se nos antojan. Esto me hace pensar en Umberto Eco, cuando habla del blodinismo ósea, algo queda, algo hay de estos dos o más contextos, por ejemplo, en la cuestión del sushi, algo hay en ello de oriental en ese platillo, pero también ya se vino a mezclar con otras culturas, igual que el blodinismo, este artista comienza pintando con una técnica de impresionismo y conforme va haciendo la silueta de una mujer u hombre va cambiando su técnica hasta volverlo totalmente borroso, casi como un sueño, y eso es la definición de Eco (2009) al kitsch, se mezclan las técnicas. El kitsch desde este lugar lo encontramos en todas partes, incluso no hace mucho vi que sacaron una pizza de alitas o de pastor, esa imagen de pizza de pastor es muy kitsch, la unión entre un platillo italiano con un puesto de taquitos de cualquier esquina en México.

No sé si han tenido la oportunidad de haber visto, algo que llaman, food porn/porno de comida, es una cosa de lo más extraña, tiene que ver con algo exagerado y obsceno para aquellos que de alguna manera están tratando de guardar una dieta estricta y por tanto no pueden comer demasiado, pero no dejan de sentir ese antojo, esa gana de comerse un pan o enormes sándwiches, dulces con Nutella, helado, azúcar glass, mermelada, bombones etc. Y entonces

las imágenes de la food porn, son imágenes de cosas que se antojan por dulces por saturadas, porque son una mezcla atestada, tiene que ver también con ciertos usos y costumbres, incluso llega a compararse a la cocina con un lenguaje y como tal tiene sus propias reglas, de sintaxis, morfología esto es, de organización, de mezcla. Hay ciertas canciones, en particular, una de un canta autor cubano que se llama Virulo que dedica una canción al mole, y trata de explicarse como cubano ¿Qué es eso del mole? Y él infiere y concluye que no hay manera consciente de haber mezclado chile y chocolate, culinariamente rompe todas las reglas, también el kitsch parece romper esas reglas de mezcla, de mezclar un color con otro. Este año (2021) se declaró que los colores fueran el amarillo y el gris y se supondría que estos habrán incidido en las pasarelas, en la fabricación, venta y consumo de accesorios y demás, pero también está la contra parte que pueda ya denominarse contra cultura. Y que va en efecto en contra de la cultura, de la alta cultura, de la cultura establecida, dominante, etc. Lo mismo podría pasar a nivel culinario, ya se ha establecido el mole como costumbre mexicana, el equivalente es el curry hindú, pero sigue habiendo antropólogos en México que dicen que las mezclas son inconcebibles culinariamente, que no deberían hacerse pero ya se hicieron, el mole mismo es una cosa extraordinaria, llevar la mezcla a tal punto en el que se confundan todos los ingredientes venidos de todas partes del mundo (hasta treinta ingredientes) que al comer el mole no los identificamos, quizás pueda ser así cómo vivimos el kitsch, no es sino hasta que empezamos a pensarlo, y eso tiene que ver y podría ir planteando como un deslinde ¿Por qué un deslinde? Porque le he seguido la pista al kitsch desde mi experiencia personal y las lecturas que he tenido al respecto, pero lo más interesante de ello es que más que acercarme a las artes, especialmente a las artes plásticas, a las artes visuales, parece alejarme de ellas, no en un mal sentido, esto es, no porque se les desprecie, no porque se las quiera atender, no porque no se le encuentre el kitsch en las artes, sino precisamente porque se les encuentran en las artes y si damos por supuesto, por ejemplo lo que dice Merleau Ponty en la fenomenología de la percepción respecto a que la vida precede a la ciencia, la percepción precede a la explicación del fenómeno perceptivo. Antes de que haya artes kitsch, hay vida kitsch, cultura kitsch, gusto kitsch, antes del estilo artístico kitsch hay un gusto común, gusto popular kitsch y esto considero apunta hacia esto que he hecho, una especie de reducción, medio sin querer esto es, está bien Kulka, Benjamín, Greenberg el mismo Eco, tienen, como buenos intelectuales y eruditos, entre sus referentes y ejemplos casos de artistas, piezas y demás. Pero resulta que estoy hablando de esto y con aquellos que he compartido esta información, y mis referentes no son piezas de tal o cual artista, son ejemplos, casos, anécdotas de la vida diaria, aquí es donde valdría la pena pensar la idea del redescubrimiento kitsch, sí con la ayuda de mis autores,

porque me motivan a la reflexión, porque me dan pistas, el ser humano como un ser amueblado que todavía creo que haría falta desmenuzar más, exprimir un poco más, porque ahí hay una clave importante. Pero lo que he hecho hasta ahora es desentenderme de las artes, abstenerme de ellas. Lo cual también considero que es sintomático a la larga, esto es, no tengo porque hacerme una especialista en alguna de las artes.

Hace algún tiempo uno de mis tíos, que durante los noventa andaba por ahí de los dieciocho o veinte años, me mostró a un artista de un género musical llamado rock nacional. Este personaje se llamaba Charly Monttana. El hombre no tenía una pizca de buena voz, al contrario, toda ronca y nada melódica. A pesar de eso logró atrapar mi atención y me hizo sentir una gran fascinación por su gran vestuario, entre un estilo vaquero, rockero y con peinado de señora de los ochentas, me hizo decantarme, ni siquiera es cercanamente apuesto, pero toda la indumentaria que le conformaba y las formas de presentarse, me fascino puesto que tiene incluso una canción rarísima norteña/ranchera pero con su respectivo toque de rock and roll, pronto me llegó a la cabeza pensar en que ese mismo estilo de moda era similar a lo que hicieron en sus primeros años los guns and roses, Kiss, este estilo llamado glam nacido a finales de los setentas que no solo se quedó en su lugar de origen, y termino siendo un estilo que se contagió a grupos de rock en México, no he buscado otros destinos a los que haya podido llegar esta tendencia, pienso que eran los ochentas o noventas, y que si bien su forma de conocer estos movimientos de moda o musicales, eran por medio de la televisión, unos años después con los dispositivos móviles lo que no hemos visto es porque no nos hemos enterado, o no le hemos prestado atención. El kitsch es analógicamente como un virus, pues finalmente nos llega, Greenberg dice bien, la manera en la que se me educó fue por medio de esta virulencia del kitsch o, en otras palabras, globalización.

Figura 7

Cuando éramos Vago y parecía que éramos felices!!



Nota. Monttana, C. [@Charliemonttana]. (2016, 22 de junio). Cuando éramos Vago y parecía que éramos felices!! [Tweet]. Twitter.

<https://twitter.com/charliemonttana/status/745495390649098240?s=46&t=fdAZxxHN8MHu>

dD46pw-f8w

Esto también me hace pensar en algunas otras extrañas mezclas musicales, como los músicos del k-pop haciendo covers de Luis Miguel, hay un género nuevo que medio había escuchado con mis primos más pequeños llamado lofi, es música muy suave, casi siempre sin letra, pero la que llega a tener voz es igual muy suave, este estilo venido de Estados Unidos, apenas se puede percibir, y de pronto me mandaron toda una playlist de muchas horas con lofi mexicano, esto es música suave con sonidos de calle: grabaciones de los tamales, el fierro viejo, el panadero con el pan, en una versión suave y relajante. También me llegó la versión de Billy Jeans de Michael Jackson versión duranguense. Hay un video en youtube en el que rescatan y registran los intros de dragón ball, pero con el género musical ranchero de banda, o un grupo norteco tocando i gotta feeling de los black eyed peas en español. También en una cantina hay un mariachi cantando beat it de Michael Jackson, una cosa extraordinaria, esta última con una fuerza bastante interesante porque es ¡Michael Jackson, el rey del pop! Recuperada y haciéndola con guitarra, con el bajo y el contrabajo para mi gusto es bastante bueno, no tengo palabras para eso, y no querría explicármelo, ni saber qué pasó después ni que hay antes de eso, porque es de suyo muy muy impresionante esta apropiación y pues en aquella cantina en la que salen estos mariachis, ya de suyo es bastante kitsch la ornamentación del mobiliario e incluso las personas porque no, ya que las cantinas se abren como espacios turísticos se vuelven aún más kitsch más exageradas, de mal gusto, empiezan a entre mezclarse quién sabe cuánta cosa y tener un mariachi contratados por unos americanos que piden beat it y si la tocan. Es una cosa tremenda.

El kitsch a mi parecer no solo se reduce a una cuestión de arte, claro que nace de ahí, pero se mueve a otros ámbitos y lugares. Es tan virulento que no podría quedarse únicamente en la obra de arte, hay actitudes esnobs, actitudes kitsch, esta apariencia con la que se reviste el hombre que imita las actitudes de lo que a su parecer es lo exitoso. El kitsch no propone nada nuevo, hace con lo que ya tiene, al respecto Greenberg también habla:

La condición previa del kitsch, condición sin la cual sería imposible, es la accesibilidad a una tradición cultural plenamente madura, de cuyos descubrimientos, adquisiciones y autoconciencia perfeccionada se aprovecha el kitsch para sus propios fines. Toma sus artificios, sus trucos, sus estratagemas, sus reglillas y temas, los convierte en sistema y descarta el resto. Extrae su sangre vital [...] de esta reserva de experiencia acumulada (p. 17).

Toma de lo que quiera tomar, de lo ya establecido, nació el arte, hizo uso de las técnicas que quiso, mezclando unas con otras, engendrando cosas que tuvieran un efecto sobre sus

consumidores, apropiándose de tantos años y siglos de descubrimientos de hermosas creaciones. No hay una intencionalidad kitsch en nosotros, hablado del momento en el que nos amueblamos la vida, a diferencia de la intencionalidad artística que, si aspira a fabricar, construir y formar una pieza kitsch. ¿Qué intención hay en el kitsch? Tiene que ver con la viralización, la propagación de objetos que de antemano contengan un efecto que atrape a su consumidor “el kitsch no exige nada a sus consumidores, salvo dinero; ni siquiera les pide su tiempo” (Greenberg, p. 16). El kitsch es la posibilidad de hacer esas mezclas, esas hibridaciones, conjunciones de todas partes, culturas completamente lejanas en tiempo y espacio. Probablemente no tenga oportunidad al menos hasta ahora de decir de base que hay una vida kitsch, pero que, si tuviera que caracterizarla por ciertos elementos que encontramos y que se parecen a tal o cual cosa, podríamos decir que efectivamente, las poéticas y las estéticas con las cuales convivimos día a día podrían ser calificadas de kitsch. Y hacerlo así puede dar cuenta de eso con lo cual nos encontramos. Lo pienso así, ya que no considero para nada que mi abuelita tenga estructurada y ornamentada su casa con la intención de pensar en hacerlo como enuncia la definición del kitsch, al contrario, su intención solo era poner bonita su casa, bonito a su manera, de percibir lo que es bonito. Pero a pesar de que no tuvo la intención de decorar su casa según un cierto estilo kitsch, su casa es kitsch ¿Por qué es kitsch? Porque lo kitsch como estilo se caracteriza por tal y cual cosa, en este caso cierta mezcla que de suyo pueda ser en primera instancia una experiencia desagradable, que conforme pasa el tiempo uno se acostumbra a ello y termina por ser más bien agradable, y bonito o tolerable.

El kitsch hace familiar el entorno, sí, puede hacer unas mezclas de lo más extrañas y hasta de mal gusto, pero no deja de ser agradable, no rebasa ciertos límites, no alcanza lo repulsivo, el rechazo de desagrado, del asco y por eso, porque comparte esas características la poética del ornato, de la ornamentación del adorno de la casa, del mobiliario y del amueblamiento podría ser o es kitsch. Con esta manera hago valer lo que he venido diciendo algunas líneas arriba, la vida es antes que el arte, precede al arte y entonces, ciertas características que después se solidifican en el estilo artístico kitsch vienen de la vida, ya las encontramos en esta y entonces ya no tenemos que pelearnos con el hecho de si le nombraré así o no.

¿Qué quiero decir con redescubrimiento kitsch? Justo poner en suspenso que el kitsch solo se debe al arte y para el arte, y dar pronta cuenta por medio de la experiencia, por medio de objetos y actitudes que nos rodean y acompañan en la vida, poner en suspenso que el kitsch solo le pertenece al arte, ya que si bien los autores con los que trabajo solo hablan de corrientes

artísticas, u obras en específico, artistas con nombres importantes, pasan por alto que el kitsch no solo se queda en el cuadro barato y mal impreso que tiene mi abuelita en su sala, no solo está en la imagen de la reproducción de la última cena de Leonardo Da Vinci que en un marco de piedra blanca simulando ser mármol con pinceladas color dorado decora el comedor de una casa. Si bien mis autores recurren a estos ejemplos precisos, el kitsch es un fenómeno que no se redime ni se basta con lo que le ha dado el arte, el kitsch no se ha limitado a la ciudad en que nació, sino que se ha desamparado por el campo, fustigando a la cultura popular. “Tampoco muestra consideración alguna hacia fronteras geográficas nacionales-culturales” (Greenberg, p. 18). ¿Porque si hubiera podido emigrar de Múnich a cada recoveco del mundo, no podría mutar o preceder al arte? Por supuesto que lo es, está aquí, la vivo todos los días por imitación, y las costumbres que se me han otorgado. Nos los encontramos en un contexto distinto, culturalmente más amplio con una valoración no prevista en la descripción hecha anteriormente y estos autores me han traído a encontrarme con el kitsch por todas partes y el que me permitan encontrarlo no quiere decir necesariamente que se lo acepte acriticamente porque estos mismos lo describen, lo critican, lo aceptan o lo rechazan y en este ejercicio, en esta lectura que he hecho lo he redescubierto desde mis vivencias, y mi contacto con muchos espacios saturados. Me permite ponerlo sobre la mesa y también distanciarme o deslindarse de estas posiciones que puedan tener o depender demasiado de ciertas posturas ideológicas, por que quienes lo rechazan lo hacen porque forma parte de la cultura de masas y de antemano se rechaza esta, pueda serme de utilidad porque este descubrimiento del kitsch en la vida ya lo había hecho en mi experiencia pero, contrario a lo que podría parecer me resistí a su encanto y lo valoraba negativamente, esto es, me resultaba desagradable. Con estos señores descubro que sí, puede ser desagradable, pero lo es en la medida en la que no se encuentra, no hace sentido, no resulta familiar.

Para que el arte, el producto, u objeto sea kitsch se requiere de una intención artística, sin embargo, lo que he venido planteando, lo que he descrito desde el principio surge de mi propia experiencia, más que descubrir que podemos trasladar y hacer uso de un concepto nativo de las artes al mundo de la vida diaria, tendría que admitir lo opuesto, que el arte kitsch nace de la vida diaria. Lo kitsch no es kitsch porque esté sólo en el arte, sino que adquiere su lugar y se lo identifica en las artes porque estas a lo más lo que consiguen es hacerlo visible, nos motiva a verlo (gracias a la reproductibilidad técnica nosotros podemos ver lo que en su momento no estaba dado para ser visto como lo vemos hoy, esto es, con ojos de espectadores) y es muy probable que lo que haga el arte kitsch sea eso, ponernos de frente lo que no alcanzamos a ver,

precisamente porque se pierde en la familiaridad que tenemos con las cosas. Una vez que el artista intencionalmente busca que su producto artístico sea kitsch, lo que está haciendo es hacer visible lo que ya está dado en la vida misma, en la experiencia diaria. Entonces (en consecuencia) no es un despropósito, una falla o una falta el que estemos viendo más a fondo, porque como lo he estado leyendo con Merleau-Ponty (1993), después de todo la ciencia, las artes y cualquier actividad humana se fundan o tienen cabida en el mundo vivido, en ese campo fenomenal que es la vida.

Transcontextualización o la cultura de masas en el kitsch

Como comentaba antes, una de las críticas que usualmente se le hace al kitsch es sobre su pronta expansión, su facilidad para enajenar y educar a las masas, sus mezclas y excentricidades que agustamente se pueden reconocer sin esfuerzo, entre otras cosas, que su consumidor acoge y disfruta. Greenberg apunta con el dedo al kitsch como el responsable de la educación para las masas, ya que una vez que sucede la revolución industrial y se permite el nacimiento del kitsch, a esta cada vez más creciente sociedad se le permite acceder a una cierta cultura y así surge la introducción del alfabetismo universal. La capacidad de leer y escribir se convirtió casi en una habilidad menor [...] dejó de servir para distinguir las inclinaciones culturales de un individuo (Greenberg, p. 16). Pues bien, anteriormente, eran pocos los que tenían el acceso a una educación formal, es más estos se distinguían de la cultura popular por este simple hecho, leer y escribir. Sin embargo, esta masa, una vez llegada y establecida en las ciudades, buscan consumir y la sociedad más hábil e instruida les permite una cultura que pueden procesar y adquirir sin esfuerzo, esto es: kitsch. Educar a las masas sin un trasfondo sólido, y sin la intención de educar realmente, más que instruir en conocimientos. Greenberg va describiendo, analizando rasgos específicos y profundos de ese fenómeno, como lo es la manera en la que se ha arraigado en culturas nativas, ¿porque este llegó para quedarse y ha permeado de manera tan sutil que, nadie lo cuestionó antes? “Por alguna razón, esta gigantesca aparición se ha dado siempre por supuesta. Ya es hora de que pensemos en sus causas y motivos” (Greenberg, p. 15). En el proceso de identificar si la categoría kitsch refiere o debería usarse únicamente en el arte o también podría referir a estas experiencias que he narrado, me cuestione por mucho

tiempo si el kitsch cabe en las vivencias, si todo lo que he podido percibir entra dentro de la categoría kitsch, porque en todos aquellos libros que he releído sobre este estilo artístico, se le adjudica ya siempre y de entrada el arte. El kitsch es un acto intencional en el arte, con esto me refiero a que desde su nacimiento (en Múnich) con la pretensión de ser arte que los turistas pudieran adquirir porque era accesibles en costo y daba el gatazo de ser auténtico arte, con ello sus productores hacían dinero rápidamente por el mínimo esfuerzo. Sobre la interrogativa que me acechaba, y la incertidumbre de no saber si estaré errando al querer ver y meter al kitsch en mis experiencias que no tienen mucho de artístico, aterrice en un párrafo del libro de Greenberg, en el cual este hace mención de ciertos objetos y productos como el cine de Hollywood, las cubiertas de revistas, ilustraciones, publicaciones en papel satinado (cfr. p. 15) esto último me llevó a pensar en las invitaciones de quince años o de bodas que acostumbramos aquí en México, y que son bastante peculiares, comenzando por la elección del papel, podría ser satinado o algo más parecido al papiro, hojas de arroz, una diversidad grande. Hay algunas que llevan aroma, también es importante la tipología de la letra, algunos querrán que se vean elegantes o bastante llamativas. Greenberg también habla de los anuncios, de los cómics, y relaciona como los nativos de china, los polinesios, e hindúes prefieren consumir calendarios con imágenes de chicas exuberantes, a su propio arte. Pienso entonces, que un calendario con chicas en poses exageradas no es como tal una pieza de arte o una invitación de quince años, claro puede ser artística en el sentido de que puede estar muy bien trabajada, la manufactura muy precisa, la técnica usada podría ser pulcra, fina, entonces, podría resultar muy agradable, pero, aunque resultara muy hermoso, no sería una pieza para exhibirse en el museo, de eso dista mucho. Sucede lo mismo en el caso del calendario, porque después de todo, estos objetos son muy de nuestra cotidianidad. Y por ahí daría a notar que la crítica que siempre se le hace al kitsch viene de su carácter popular, de su carácter vulgar, muy accesible.

Por otra parte, Calinescu apunta que:

una variedad de cosas fácilmente adquiribles que tienen poco que ver con -si es que tienen algo- con el arte, puede conferirsele significado estético y tratarlas con el respeto que se le debe a los objetos del verdadero arte. Solo tenemos que pensar en las horrorosas y viejas curiosidades que se venden en las cada vez más numerosas tiendas nostálgicas -botas estropeadas, ruedas de carro rotas, orinales de porcelana, pesadas y oxidadas bañeras de dos o tres generaciones pasadas, y otras innumerables antigüedades andrajosas y charratosas, que mucha gente disfruta como reliquias poéticas del mundo mejor de nuestros abuelos-. Entre los dos extremos del auténtico arte reducido a significar mera riqueza y a patentar el no arte investido de prestigio estético, existen incontables ejemplos aplicables al concepto de inadecuación estética de nuestros abuelos (Calinescu, 2003, p. 233)

Lo distintivo del kitsch es que es muy asequible por agradable, porque rebasa límites, es escandaloso en todo sentido, o por ser muy bonito, o por ser feo, simplemente escandaloso por llamar la atención de primer momento, atiborrado de los recursos que se le pegue la gana utilizar. Ya lo comentaba antes, nos repele, nos repugna, y al mismo tiempo estamos tan cerca de él, convivimos con ello, nos lo encontramos en el día a día y eso lo hace vulgar, pero también nos es tan familiar que lo pasamos por alto, lo hace para todos y por ende para la cultura de masas. Pero si el arte le devuelve, le da al espectador lo mismo que ya tiene en su vida, de entrada, resulta un arte no sólo atractivo sino además cuya recepción es mucho más sencilla y no nos amerita mucho esfuerzo el aprenderlo, entonces, todo esto que estoy comentando, que descubro en las lecturas me devuelve a aquello a la experiencia con el kitsch en la vida misma. No es un despropósito o estoy incurriendo en alguna falta teórica conceptual al plantear que el kitsch tiene sus bases en la vida diaria, y esto me lleva incluso a plantearme ciertas distinciones que puedan resultar útiles, Jean Paul Sartre (2011) distinguía entre una conciencia reflexiva e irreflexiva, y para la fenomenología es claro que la conciencia es intencional y al exponer esto no quiero decir necesariamente que la conciencia tiene la voluntad de que ciertas cosas sean como quiere que sean, que sería como entenderíamos la intencionalidad del arte kitsch, sino que es intencional porque siempre es conciencia de algo y aplicado a la sensibilidad diaria. La conciencia de esa sensibilidad diaria sería de alguna manera irreflexiva porque como lo diría el texto de *El entorno cotidiano, la estética kitsch y su relación con los diseños*, crecemos en una casa con una familia que ya tiene ciertos gustos. Para cuando llegamos, los gustos ya están dados, nuestros padres son los que organizan, distribuyen los objetos en la casa, la adornan de tal o cual manera y esto terminamos por replicarlo, somos conscientes de la réplica, pero no es que reflexionemos en la réplica, probablemente podamos reconocerle al artista un poco al respecto, pero nada más.

Greenberg habla de la virulencia del kitsch, esto es, que este no tuvo barrera alguna para llegar a otros continentes, arrancando la natividad y costumbres propias de ciertas culturas. Mientras leía eso, pensaba en el problema que tuvo la marca de ropa Zara con ciertos diseños que creó desde el robo de patrones de tejidos de zonas nativas de Oaxaca aquí en México, diseños mixtecos, zapotecos. Lo que se ha venido a considerar como la pugna entre las aldeas global y local. Lo que vemos con la globalización es que ciertos elementos locales, se masifican, se hacen para las masas, se distribuyen, viralizan, llegando a todos los rincones y eso puede llegar efectivamente a descontextualizar, pero también sirven como un recurso de atractivo turístico

e incluso como yo lo vivo con mi familia, se llega a conocer otras culturas por medio de esta globalización, de aquella variedad que a otras culturas pertenecen.

Aclarando la idea de las implicaciones y el consumo de cultura que la masa pidió, Greenberg dice, “el kitsch no se ha limitado a las ciudades en que nació, sino que se ha desamparado por el campo, fustigando a la cultura popular” (p. 18). Antes de tomar clases de historia del arte, no ubicaba y aún no termino de ubicar y distinguir las técnicas de las diferentes épocas, cuando llegué al impresionismo ubicaba la técnica mas no su nombre, y lo reconocí porque antes ya le había visto, vendían cuadros con esta técnica medio chafa a las orilla de la carretera, durante la universidad trabajaba en un despacho contable y mi jefe tenía muchos cuadros de la torre Eiffel, leones, paisajes con casas de campesinos, mediante una técnica impresionista de muy baja calidad y recursos, digo esto no por demeritar el trabajo impreso o hecho sino por qué sobresalían las pinceladas de pintura grumosa. Para cuando tuve mi clase, pude ver cierto parecido con estos cuadros. Claro una copia barata de lo que vendría siendo el impresionismo, simplemente un ejemplo del kitsch, y la explicación de este acontecimiento es que la técnica del impresionismo no pertenece a mi cultura, y aquellos cuadros en serie que han sido fabricados con el mínimo de presupuesto yasen colgados en oficinas, en el comedor del hogar, salas de espera en el dentista o consultorios médicos, está bastante claro que si bien no tiene una etiqueta pegada debajo como en las salas de artes presentando la técnica utilizada, han plagiado barato y negligentemente al impresionismo, y quienes consumen aquello quizá solo buscan adornar un cacho de pared de sus espacio, volverlos más confortables.

Soy muy fanática de ver películas y entre más viejas mejor, incluso me metí a una clase del cine mexicano de los cincuenta a los ochenta, y entonces, pude ir distinguiendo entre el cine de ficheras, el de rumberas, el de cabaré, que abrió mi panorama respecto a la indumentaria, esa fue mi primera intención de hacer las distinciones, y por cómo se concentraban mucho en remarcar los objetos, producción de arte, para distinguir a qué categoría pertenecía. Pienso que yo me he acercado a estos temas y tengo nociones básicas por mi interés en aprender de ello. Pero mi abuelita no y a pesar de que no tiene un específico conocimiento de estos temas sabe distinguir entre unas películas y otras. Si ve que comienza una película de ficheras, dice: ay no cámbiale, eso es muy grosero, vulgar. Pero si ve que la película es de rumberas o de cabaré dice: ¡uy ve que elegancia! Sabe ubicar, nunca le he preguntado cómo hace esa distinción, pero la sabe, ¿es por qué de primera mano ella tuvo acceso a estas películas? Porque de alguna manera ella pudo ver estas películas en la televisión, las transmitían ahí, pues es la cultura que

ella consumía y apreciaba. Yo tengo conocimiento de que hace diferente a una de otra porque me gusta la industria del vestuario, y consumo cine. Pensando en las películas de los noventas, tanto mexicanas como estadounidenses puedo ubicar las diferencias con las películas de inicios y mediados de los dos mil por la ropa, por como esta fue cambiando en la indumentaria, por el consumo de cultura para la masa que llegaba a mi hogar por medio de la televisión, y los canales que estaban disponibles para al menos mi generación, eran canales básicos como el cinco de televisa o el siete de tv azteca, fue mi primer acercamiento para ir educando a mi sentido de la moda, lo que estaba en tendencia. A partir de esta globalización o de la cultura para masas, podíamos dar cuenta, sino de las culturas nativas que nos eran ajenas, o de nuestra propia cultura como este cine de rumberas. Nos llegaba este producto que refiere a un contexto en concreto, crecí y ya tenía una idea de cómo era New York city, Italia, París, o incluso sabía que estados unidos no era todo grandes ciudades, había pequeños poblados sin haberlos conocido físicamente. Si bien la cultura para masas no es completamente una educación escolarizada, nos ha formado y podemos identificar de otras culturas ciertos espacios y lugares, comidas, política, religiones, lenguajes, rasgos de la diversidad de personas que habitamos el mundo, y que al menos yo no habría tenido oportunidad de conocer si no fuera por este consumo en mi infancia.

Recordaba que hace mucho tiempo, a principios del dos mil, se pusieron de moda unas chancas que solo tenían en la parte de adelante una especie de red que venía adornada con chaquiras y lentejuelas formando figuras de flores entretejidas a esta malla, estas chancas eran de muchos colores, no sé cómo sabía que estas chancas provenían de china, no tengo la menor idea por qué, pero en efecto, al intentar rastrear alguna imagen, pude descubrir que su origen es chino. Son un producto que utilizaban o utilizan las mujeres chinas y se reprodujeron hasta llegar a México y hacer de las suyas para que muchas usáramos este producto y es más no nos contentáramos con tener de un solo color. También tengo el caso de los batones o blusones hindúes, que también estuvieron en boga en los dos mil, estos normalmente llegan a la rodilla, con una abertura que va de la cadera a las rodillas, tienen colores degradados, o en su defecto colores muy fuertes, también hacen uso de estos adornos con chaquira y lentejuelas en la parte del centro, o bordados hechos por máquinas de coser, todo muy ornamentado en la parte del pecho y al final de las mangas, estas últimas son muy sueltas, su origen es hindú, en ese momento, al conocerlas no sé cómo lo supe, tal vez porque con quien solía visitar estos lugares era con mi abuelita y seguro ella me lo hacía saber o notar. Pasados los años pude ver la referencia y distinguir que en efecto su origen es hindú. Pude ver que en efecto es una copia,

es una producción masiva de estos productos, no vienen del lugar de origen, se han hecho muchas copias de esos moldes. Ahora hay unas cosas extrañísimas como blusones hindúes con una mezcla de bordados mexicanos.

Figura 8

Bollywood a la esquina



Nota. Olvera, P. (2023). Bollywood a la esquina [Collage] Querétaro, México.

Imagen realizada exclusivamente para esta tesis.

Con lo anterior quiero insistir en que a las vivencias que he tenido le sigue mi memoria con un montón de objetos que he visto y utilizado, o que yacen en el closet de mi abuelita o en alguna de las tantas repisas que adornan toda habitación de su casa, tal vez dentro de las cajitas que llevan quién sabe cuánta chunche, en todos esos espacio hay piezas que quizá vienen de china o productos que asemejan algún cliché de otra cultura u otro tiempo, como un reloj que mi abuelita adora, este tiene la forma de teléfono antiguo que parece salido de una película de los años cincuenta, con una pintura renacentista muy extraña, y que seguramente fue hecho en china. La magia de acercarnos a otras culturas, o a otros tiempos que nos son bastante lejanos,

se da mediante la estrategia o virulencia del kitsch por llevar y traer de un continente a otro, siempre del pasado al presente, sin generar nada nuevo, siempre repitiendo.

Lo que sucede con la globalización es una incorporación de elementos que nos llegan de otros lados, si bien podemos saber o no que nos llegan de otros lugares, pero los incorporamos a nuestra sensibilidad y a nuestro mundo. El kitsch se relaciona con esta globalización puesto que pone frente a nosotros de manera repetida la reproducción de ciertos objetos, desde pulseras, ropa, juguetes, zapatos, y un montón de chunches más, en el marco del kitsch cotidiano, diario, vivencial, no tanto del kitsch en las artes.

Una de las cosas por lo cual el kitsch resulta tan grato, agradable, muy al margen de que involucre elementos que nos vienen o nos llegan de otros lados, es que resulta masomenos fácil admitirlo, absorber, recibirlo, esto es una de las cosas que se le critica al kitsch, su facilismo y es efectivamente eso, que nos resulta fácil, sin embargo esa facilidad con la cual lo admitimos, tiene la capacidad de hacer un movimiento en sus elemento y transcontextualizarse en otros culturas, no tanto del kitsch en las artes, que claro que ahí también sucede. Ocurre que el objeto se vuelve a estructurar no como sucedería en la descontextualización sino desde este lugar en el que la cosa o experiencia no pierde todas sus cualidades, por el contrario, llegan a añadirse otras. Sugiero aquí comenzar a hablar de la transcontextualización en relación con el kitsch, porque sí hay un desplazamiento de lugar y significados, pero dicho desplazamiento no pierde conexión con el origen, más bien, probablemente hay una merma, si hay una pérdida pero no es una posible pérdida total como sucede con las traducciones, hay una especie de traducción a la hora de consumir objetos de otros lugares, y pienso en las traducciones por que como saben, cuando traducimos algo del inglés al español o del francés al español y a la inversa, lo que sucede es que hay ciertas inflexiones, ciertos sentidos propios de la vitalidad de la lengua que no logran pasar a la otra, no consideramos que también hay una ganancia (porque casi siempre consideramos más la pérdida), pero hay que notar esta ganancia, puesto que una vez que entran a la nueva lengua se tiene otra vitalidad a lo que se está diciendo, lo mismo parece suceder a la hora de hacer un consumo, de cosas u objetos, de otros lados.

Pensemos en el taco bell de estados unidos, para un mexicano, en serio que es inconcebible un taco/tostada, para un americano y más para los del norte de estados unidos eso es un taco y eso es comida mexicana, es cierto que ha presupuesto una adaptación, una traducción y que se lo ha hecho una más de entre las comidas rápidas, taco bell es como un mcdonalds o un burger

king, el que el taco tenga esa forma y esa consistencia hace que sea igual de manipulable, se lo puede llevar fácilmente. Creo que también hemos hecho cosas extrañísimas con la comida rápida americana, hay hamburgueserías y también sucede con los hotdogs que se los ha convertido en antojitos mexicanos y aunque pudieras resistirnos a denominarlos o incluirlos en el menú de los antojitos, no se puede negar que también se nos antojan, digo, no cualquier hamburguesa, pueden ser unas más artesanales como las aguacatosas que están aquí en Qro. detrás del Gómez Morín, y que sucede también como ya lo comentaba antes sobre el sushi, el modo en el que este se ha puenteado con nuestra cultura (¿chiles toreados y limón en la salsa de soya y cortes de carne dentro del rollito de arroz?) digo puenteado porque es un puente es un anclaje y eso es lo que se suma, lo que se agrega, es cierto que en el camino se pierde ¿Qué se pierde? pues su naturaleza cruda, y habrá algunos que se arriesgan pero al menos en México comer cosas crudas es en estricto sentido poco probable, puede que haya alimentos como el ceviche de pescado, el agua chile, o la carne tártara, pero uno termina incluso aceptando que esas cosas no son exactamente crudas sino que se cuecen en limón entonces, no se consumen crudas.

Procuraré explicar el significado de la transcontextualización desglosando la composición de este término, cómo funciona, cómo se desenvuelve, cual es la distinción de entre esta y la descontextualización o una recontextualización, y por qué estas no son parte del objeto o la experiencia kitsch. Para comenzar he de tomar esta palabra transcontextualización, y dividirla en dos partes, según su etimología. En la primera tengo *trans*, que refiere al verbo transitar, que no es otra cosa que la de atravesar, ir de un lado a otro. En segundo lugar, pero no menos importante la palabra *contexto*, que es un entorno físico o de situación, político, histórico, cultural o de cualquier otra índole, en el que se considera un hecho (real academia española, 2022, definición 2), qué es la unión de dos o más elementos, también las circunstancias en que se encuentran. Al llegar a mí el objeto o la vivencia kitsch, hay cierto efecto en mí, el objeto o experiencia transita del lugar de origen, pasa por mí, generando alguna sensación favorable o desfavorable y permanece quizá en alguna de mis repisas, en mi memoria, o también quizá en alguna fotografía. Al pasar por este movimiento la experiencia u objeto se convierte en otra cosa y no. El origen del objeto no se pierde en toda medida, la estructura está, sin embargo, se merma una parte de este, y transmuta esto es que experimenta un cambio, pero mantiene algo de lo suyo. Regresando al ejemplo del sushi, sabemos que hay ingredientes que son importantísimos para su realización y para que este sea tal platillo, ingredientes como: el arroz, el alga, la soya, pero lo que cambia acá (en nuestro contexto) es que la soya viene con chiles

toreados, y dentro del rollo puede haber carne o mariscos cocidos, se pierde lo crudo, se transcontextualiza. Insisto, hay un tránsito, un desplazamiento de lugar, es como si la cosa tuviera un pie en un lado y el otro pie en otro lugar, como cuando jugamos que a veces cargamos el peso de nuestro cuerpo de un lado más que del otro, bueno también eso puede suceder, pero el pie que suele estar ligero no deja de estar en otro lado.

La transcontextualización del kitsch, no es como la descontextualización esto es, no se trata de aislar el objeto de todo su contexto, aunque no necesariamente decirlo así recupera el sentido típico en el que usamos el término de descontextualizar, como cuando decimos que alguien descontextualiza nuestras palabras como para aprovecharse de lo que dijimos en un contexto y hacerlo parecer otra cosa en otro y desprestigiarnos, más a la letra diríamos que descontextualizar es aislar de su contexto un objeto, pero no queremos decir eso, ni pasa así con el kitsch, no se lo aísla. En segundo lugar, tampoco se lo recontextualiza, esto quiere decir que un objeto es tomado de un cierto entorno llevado a otro y este nuevo contexto será de ahora en adelante el ambiente del objeto. No se da exactamente eso con el kitsch, sí, es ahora este contexto el nuevo entorno del objeto, pero no pierde, (porque eso parece suceder en la recontextualización) no pierde conexión con el contexto previo, y por tanto su significación de origen. No hay que olvidar esto. Si pierde conexión con el contexto de origen entonces no estamos en la transcontextualización sino tan solo en una recontextualización ¿por qué se da la transcontextualización? Se da en la medida en la que se desplaza, transita de un lugar a otro, hay un lugar de origen el lugar del que surge ese objeto, y también tiene un contexto de llegada, pero sus propiedades no se pierden.

Una de mis tías trabajaba de mesera en un vips a finales de los noventa principios del dos mil. Siempre nos reunimos en su casa para pasar la navidad, y ella sacaba la gran vajilla que le habían obsequiado sus jefes del vips, eran platos de color blanco con ciertas figurillas pintadas o estampadas en el centro, las figuras eran arbustos, arboles, un lago, un caminito y la silueta de dos personas, Las tazas al igual que los platos por fuera tenían estas mismas imágenes, reducidas, pero con el mismo fin, contar una historia. Un buen día mi tía me vio muy interesada mirando los platos, cuando me pregunto si quería que me contara la historia de los platos a lo cual conteste que sí, mi abuelita se sorprendió por que jamás pensó que los platos sobre los que comíamos tuvieran una leyenda en dibujos, atentas las dos escuchamos a mi tía contarnos la leyenda que trataba de una princesa japonesa y el amor con un plebeyo, por no ser de la realeza no podían estar juntos, mentiría si les digo que se fugaron y vivieron felices para siempre o al

igual que romeo y julieta murieron para estar juntos, sinceramente no recuerdo en que terminaba la historia, pero sé que había una leyenda de amor imposible en esa vajilla japonesa, mi tía se sabía bien la historia puesto que debía contarla como parte de su trabajo a sus clientes. La vajilla se trans significó, para mí, no sé si mi abuelita o mi tía percibieron la vajilla de otra manera, para mí sí, fue tanto que el recuerdo ya ha quedado plasmado aquí. yo nunca le había visto lo significativo, eran los platos en los que comíamos cada cena de navidad. De esto trata la transcontextualización, nos están dadas ciertas cosas de las cuales podemos pasar sin darle importancia o siquiera mirarlas, y mucho menos saber que tienen cierta carga cultural de otro lugar que no es la nuestra. Y una vez que nos atraviesan, o las percibimos, su significado no cambia, quizá se le añadan otras propiedades, víctima del efecto que provoca el kitsch. Esta vajilla tiene un origen japonés, una vez que llega a un contexto mexicano, específicamente a una casa mexicana y se lo usa acá no pierde conexión con aquel otro contexto, probablemente se merme un poco la relación, el sentido puesto que no va a significar lo mismo allá que acá, y es aquí donde ya podemos agregar lo que ya apuntaba con el kitsch. Hay una recepción de este, y esta recepción favorable o desfavorable que es del tipo de una afectación, como cuando nos referimos a las afecciones, esto es, a las emociones, los sentimientos o los estados de ánimo, hay una afectación producto de la recepción de este objeto que viene de otro lado sin perder su conexión con aquello otro, pero ahora adquiriendo una nueva serie de conexiones y relaciones con el nuevo contexto al que llega. Se transignifica, no se designifica esto es, no pierde todo significado original, no se resignifica porque ni pierde todo significado original y adquiere uno nuevo, sino que, conservando a medias, parcialmente, no de manera tan llena cómo podría significar en su contexto de origen. La vajilla adquiere sentido precisamente por la historia que me cuenta mi tía, que cuenta la misma ilustración de los platos y que conecta con aquel otro contexto y adquiere un sentido distinto, y este nuevo sentido se le agrega no para la vajilla, ni la vajilla para la vajilla misma, sino la vajilla para mí. Hasta un momento antes de saber de la leyenda, esta solo tenía un sentido en relación con el uso y el uso con relación a la festividad en la que se usaba. Pero a partir del momento en el que me entero y escucho aquella historia, cambió la forma de apreciar esos platos japoneses. Los objetos pueden remitirnos, enviarnos, reconectarnos, no porque hayan perdido la conexión, sino porque parece diluirse en algún momento, que se vuelve casi imperceptible pero ahí está, por eso diría que se trata de una transcontextualización, de una transignificación, como si se desplazara el significado sin perder lo previo. Así como sucede cuando un objeto es atravesado, lo atravesado es rebasado por lo que lo atraviesa. El sentido completo de la cosa que recibimos y consumimos, que viene de un contexto distinto por más que nos afecte, por más que nos provoque algún estado de ánimo

positivo o negativo también nos rebasa por qué nos quedamos con lo que se puede, pero este sigue su propio camino y conserva cierta parte de su origen.

Figura 9

Parte de la familia



Nota. Salinas, Y. (2021). Parte de la familia [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía original de la casa de mi abuelita.

En un viaje que hicimos a Europa, mi tía lo primero que llegó a comprar fue este cliché del gorro francés, y lo portó en muchas, varias ocasiones para no solo sentirse parte de, sino para que en las fotos en las que fuera capturada no pasará desapercibido su cercanía con este país, y su famosa foto en la torre Eiffel de día de noche, por la tarde, como fuera de cerca de lejos. Siendo muy honesta, mis lecturas previas del kitsch y lo demonizado que se suele escribir respecto a este, y yo figurando desde esa postura, estuve a punto de perderme de una gran experiencia kitsch, en las primeras horas de haber llegado ahí, mientras nos instalamos en el

hotel y descansamos un poco se nos hizo de noche pero mi familia no dudó en querer salir a dar un paseo y no perder nada de tiempo por curiosear en el país extranjero, y principalmente por mirar de una buena vez aquel atractivo distintivo de este país, la famosa torre Eiffel, yo pensaba justo en ese momento: ¡ay, porque no visitamos cosas con más cultura y no tan cliché! Pero vaya la sorpresa que me lleve al estar frente a ese monumento, juro que lloré de emoción, siendo que 20min antes pensaba que el turista urgido por visitar principalmente este lugar era un acto muy kitsch, pero lloré, sin que nadie lo notara, no pude identificar porque lloraba, hasta pasado un tiempo. ¡Claro! fue la sorpresa de ver esa figura que yacía en mi memoria por medio de cuadros, caricaturas, películas y de pronto estar frente a ella y aun mejor subir en ella y vivir la experiencia del turista, me desbordo. Yo misma caí ante lo que me juré no hacer. Fue un descubrimiento que se da sólo en la medida en la que se tiene la oportunidad de encarnar esta experiencia, como en este caso la torre eiffel original y no mediada por las postales, imágenes, las referencias y reminiscencias fílmicas o animadas, a partir de todas estas. Me hice una muy buena idea de lo que puede ser esa cosa que llamamos torre eiffel, pero una vez que estuve frente a ella me rebasó, me pareció desproporcionada incluso y no necesariamente por el tamaño, sino porque todo aquello que pude haber consumido no había sido sino tan solo una partecita de eso que en la realidad era. Y bueno en el consumo se da precisamente lo kitsch, por su puesto la actitud kitsch puede ser en la medida en la que es lo primero que un turista quiere ver llegando a París, al igual que de las primeras cosas que se quiere llegar a hacer es visitar el Louvre porque está en boca de todos, hablan de esto a pesar de que incluso no haya ido y saben que tiene ahí a Mona Lisa. El caso es que la experiencia rebasa por mucho y termina por dar sentido o darle un sentido más como si transdesplazara de nuevo aquello que habíamos consumido a su contexto original, es cierto que con todas las limitantes propias de las posibilidades interpretativas que podamos tener por no haber nacido en ese país, pero al final es una experiencia que nos llena de nuevo o que nos transignifica aquellas experiencias que habíamos tenido con el consumo de cosas que nos venían de otros lados. Es como por ejemplo si van a Egipto después de haber consumido un poco de literatura, pergaminos como cuando vamos a la feria y nos topamos con estos puestos egipcios que venden figurines, papiros con quien sabe que cosas escritas o dibujadas allí, o si vamos a la India. El modo en el que nos vamos configurando una personalidad kitsch con todo aquello que se nos va mezclando desde la infancia y que reúne lo aprendido, lo imitado de padres, abuelos, tíos, primos y lo propio personal que vamos experimentando por cuenta propia y que puede llegar a darse el caso de que probablemente aquel modo en el que organizamos nuestra vida, nuestro entorno y los

objetos que nos rodean no sean sino una proyección de nuestra propia personalidad, el modo en el que está organizada nuestra mente.

El objeto y experiencia kitsch transita y por qué si pensando en los objetos que he recolectado en viajes, experiencias vividas que muchas veces rebasan mi consciencia, y que termina por reducirse en un objeto, alguna prenda o un recuerdito, fotografías, o hasta en un cuadrito de knor suiza, queda ahí, toda la vivencia, el objeto, pienso en una bolsa de pan, con una textura parecida a la del papel china, aún tiene restos de chocolate dentro de la bolsa, la tengo colgada de mi pared, fue de un pan que desayune en el Louvre, estando en casa y revisando las maletas pude encontrarme con ese pedazo de papel y recordé la vulnerabilidad y lo maravilloso de aquel museo, el objeto se trans significó, ese pedazo de papel china de grado alimenticio, tránsito en mí, no solo es un objeto traído de París para adornar mi pared en una colonia de Querétaro, ahora verla y pensar en lo que significó ese día quedó impregnado al pedazo de papel.

El kitsch mediante la globalización, la cultura para masas como una herramienta o simplemente como medio ha servido para que yo tenga un conocimiento de algunas culturas, de reconocerlas, no de manera pura y real justo por que se trata de una reproducción, pero sí a través de la transcontextualización, desde esta posibilidad de trasladar ciertos objetos, ya sea de manera física, o lo que nos pueden ofrecer los programas de televisión.

Mi profesor de historia del arte me mostró un papel ilustrado de origen japonés que habían sido recuperadas en Europa, pero me explico que es papel lo usaban los japoneses para envolver y mandar productos en barco a Europa, entonces cuando las personas a las que le llegaban estos paquetes abrían este se encontraban con estas ilustraciones por dentro, esto motivó a que se empezaran hacer pinturas muy parecidas a esas ilustraciones, lo cual me hizo pensar en que estaban teniendo este conocimiento de un tipo de arte, por medio de estos dibujos, o imágenes que retrataban no de manera formal como para llamar arte, seguramente si hubiera sido el gran arte no hubieran hecho uso de ese papel para mandar cosas, pero algo de su cultura (la japonesa) había llegado a Europa, por medio de esta práctica, y usos de aquel papel. Europa tuvo un conocimiento, un acercamiento por medio de esto, de imágenes, que de suyo eran japonesas. Quiero recuperar aquí un cierto rasgo de la globalización. Las estampas japonesas viajaron por barco llegando a Europa para recuperarse, para formar parte de esta nueva cultura a la que no pertenecen, pero que gracias a este tránsito tuvieron cierta visibilidad. Me hace sentido y aunque Greenberg no lo dice, así como tal, globalización, sino que el kitsch se mueve por todas

partes. El kitsch salió de Alemania y se fugó por todas partes y por medio de esta herramienta que podría ser la imitación, los objetos, pinturas, indumentaria, de muchas propiedades que tienen otras culturas.

Figura 10

Fiesta de contemplación de los cerezos en flor en Asukayama (Asukayama hanami)



Nota. Utagawa, H. (1830-1843). Fiesta de contemplación de los cerezos en flor en Asukayama (Asukayama hanami) [Entalladura (madera a la fibra) sobre papel japonés].

Madrid. ©Museo Nacional del Prado. www.museodelprado.es

Pienso en otro caso en donde para variar se hace uso de ciertas referencias a otra cultura por medio de la música, recuperación de alusiones. La canción del género reggaetón de la que hablaré se llama Yonaguni de un artista conocido como Bad bunny, bueno pues, Yonaguni es una isla muy pequeña que no tiene habitantes en Japón, la letra de la canción no es tan relevante, lo importante acá es el montón de referencias en lo visual del video. Lo relevante aquí de la letra sería, que él quiere estar con su chica e iría por ella hasta esta isla llamada Yonaguni. Algunos de los recursos que usan en el video son guiños a prácticas u objetos de la cultura japonesa, comenzando por la primera toma en donde se encuentra terminando de cenar sushi,

las siguientes referencias son tomadas de él en una clase de karate, continuando con unas clases de pintura donde se puede ver esta emblemática planta de cerezo, o también conocida como sakura super conocida en la cultura japonesa, siguiendo con una toma en la que tiene detrás de él una muralla de bambus, luego en una sala de videojuegos donde incluso se ve una marca muy reconocida de estos productos, después se le ve practicando yoga, el guiño del anime mientras le tatúan el logo de pokémon go, y concluye cantando en japonés las últimas estrofas. Todo esto tiene que ver con un contexto en específico otra vez, el japonés, por medio de estos guiños que ya nos son reconocibles acá en nuestro contexto, yo me percate de que trae a cuento en el reggaetón un lugar, una cultura que no se reduce a las actividades y objetos que hay dentro del videoclip, pero que reconocemos, la cosa aquí es ¿cómo y porque admitimos ello? pues porque, al menos en mi generación hubo este intercambio de objetos, comidas, indumentaria, idiomas, imágenes de información que ha venido sino de todas partes del mundo de lugares que son bastante lejanos a mi país y a mi cultura. Las imágenes en el video están hablando constantemente y relacionando algo que aparentemente desconozco, pero que en realidad no es del todo desconocido, quizá no me sabré la historia y el nacimientos de muchas cosas como los videojuegos pero, y con el poco bagaje que tengo de estos sé que no es un invento propiamente de los japoneses, pero lo relacionamos con estos porque cuando el video juego aparece y se vuelve un tanto popular los japoneses fueron de los más entusiastas e interesados en entrarle al mercado, creación y producción de esto.

Figura 11

Yonaguni



Nota. Bad Bunny. [@BadBunnyPR] (3 de junio de 2021). Yonaguni [Video]. Youtube. <https://youtu.be/doLMt10ytHY>
Video musical.

Hablando de mi experiencia, la noción de su existencia me envía a la infancia, recuerdo a mis primos jugando por horas frente a la televisión, y si me voy más atrás, cuando muy pequeños para entender muchas cosas, recuerdo a mi tío que en ese momento quizás estaría cursando la prepa, solito o con su respectiva audiencia de sobrinos pequeñísimos, él completamente absorto del mundo y centrado al cien por ciento en lo que jugaba. También recuerdo las maquinitas que solían estar en las tiendas, los videojuegos que yacían instalados eran de muy baja resolución, imágenes con personajes pixelados, y siempre con la misma dinámica, peleas, carreras y atrapar cosas. Esto fue creado en otro país que definitivamente no fue el mío, y que tampoco es al que se le relaciona, en este caso japon, no son un producto de mi cultura, pero se desplegado su distribución para llegar a ser consumido y entonces, ha venido a formar parte, hasta sernos familiar.

Con la globalización o esta cultura para las masas, es y va de la mano la transcontextualización de muchísimas cosas, como ya se ha podido leer. Desde mi experiencias con la moda, se me invitó hacer un shooting con la temática de grunge style para una revista llamada Mob Journal, en la preocupación de no saber de qué iba este estilo, hice mi investigación y dentro de mi closet y el de mi bazar, una de las prendas favoritas fue una chamarra que solía ser de la mamá de una de mis amigas y que al verla la quise comprar de inmediato super ochentera con flequillos en toda la parte de la espalda, también use una falda larga con estampado de tribal en blanco y negro, que me compré por cinco pesos en un tianguis de la ciudad de México, una blusa de negra con lunares blancos (aseñorada) que tiene una especie de babero de color blanco en la parte del cuello, unos shorts de tiro alto, muy amplios de pana, color negro, muy noventeros, una bata semitransparente con las mangas super acampanadas, entre otras cosas. Tenía cierto temor porque mi modelo era un hombre, y lo que temía era que llevara tantas faldas, y si esto no sería un impedimento, o algo que les pudiera hacer sentir inseguras a tanto a la maquillista como a la fotógrafa, e incomodidad al modelo, pero no fue así quedaron fascinados con las piezas y conjuntos que había armado, cosa que me dejó muy satisfecha. todo aquello que usé en esa ocasión hablando de la ropa. En la ejecución del vestuario, todas las piezas que por sí solas a mí me indican y hablan de cierta época estaba revuelto, una falda de estampados florales que había comprado en una venta de garaje que incluso tiene su chalequito de los setentas podría ser, con la bata transparente, me daba un aire oscuro pero oriental, la falda de tribal con una blusa de terciopelo de mi mamá super noventera, nada tenía que ver una con otra, y a eso unos aretes super largos color plateado que mi abuelita me había obsequiado que ella solía usar en su juventud, me habla de los setentas u ochentas, bueno hay una mezcla que a mis ojos era evidente pero igualmente fascinante, jugar con la combinación de texturas, épocas de la ropa, y finalmente hacer referencia a un estilo. Yo resignifique todo el concepto que me habían pedido desde mi experiencia con las prendas, transcontextualice estas mismas, digo ya lo había hecho antes puesto que hay cosas que he recolectado en bazares o del ropero de mi abuelita y mi mamá. Para mí esa blusa de terciopelo que solía ser de mi mamá es mi adoración, me recuerda a ella, tiene toda su esencia, incluso cuando me la puse por primera vez me sentía coqueta y grande, osea, una adulta. Y a partir de ese shooting todo se volvió a transignificar para mí. Ahora llevan algo de ser importantes por que pude colarme en algunas páginas de una revista, pero no han perdido el recuerdo ni la propiedad de venir del closet de mi madre, han adquirido algo sin perder su primer significado.

Figura 12
Good boy



Nota. Pedraza, P. Aguado, F. Salinas, Y. Del Moral, E. (2020). Good boy [Fotografía]

Querétaro, México.

Fotografía realizada en colaboración con mi styling.

Parece devolvernos algo de lo ya perdido, eso que recuperamos, que mantenemos, que conservamos porque bueno también entre otras cosas que hemos perdido, en las décadas

pasadas, sin embargo, ya pasaron, nos queda lejos, incluso se los considera pasadas de moda, y con todo el poder recuperar las décadas por medio de la ropa es genial, y es una forma de poder conectar con la nostalgia que es finalmente lo que me mantiene cerquita del kitsch.

El arte kitsch nace de una vida kitsch, entendida como una vida que está familiarizada con tantos objetos, experiencias, mezclas, que a veces que se reúnen aparentemente sin ton ni son y que pueden llegar a resultar a los niños que apenas están entrando en la vida, y que todavía no terminan de familiarizarse como a mí me pasó cuando niña, pueden surgir de entrada desagradables pero una vez que uno les encuentra sentido, o a uno del hacen sentido empiezan a resultar entrañables de ahí la conexión con la nostalgia otra vez.

Al ser la vida previa al kitsch, la sensibilidad kitsch precede al estilo kitsch, esto es, la sensibilidad precede al arte y aunque pueda ser este arte y todo aquello que se distribuye por medio de los medios masivos, una cultura de masas, esta misma es la que en buena medida hacemos y nos hace, es estética poética por decirlo así.

Nostalgia y kitsch

Después de revivir ciertos recuerdos al escribir este trabajo, me descubrí bastante fascinada por aquellos momentos incómodos, los encontraba de alguna manera reconfortantes, familiares y todos esos espacios que en algunos instantes me causaban ansiedad y desagrado, se volvieron parte de mi día a día. También después de pensar y estructurar el concepto de la transcontextualización, comprendí que incluso en mi experiencia de desagrado hubo un momento de transcontextualización ya que aquellos espacios han pasado a ser anhelados, se han convertido en algo que me puede llegar a producir sensaciones de dicha y bienestar, aunque en pasadas ocasiones me ha producido tristeza. El efecto es que han cambiado por medio de la transignificación. Los mercados, los tianguis, las fiestas y los funerales en su momento han contenido demasiadas emociones, y ruidos intolerables, sin embargo, ha habido un tránsito de ello en mí, que ahora, y hace ya algún tiempo me ha llevado a sentirme en casa, y si fuera ese el caso y mantenemos la idea de que hay un pie de un lado y el otro en otro lugar, no se ha perdido el carácter originario, o parte del sentido que tenía en un principio, no deja de haber elementos a considerar e incluso y a pesar de que ahora me evocan emociones más bien agradables y alegres porque me reconectan con experiencias previas, no deja de haber por ejemplo en un mercado: suciedad, gente desagradable, no dejan de ocurrir cosas como estas aglomeraciones imposibles. Las carnicerías o un puesto de tacos casi siempre están alrededor de suciedad, con una cantidad de grasa impresionante que atrae a los perros y moscas, no pierde su toque de fealdad y desagrado, voy a decir que tanto lo feo como lo bello son categorías que describen al objeto ya que lo agradable y desagradable son categorías que describen la reacción, el efecto que tiene el objeto en nosotros, lo bello tiene un efecto agradable y por el contrario lo feo desagradable, y en esa misma línea, normalmente parecen oponerse, pero es que la nostalgia aquí es un recurso emotivo excepcional que permite por así decir, superar la fealdad, el desagrado, conservar en una gran medida la belleza y el agrado e incluso llegar a veces a pasar por alto lo otro, aunque no lo desconectemos y lleguemos a ser tan objetivos o pretendamos y nos obliguemos a la objetividad. Y reconocer que, bueno, la grasa y las moscas alrededor del puesto de tacos o cualquier garnacha no es agradable, que perder a un ser querido no se siente bien, igualmente nos podemos encontrar allí familia que con quien no es agradable convivir, hay desvelo si se considera pasar la noche en el velatorio, hay una incomodidad en medio de la velación y el tránsito al entierro o la cremación, las lágrimas, sudor, una mala alimentación, tabaco consumido que al menos a mí me revela un vacío interno extrañísimo. Igualmente, en las fiestas hay este ruido exagerado entre la música que anima la celebración, las voces y risas

a todo volumen de las tías y los tíos, los platos de comida que de a poco se van acumulando sobre la mesa, las moscas y abejas que van y vienen etc. La fealdad que presuponen estos espacios no desaparece por más que uno quiera no verlo, es un hecho que ahí está, sin embargo, la nostalgia puede abarcar y abrazar lo desagradable que le pertenece.

Kulka (2016) habla acerca de la industria del souvenir, la relevancia de este es importante en el mercado del kitsch porque es el típico recuerdo del lugar que se ha visitado, por ejemplo hace algún tiempo fui a las pirámides de Chiapas, palenque en específico, mi abuela se compró un reloj azteca a una escala pequeña, básicamente un llavero, el éxito del kitsch depende completamente de las asociaciones previas ligadas al objeto que se nos presentan (cfr. p.33) en este caso, el calendario azteca que quién sabe qué tenga que ver con los mayas. Pero mi abuelita ya por la explicación que nos dieron, dijo: “esto es un recuerdo de cuando yo fui a conocer palenque”.

Hay una reproducción, una réplica de Pakal en el museo de antropología e historia en la ciudad de México, ese espacio está destinado a ello, y deja una extraña sensación de que todas esas culturas con sus vestigios aglomerados, organizados de alguna manera en estas grandes bodegas que son el museo yuxtapuesto, uno tras otro con la representación de las culturas, como si todo eso pudiera dar cuenta fiel de lo que fue mesoamérica en su momento. Da esa impresión también kitsch. Desde las primeras salas, de derecha a izquierda, hasta las últimas que terminan con las civilizaciones o las culturas más desconocidas mixtecos, zapotecos y pasando por la central (por su puesto la azteca) con el calendario solar allí expuesto, y debajo de este toda la exhibición en maqueta de lo que pudo haber sido el mercado de texcoco etc. De entrada, es impresionante y más que la cultura del souvenir, que sí, tiene que ver con eso, pero en español lo decimos bastante bien cuando lo llamamos recuerdo, el recuerdo. Esto del souvenir ¿será nostalgia? A mí me suena a que justo tenemos un objeto que evoca estos lugares que hemos podido visitar, y teniendo este pequeño cachivache podemos recordar, y recordar.

Yo creo que se trata de nostalgia, mientras esta sea una forma de la tristeza que anhela, añora el tiempo pasado, a las personas que se han ido. Lo interesante al respecto es que por algo compramos el recuerdo, porque parece que de alguna manera cuando lo estamos viviendo sabemos que lo estamos perdiendo al mismo tiempo y muy pronto será ya solo una memoria, quedará perdido por completo y lo único que permanecerá o nos queda es ese recuerdo que nos conecta ya no con toda la vivencia sino y tan solo el recuerdo de este (podría ir por aquí una

reflexión con aquella frase que dice: recordar es volver a vivir, aunque con sus asegunes porque si bien puede recordarse/volver a vivir pero a veces es más triste que alegre el recordar).

Por otra parte, también Kulka dice que, durante periodos violentos de la historia, lo que hizo el kitsch era hacer más ameno el transitar por esos lapsos.

Como sucede siempre en periodos en los que irrumpe la revolución, se utiliza como fuga hacia lo irracional, como fuga hacia lo idílico de la historia, en la que prevalecen las convenciones consolidadas. Esta nostalgia personal hacia un mundo mejor y más seguro nos permite comprobar la razón por la cual actualmente florezcan los estudios de historia y la novela histórica, pero a la vez demuestra que esta es una manera como cualquier otra para descender a un terreno que ya corresponde a una esfera sometida a la influencia del kitsch (todo mundo histórico revivido nostálgicamente es “bello”). [...] el kitsch es la manera más sencilla y directa para aplacar esta nostalgia (Kulka, pp. 33-34).

El kitsch siendo este objeto fácil de reproducir del arte surgió gracias a todo un abanico de posibilidades para ponerse en práctica, de tal forma que, hace uso de ciertos monumentos que podrían dar seguridad por imitar la presencia de algún personaje histórico y valiente, o formas cómodas para hacer ameno el momento difícil, para llevar la vida como lo es en la novela policíaca, que tiene una fórmula en la que al final todo se resuelve de forma heroica con situaciones complicadas pero hábilmente resueltas. En situaciones de tensión o incertidumbre el kitsch llega a ser un lugar confortable porque nos presenta cosas con las que estamos familiarizados, le conocemos, quizá le hemos visto antes, reconocemos esas cosas que no necesitan ser novedosas, con que tengan un referente que reconozcamos, con eso basta. Hay varias novelas que tanto M. Calinescu (2003) como U. Eco (2009) atribuyen al quehacer del kitsch, las historias de amor en las cuales los protagonistas pueden estar para siempre juntos, o todo el adorno que se hace a la hora de hablar sobre un escenario durante la narración de la novela. En estos casos se percibe la ligereza de los autores al casi darnos seguridad página tras página que todo estará bien. Esto me recordaba un poco al cambio de la moda que de por sí es seguro que eso sucede todo el tiempo. Sin embargo, me refiero más a lo que ha pasado en los casi dos últimos años de aislamiento que hemos vivido en casi todo el mundo a causa del covid, cuando se nos informó que no podríamos salir por un tiempo de nuestras casa porque las cifras de contagio sin restricción eran preocupantes, trabajar desde casa se volvió de pronto algo incómodo hasta que logramos acostumbrarnos a ello, y mientras comenzamos a habituarnos en andar en pijamas casi todo el tiempo, entre la comodidad de pants, tenis o pantuflas, batones, pude percatarme en las redes sociales de aquel estilo llamado homewear que consiste en vestir

con ropa de lo más cómoda porque se nos simplificó no tener que arreglarnos para salir, no existía ocasión alguna para salir e incluso las veces en que llegue a salir de casa, era para ir al super, y ahí se podía ver solo pijamas, y pans, algunas eran tan simples como suena, otras era una producción genial de combinación entre distintas pijamas, zapatos, bolsa, peinados y calcetines, todo pocas veces bellamente

desalineado. No me digan que eso no les suena a sacar algo de su contexto para ponerlo en otro, la pijama es ropa de cama que saltó de la cama para venir a todos lados, con nosotros, al cocinar, en juntas de trabajo, no digo que, con todo el cinismo de parecer recién despiertos, hubo una variedad y creatividad para hacer de esas prendas algo fascinante. Fue imprescindible para hacer ameno el pasar de los días, la comodidad. El malestar de no poder salir a ver a las personas que amamos como, la familia o amistades entrañables, el estar todo el tiempo en casa trajo mucha ansiedad, a otros les venía bien, pero para muchos fue escandalosamente impensable. A las pijamas se le unió otra forma de estar cómodos, un poco más “presentable”, pero infantil, vestidos y blusas holgadas, el corte crop top ha permanecido, pero a estas dos prendas se les añadió el cuello tipo babero, con estampado cursis o dibujos reconocibles. Recuerdo muy bien tener este tipo de vestidos en mi infancia, con estampados de flores, todo saturado, y a los cuellos se les añadían figuras bordadas. Fue un éxito traer y retomar los cuellos/babero de la infancia, aquellos que solía usar lady Di en sus grandes días como icono de la moda, porque no han regresado los vestidos y blusas con este bello recurso, han regresado por separado, para que se le pueda dar un uso más amplio. Todo lo anterior refleja no solo lo infantil, no solo la comodidad buscada por todos lados como recurso ante la adversidad que significa el aislamiento, después de una constante (que no parecen terminar) de noticias desafortunadas, está la tendencia a regresar a esos momentos en que no nos turbaba cosas trascendentes, los medios para alcanzar esto han sido la moda cómoda, la reincorporación de caricaturas de nuestra infancia a las cada vez más numerosas cadenas de streaming.

Figura 13

Corona personal



Nota. Olvera, P. (2023). Corona personal [Collage] Querétaro, México.

Imagen realizada exclusivamente para esta tesis.

Mi primo cumplió años el pasado mayo y su novia se encargó de mandar hacer sobre unas sudaderas de colores muy claros, como rosa, lila, azul (colores que dan esa sensación de confortabilidad) el grabado de sus caricaturas favoritas: Coraje el perro cobarde, Ositos cariñositos, Tom y Jerry, pero son estas caricaturas que a él lo conectan con sus recuerdos de la infancia, lo hacen pensar en su niñez. Después de todas las malas noticias, de los malos ratos con ansiedad, depresión o cualquier otro malestar que nos ha traído nuestra cada vez más conocida forma de vivir, y que quizá sea de forma indefinida (esta manera de habitar), buscar tener este vínculo alegre, o vínculo que nos hace más ligera la existencia, recordando, por medio de la vivencia que nos hizo sentir a salvo, que nos daba confort. Estas caricaturas que le gustan a mi primo prácticamente no se ven más que en canales nostálgicos como bumerán, cadenas de streaming o internet. Porque son esos canales nostálgicos que transmiten caricaturas obsoletas. Nos presentan esas otras caricaturas que probablemente nuestros padres o

generaciones más viejas que las nuestras, he visto en ellas incluso todavía en televisión abierta, Tom y Jerry y los pica piedra estos últimos todavía son más viejos y de alguna manera siguen vigentes, por lo menos se les transmite en televisión abierta.

Las posibilidades tecnológicas que tenemos (esto puede tener que ver con lo que hablaba acerca de la globalización y la virulencia del kitsch) abren por completo la posibilidad de recuperar de alguna manera ese pasado, tenemos los medios para hacernos de nuestros propios recuerdos, y los traemos a cuento por medio de las playeras, las pijamas, sudaderas con estampados de caricaturas son recuercitos, y traerlos es una declaración: de época, de nostalgia, de afinidad, de fan.

La etimología de la palabra nostalgia viene del griego nostos= regreso y algos = dolor. La nostalgia es la pena de verse ausente de la patria o de los amigos (Etimologías de Chile, s.f., definición 1). Se trata de aquella tristeza por querer regresar a casa, a la patria. El primer estudio más completo sobre este padecimiento emocional fue hecho por el médico Johannes Hofer, su tesis describe una enfermedad que sufrió un estudiante y un sirviente, estos agonizaban, pero cuando regresaron a su casa con su familia se recuperaron milagrosamente (Etimologías de Chile, s.f., definición 2). La nostalgia no podemos ubicarla en un segundo lugar o término, es muy importante efectivamente y por eso quizás un afán nuestro muy constante por andar buscando que nos devuelva de alguna manera la sensación de casa.

Normalmente la nostalgia puede llegar a ser (efectivamente) patológica, alcanzar estos niveles de psicosis o tener consecuencias en la salud, lo que llamamos hoy (no sé qué tan bien o que tan mal, pero lo decimos así), somatizamos nuestras afecciones, tristezas y efectivamente, recuperar de alguna manera aquello que nos resultaba reconfortante.

En la película de Ratatouille, cuando el juez Anton: un tipo amargado, cuyo únicamente fin era destruir a los restaurantes, una vez que este prueba el Ratatouille de Remy, no puede emitir un mal veredicto, los sabores lo transportan hasta su infancia, lo llevan con una nostalgia que repentinamente le hace recuperar su sonrisa, al final es notable la actitud con la que lo vemos en el restaurante cuando le dice a Remy: sorpréndeme, con una sonrisa, lo dice totalmente distinto, lo devolvió a su hogar. Y tiene que ver la nostalgia con la depresión, la melancolía, es más una especie de enfermedad propia que acerca mucho al artista a la locura, por ejemplo: lo que se sabe del Renacimiento, es que la melancolía tiene que ver con ese esfuerzo constante

por superar lo insuperable, está la melancolía de Miguel Ángel de saber que nunca iba a poder hacer algo tan magnífico en ese doble sentido (de lo enorme y lo bien hecho), Como el Laocoonte de la antigüedad, esa posible enfermedad, que no es una enfermedad en el sentido etimológico. La nostalgia de alguna forma debilita, le hace perder el sentido, incluso hoy se habla de depresión. Pero muy probablemente uno esté distraído, porque no ve, no está atento a lo importante, anda perdido en muchas cosas. Si bien la nostalgia tiene fuertes connotaciones de enfermedad, no lo considero patológico en mi caso.

Me considero nostálgica y por ello mi añoranza por ciertos objetos y espacios como la casa de mis abuelos, materno y paterno. Pensando en la primera casa de mi abuelita que se encontraba frente a un cerro precioso, nuestros días completos recorriendo y subiendo las montañas, con un picnic de por medio, con el pretexto de ir a recolectar garambullos, y que con los años he decidido a regresar a ellos con mis amigos, o sola, organizando imitación de picnics que mi abuelita hubo de enseñarme en esos días. En la casa de mi abuelita tenía un closet que me parecía lo más místico, misterioso porque no me dejaba acceder a él puesto que contenía una gran colección de juguetes, que claramente no me prestaba porque podía perderlos fácilmente, y justo por que no me dejaba entrar yo me imaginaba que era como un portal a la diversión, ya estando más grande, sin interés de jugar, ella ya pudo exponer su colección de cosas, y ahora yo cuido un poco que esas cosas no se pierdan, tiene unos cuadros con ilustraciones en 3D, de hecho ella me contó que los hizo, tiene uno que es de un baño de burbujas, donde la mamá está bañando a su hija, en la habitación hay una tina, el porta toallas, una silla con una muñeca en el piso a un costado y una ventana por encima de ellas. Me recuerdan a estos muñequitos de papel que venían con ropa que se debía cortar con tijeras y se le montaba encima al muñeco. Se le rompieron dos cuadros, y le pregunté por ellos, me dijo lo que les había pasado, que el vidrio que los cubría se había zafado, le pedí que me los regalara para quedármelos y mandarles poner sus respectivos vidrios. Tengo un tiempo buscando cuidar estas cositas que se volvieron para mi sumamente importantes, porque son importantes para mi abuelita.

Figura 14

Cuadro de mi abuelita



Nota. Salinas, Y. (2021) Cuadro de mi abuelita [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía original de la casa de mi abuelita.

No solo eso, también recuerdo que mi abuela me hacía té para la gripa y ahora yo lo replicó, ahora yo cuido a mi familia por medio de estos té, entonces, también busco mis propias recetas para hacer té, pero la receta de mi abuelita para la gripa o los dolores de garganta esa no le he cambiado nada, tan es así que como a aliviado a mi hermano por efecto placebo o porque realmente tiene efectos curativos, se lo he hecho a mi primo y tío. Mi primo estudia para ser piloto aéreo, estudia con chavos con otro estatus social, y me contaba alguna vez que llegó con uno de sus amigos que se estaba enfermando y le dijo, te voy a dar una receta mágica, prepárate este té, bébelo como suero y te aseguro que se te corta la gripe, y no te enfermas. Después de compartir el té ancestral de mi abuelita, me contaba que luego llegaban sus compañeros con sus termos llenos de té a clase, y todos echándole flores a su receta. Mi interés por cuidar tanto del legado de mi abuelita, de lo que me curó, sus recetas de cocina, o mi cercanía con la costura contrario a sentir tristeza o nostalgia patológica, me alegra mucho, me devuelve. Claro que hay otras condiciones, otros factores que intervienen para que la nostalgia alcance esos niveles patológicos. Si lo pensáramos por ejemplo analógicamente, considero que existe la posibilidad

de que haya una nostalgia sana e incluso diría que todos somos nostálgicos y lo necesitamos de alguna forma, no podemos deshacernos, desentendernos o desconectarnos de nuestro pasado y de lo que vivimos por qué, pues parece que parece que terminamos por quedarnos sin nada y si nos quedamos sin nada es como si nos fulminará el sin sentido.

De alguna manera me da pie a emociones gratas, me ayuda y efectivamente cada vez que yo preparo un té de mi abuela, no solo lo preparo para el bien presente de quien no se quiere enfermar, para mí, para mi primo, sino y al mismo tiempo lo preparo como un homenaje a ella, a la tradición ya familiar. Con ello va y al mismo tiempo estoy haciendo una declaración: esto no se ha perdido, ni se va perder, y por supuesto que es gozoso hacer esa declaración. Alimenta al espíritu y no lo reciente como una enfermedad, precisamente contaba el caso de este individuo que estudio Hoferm, que no podía regresar a su hogar, no podía estar, añoraba con todas sus fuerzas y parecía que entre más lo añoraba se distanciaba más, perdía la conexión y mejoró porque pudo volver, y lo viven sobre todo estas personas que parece que se distancian o se alejan. Lo firma es lo que se opone a la enfermedad, convicciones que están arraigadas, pero más que verlo hacia el lado de la patología, quiero hacer hincapié en el hecho de que nos reconectan con los motivos de porqué se hace.

En este ritual de preparar el té, en la imitación de llevar a cabo todo el proceso, me he percatado que es una forma de sentir el apapacho de mi abuelita, cuando yo me enfermaba, incluso ahora cuando me enfermo mi abuelita es la mujer más cariñosa, es sumamente atenta y tierna, pero en aquel entonces si me enfermaba ponía todo su amor a atenderme, a preparar no solo el té, también la comida, para llenarme de vitaminas. En estos menesteres de cuidado y de atención, era un apapacho increíble. Para mí el tecito más que significar un remedio casero libre de químicos que ayuda a curar o algo parecido tiene que ver más con el cariño y el amor de mi abuelita. Yo me enfermo y me convierto en una niña, lo primero que siento es este quererme arropar, o cuidar de mi niña, sé que hago este tributo a su té para apapácharme, para sentirme acurrucada, es lo que mantiene a mi abuelita en mí, cerquita. Me pasa también en otras situaciones, recién había fallecido mi papá creyeron que era una buena idea mandarme con una psicóloga.

Mi abuelita era la que me llevaba, de camino a mis citas, mi viejita me compraba un yogurt natural de manzana con granola en la calle de Ezequiel montes, y ahora cada vez que yo estoy triste, con ansiedad o anímicamente mal salgo a comprarme mi yogurt, porque el acto de mi

abuelita se transnifico para mí, ahora implica y significa un apapacho de mi abue y claro si puedo ayudar que otras personas no se enfermen de gripe doy la receta del tecito, pero claro, es importante para mí dejar claro que podría curarme con medicamento para la gripe, y sentirme más feliz produciendo endorfinas con algún deporte, pero me es más significativo darle su espacio, rendirle tributo a las formas en las que mi abuelita me daba calma, me daba cariño, sigue vigente esa forma, es esa nostalgia de sentirme cuidada lo que ahora yo procuro.

Figura 15

Amor chiquito



Nota. León, Y. (1997) Amor chiquito [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía original del álbum de mi abuelita.

La siguiente anécdota es de un profesor, hace algunos años existía una marca de dulces llamada sonrics que tenía como logo un mago, en ese entonces sonrics sacó una colección que se

llamaba monstruos de bolsillo a finales de los noventa, había dos en particular que le gustaban, el hombre lobo y el esqueleto, un tío suyo tenía una tienda y les regalaba o vendía más barato las cajitas de sonrics, no le importaban tanto los dulces lo relevante eran los muñequitos, los juguetes. Con el paso del tiempo suceden muchas cosas, se perdieron entre el intercambio con los primos etc. Y solo quedaba el recuerdo, el gusto, eso que se sentía muy infantil, porque le gustaban le llamaban la atención, el caso es que hace como un año un amigo y colega suyo de trabajo en su cubículo tenía expuesto un hombre lobo color morado le recordó muchísimas cosas por su puesto, su cubículo lo ornamento muy kitsch, mezclaba un montón de cosas de dibujo y obras que le regalaron, estos muñequitos que él sí conservaba etc. y el profesor le dijo muy en broma (porque sabía que era una especie de reliquia incluso para él), que en cuanto le vendía el muñequito, al final le dijo no es cierto, solo le recordó algunas cosas, al día siguiente le regaló el hombre lobo, él no lo quería aceptar, aunque poco después le dijo que tenía otro, su colega le dijo: no te preocupes, sé que en su momento nos gustaron mucho tómalo con gusto. Después de eso, a la hija de este profesor le gustan los monstruos, el profe se acordó de su monstruo lo busco y finalmente lo encontró, se lo mostró a su niña, y la niña lo aprecio muchísimo, le platico que se lo habían regalado, le mostró en internet quienes eran y cómo eran, ella estaba muy contenta, entendía que había sido un regalo, que era muy especial para él, pero también a ella le hacía muy feliz poder tenerlo sabiendo que era muy especial para él, cuando de pronto lo perdió, aquí lo interesante fue la reacción de la niña, una reacción muy fuerte, lloro inconsolable, con amargura, incluso se achacaba, se culpaba, decía que le había dado la espalda, que lo había decepcionado, y bueno lo perdió en el coche de los abuelos, seguro por ahí anda. Pero fue esa reacción terrible de desconsuelo de haber perdido algo que representaba tanto y que por tenerlo ella, de alguna manera parecía que lo unía a él y bueno por traerlo, por portarlo, llevarlo y traerlo, el desconsuelo por perderlo fue terrible, él profesor no la había visto nunca así de desconsolada de haber perdido el recordito del papá, efectivamente la niña había creado un vínculo en el objeto que le acercaba a su papá. En este caso el muñequito empezaba a tener más sentido, significados de los que el profesor habría otorgado o que ya tenía por haber sido un objeto regalado, pero su hija le había atribuido muchísimos más, entonces perderlo no solo fue perder el muñeco, para ella fue perder la confianza de su papá, fue perder muchas cosas, y la pérdida, así como el muñequito estaba ya saturado la pérdida es una especie de desaturación, nos deja vacíos de alguna forma.

Pase mucho tiempo con mis abuelos, con mi abuelito paterno y mi abuela materna, le he atribuido muchas sensaciones a los objetos que tengo de ellos dos. Por ejemplo, con mi abuelita

la ropa que me ha regalado no hay manera de que yo la tiré, aunque no me quede. Mi abuelita tenía un blusa que usaba todo el tiempo, para hacer su aseo, para echar flojera en casa, es una camisa blanca que le dieron en algún retiro de la iglesia tiene un espíritu santo en el centro, y en la parte de atrás tiene el nombre de todos los estados en los que se realizó este evento y el año, que fue en el 2002, entonces una vez ella sacando ropa que ya no quería y que regalaría, vi que había puesto esa camisa en la bolsa para regalar y yo de inmediato le pedí que me la regalara, ella me dijo ¿esa blusa? está bien viejita, y no es nada juvenil ¿en serio quieres que te la regale? a lo cual yo confirmé; claro que la quiero. Me encantan los colores que rodean al espíritu santo; azul, amarillo y naranja, en algunas ocasiones ha desaparecido por un buen rato, entre que tardó mucho en lavar, en una de esas veces pensé que ya la había perdido y sentí mucha tristeza exagerada y digo esto porque es una camisa vieja según mi abuelita, aun así, muy triste la llame para saber si de casualidad la había dejado en su casa, me dijo que no la había visto. Finalmente la encontré, y al parecer estuvo mucho tiempo en el agua y se le hicieron unas manchas, estuve viendo en internet formas para quitarle las manchas, hasta que la pude rescatar por completo, sé que yo le atribuyo más sentimientos a las cosas que mi abuelita hacía o me ha obsequiado, he creado una fuerte conexión con sus objetos, para mí son tesoros, ella me dice: no es para tanto. Me regaló también unos aretes y el traje hindú que uso el día de mi graduación, obviamente siempre que puedo la chuleo toda, esa vez no fue la excepción, le dije: abuelita te ves preciosa quiero tus aretes, quiero tu traje, y un día de las veces que fui a verla, ella me dijo: ay ya te voy a regalar el traje y los aretes. Los aretes los he usado solo en ocasiones muy muy especiales, son de fantasía, no tienen nada de extraordinario, parecen de hojalata, pero para mí son la cosa más especial un símbolo de glamour, pero ante todo del cariño de mi abuelita.

Pensemos en lo que pasa en estados unidos y sus casas con áticos o los sótanos, se vuelven estos lugares en los cuales se van almacenando una variedad de cosas que van perdiendo su lugar cada vez que se actualiza el contexto del hogar de la casa, también los hay en gran bretaña y lo cuento por mi bagaje con películas, se pueden ver estos espacios dedicados a almacenar cosas. Aquí en México sucede en grandes casonas, normalmente un cuarto va dedicado a ser la habitación de los tiliches, a veces no tiene que ser una casota, a veces puede ser un closet o mueble, también un espacio en la casa. Todo termina por allí amontonado, almacenado, o ubicado, casi como obra artística de Marcel Duchamp, uno lo nota porque se va ahí acumulando el polvo y entonces es capa tras capa de polvo. Lo traigo a cuento por esto que comento de mi abuelita, de lo que me ha regalado, de lo que he encontrado y he aprendido de ella, puesto que

en sus casa hay espacios que no es que estén en estricto sentido cerrados o a los cuales no haya podido acceder pero que son o están fuera del espacio común, del espacio normal de convivencia y de juego, pero que una vez que se accede a esos pequeños o grandes lugares, pueden ser una habitación, o el cajón de algún librero, he podido recuperar tesoros, y me encanta porque son los recuercitos de mi mamá, o de mi abuelita, zapatos preciosos de la moda de aquella época, juguetes de mis tíos, ropa de mi abuela o mi mamá. Y me encanta esa idea de andar indagando, cuando me ha mostrado sus objetos de colección, mientras me contaba las historias de estos, historias a veces ficticias a veces reales que hacían volar por completo mi imaginación y todo esto me fue configurando, se va sumando en una mezcla por demás extraña, diría ya trans contextualizada con todo lo de real y ficticio incluso en ese sentido que puede llegar a tener.

En alguna ocasión una amiga me compartió un meme el cual decía: solo hace falta reproducir el concierto en bellas artes del Juanga y la vida se te reinicia. En efecto por aquellos días mi estado anímico estaba mermado por la ansiedad, siendo yo una gran fan de Juan Gabriel considere escucharlo y se hizo la magia, mi ánimo voló mientras escribía y de vez en cuando fuera de mi concentración cantaba al ritmo de “querida”. Pensar en la música que me ha formado, y ha forjado mi carácter y aunque el género con otro se repele, por la mezcla y variedad. Por ejemplo, a mí de niña no había manera que me gustara Juan Gabriel sin embargo, ahora sé que es un gusto que viene a partir de la influencia de mi familia, y a pesar de que mucha de su música suena alegre las letras están para llorar, no obstante, cantarlo y escucharlo me encanta, pude recuperar ese gusto con los años, ahora mientras escribo la tesis me pone de muy buen humor y me permite tener el temple anímico para hacerlo. Pensando en la música, de los últimos recuerdos que tengo de mis papás juntos, quizá yo tendría cinco o seis años, una vez me desperté en la madrugada, ellos dos se estaban tomando una cerveza y fumándose un cigarro en el patio por que se llevaban como amigos, me desperté porque tenían a Janis Joplin a todo volumen, entonces, para mí escuchar a Janis Joplin era espantoso, yo decía: ¡Que feo canta! con el paso del tiempo y doce o trece años sobre mi existencia me obsesione con cada una de sus canciones y es a la fecha que me sigue gustando un montón y me conecta, viene a mi como una oleada de recuerdos, de nostalgia, incluso me da la gana de querer regresar a esos momentos, a esa noche, no sé, pienso que habría estado muy lindo haber convivido con esos dos personajes que tenía como mamá y papá por qué se llevaban muy bien y tenían pláticas profundas sobre la vida, para mi es una vuelta por mis recuerdos. Me encanta, para mi Janis Joplin es una gran voz y un espíritu muy atormentado y esto me pasa con bastantes cantantes,

y vean que gusto tan kitsch musical, esas mezclas de Juan Gabriel a Janis Joplin. Este gusto es una mezcla así, en clave mexicana y me lleva por completo al recordito, mis papás escuchaban de todo, mi mamá a la fecha escucha de todo, a mí no me termina de gustar ni convencer por completo el rock muy pesado como slipknot, o cosas parecidas, a la fecha la influencia de estos dos ha resurgido en varias situaciones, por ejemplo: yo me pongo de muy buen humor sobre todo cuando tengo ataques de pánico o ansiedad y no puedo salir pese a que tengo que hacerlo, lo que hago es poner música disco. Yo escucho chachachá y ya me quiero ir de fiesta y nada tiene que ver aparentemente, me da un poco de pena que sea mi fuente de inspiración el chachachá, la salsa, la motivación para que yo salir a bailar, ¿quién más escucha chachachá, para irse de fiesta? A mí me da mucha vida escuchar chachachá, funk y disco.

Antes no podía pensar en comer chilaquiles que no fuera como desayuno, y solo los fines de semana por que, en mi casa, comíamos chilaquiles solo los domingos puesto que era el desayuno favorito de mi papá y eso se volvió por mucho tiempo para mí un hábito, una costumbre, hasta que entre a la universidad me permití consumirlos entre semana y a la hora de la comida ya que vendían en la cafetería de desayuno o comida, al principio yo pensaba ¿cómo pueden comer chilaquiles y más grave aún si no es domingo? Todo el itinerario de los domingos con mi papá era escuchar a mi mamá bien temprano dorando las tortillas para hacer tostadas, mientras comenzaba a oler la casa a tomates y chiles, por otra parte, mi papá super alegre ponía música de José José, contradictoria la cosa porque una noche antes con sus hermanos, con mi mamá y sus amigos escuchaba the doors, y a las siete de la mañana del domingo, si te pudiera mentir del Buki o el príncipe de la canción. Desayunando los chilaquiles nos acompañaban estas voces y después solíamos ir al mercado, esto hacíamos exclusivamente los domingos. Es como las personas que no pueden concebir un domingo sin comer menudo, así mi familia, yo ya he podido aprender a comer chilaquiles entre semana, de mi mente no sale recordar a mi papá saliendo de la cocina con su desayuno en la mano y su taza de café cantando a todo pulmón “el triste” y ni siquiera es que él estuviera triste, me pasa lo mismo a mí, escucho el triste y me parece un homenaje muy bonito, pude recuperar el gusto por la canción y ahora me suena más a mi abuelito, toda esta mezcla de música me hace viajar, en muchas ocasiones no me doy cuenta solo estoy cantando y bailando pero otras veces me doy cuenta que estoy escuchando chachachá porque mi mamá lo hacía mientras lavaba ropa los sábados, o mientras recogía la casa, hay recuerdos que vienen unidos a la música y olores específicos como el del pinol con cloro que usaba para trapear la casa, sé que esa práctica a ella la ponía muy eficiente y alegre. A mí ahora me pasa lo mismo, me alegra, me motiva en ciertos momentos, me conecta

con el recuerdo. De mi abuelita tengo muy poca influencia musical, solo le conozco a Alberto Vazquez. Esto me recordó un pequeño cuento de Alfonso Reyes que es más una anécdota, en mil novecientos catorce o antes quizá, mil novecientos trece/doce, fue contratado por Porfirio Diaz para el grupo diplomático de mexicanos de la embajada francesa, en mil novecientos catorce asesinan a su padre (Bernardo Reyes) y también viene como consecuencia de todo el movimiento revolucionario el cese del pago a los porfiristas, porfirianos, con los nuevos gobiernos, entonces tiene que mudarse de Francia a España, y cuenta que en España descubrió a una mujer que preparaba un caldo y diario lo ofrecía a sus vecinos y se le vendía. Entonces, descubrió el secreto de ese caldo, diario se le acababa, el secreto estaba en que siempre conservaba o reservaba una taza que después le echaba al caldo del día siguiente, a esta anécdota Alfonso Reyes le llama la metafísica de la cocinera y le llama así porque si le seguimos la pista a ese caldo, en algún punto tendremos que admitir o aceptar que el último caldo tiene, aunque sea un poco del primero. Y bueno en la vida humana lo vemos algo, un poco aunque sea tenemos de los primeros humanos y de los que vienen después, por supuesto que en nuestro caso a veces nuestra genealogía es por demás extrañísima e impresionante por esto que se sucede de que uno si empieza a seguirle la pista de nuestros abuelos, pues sí uno tiene cuatro abuelos, luego son ocho bisabuelos, después son dieciséis tatarabuelos, llegamos a treinta y dos, entonces tenemos demasiado de muchos, y los más cercanos, pues lo que tenemos a la mano, por ejemplo yo aquí ya he mezclado, e involucrado a mi mamá, papá, abuela, abuelo, tíos y primos más todo aquello que yo he podido aportar como propio u original o lo que me ha llegado de otro lado y todo eso se combina y a veces se amalgama como si se mezclara un batido, no se alcanzan a distinguir que es un licuado, aunque a veces se mezcla como una ensalada en donde uno puede ver todo lo que la compone, pero no, acá lo interesante es cómo se van integrando y todo eso nos va formando, ya lo había mencionado con las caricaturas, y cómo a partir de esta se nos ha forjado la moral. Pensando en esto último, dos de mis tías (hermanas de mi papá) cuidaban de mí cuando era una niña, eran finales de los noventas principios del dos mil cuando una de ellas andaba en sus veintiocho o treinta cuando todavía salía de antro y era una locura verla bailar al ritmo de Paulina Rubio y era un gozar de ella que a la fecha yo escucho esa época de la chica dorada y me conmueve, me alegra, me lleva a mi tía, escuchó una canción este en donde esté y lo primero que hago es escribirle un texto: hola tía ¿cómo estás? y también sé que en gran parte tengo este conocimiento de las novelas, no porque genuinamente guste de verlas, es porque esta misma tía era una aficionada de ellas: Marimar, Maria la del barrio, cuna de lobos, y unas producciones de telenovela que me parecen lo más kitsch desde la producción y diseño de arte, hasta las historias con la misma trama y

drama, finales felices, incomodidad de algunas situaciones que se desarrollaban en las historias pero que se resolvían de formas improvisadas y daban ese confort a sus televidentes. Se que mucho de lo que mi tía sabe del amor fue por construcción y aspiración a estas historias de novela, algo que no es muy deseable, y preocupante, pero es la forma en la que ella se educó en el asunto, y que no dudaría que por ahí también se desarrolló lo que ella sabe de moral.

Hace algún tiempo hablando con una maestra le comentaba que a mí me encanta la figura pública que fue Thalía a finales de los noventa y principio del dos mil, los vestuarios con los que solía presentarse en eventos. Peluches, flores amarillas, charra, entre un montón de indumentaria que la hicieron icono para muchos de mi generación, le comentaba a esta maestra que yo moría por hacer a partir de una barbie, la recreación a escala de las muñecas, los vestidos icónicos que lució en varias ocasiones para no olvidar esta inspiración que fue la mujer en mi vida, incluso ahora, no por mejor artista, ni la más inteligente, sino la que me deslumbró desde muy chiquita con semejantes estilos.

Ahora con el paso del tiempo pude distinguir que clase de música fui eligiendo mientras iba creciendo, no la música que por influencia de mis papás, abuelos, tías etc. me ha llegado a gustar, sino la que solita llamaba mi atención, mi infancia/adolescencia se desarrolló en el dos mil, nuevos géneros musicales fueron surgiendo, muchos no agradables, pero finalmente hay música que me gustaba mucho como la electrónica/pop, hace muy poquito tiempo encontré una playlist que justo se llama “ringtones dosmileros”, y en efecto escuchó una sola canción y como película pasa por mi memoria muchos recuerdos, colores, personajes, accesorios en masa, pero no solo hay recuerdos de mi vida, sino de lo que sucedía en esos momentos en el mundo, los programas que se veían entonces, mtv con un concepto que no puedo denominar de otra forma que no sea dos mil, la esencia de este era más que clara: una mezcla entre el cliché de las películas con respecto al futuro, incluso los peinados intentaban ser muy juguetones, y geométricos, no sé si pueda estar errando con este término, pero recuerdo a mis primos con los pelos de punta (literal) repletos de gel, las chicas no eran la excepción llevaban peinados con mucha gel huyendo del frizz, era una mezclanza un tanto dolorosa por que se venía arrastrando un poco los noventas pero se buscaba también hacer algo distinto, una mezcla de estilos, de culturas, de colores, de sonidos. Los colores saltaban a la vista, incluso recuerdo que había un programa que tenía como finalidad la transformación estética de los autos, hacerlos ver por dentro y por fuera un tanto ostentosos, a veces los colores y los vinilos que usaban como estampas eran chocantes, desproporcionados, llamativos en toda la extensión de la palabra y era lo más exclusivo. Una sola canción de ese playlist me hace sentir más cerca al kitsch, porque

los sonidos son repetitivos, a veces ni siquiera tienen letra o si la tienen es una cosa de risa, no comunica nada, solo es una mezcla de beats que hacen bailable una melodía. De toda mi familia hay algo con lo que puedo hacer la relación que me envía a ellos, por individual, musicalmente, con objetos, peinados, vestimentas de aquella moda, hay algo que me lleva a las personas que amo, incluso de mi familia cercana, hermanos de mi papá, hermanos de mi mamá tengo un recuerdito de ellos, aunque sea chiquito ya sea entre mi ropa, en mi escritorio recolector de memorias, mi museo de recuerdos, de repisa en repisa, mi closet, mis gustos musicales, siempre regreso, tiendo a rehabitar mis recuerdos por medio de la memoria porque me llenan de gracia. Mi manera de relacionarme con la nostalgia no es trágica, tal vez si hay la añoranza de tiempos pasados pero también reconozco que hay honor de mi para mi pasado, para mis vivencias, para las personas que estuvieron, para los actos de amor que se me otorgaron, es la gracia de recordar el cúmulo de información, que en su momento mi cabeza no podía ni terminaba de entender por la velocidad de los cambios, ver el kitsch desde la nostalgia, me inspira, me hace reconocer ciertas figuras, mi interés genuino desde muy pequeña ha sido la ropa, la indumentaria, y el poder de reconocer la genialidad de los vestidos con peluches de Thalía, o cierta estética en los programas/realitys de televisión, películas con personajes entrañables como Amelie y los colores tan evidentes de la cinta, con nostalgia me aviento a reconocerles.

Me encanta recordar a partir de la música, en alguna ocasión mientras estaba en la carrera, una amiga me presentó a David Bowie y yo quede encantada con su estilismo, y su música, fue un combo, en aquellos días vi a mi mamá y le pregunté si no le gustaba este artista a lo cual me dijo: no, nunca me gusto y yo super sorprendida por que es muy extraño que a mi mamá no le guste algo y menos de su época, todas la bandas de los setentas (hasta el punk) les gustaba a mis papás, el glam en los ochentas, ósea, no entendía. Para mí fue increíble conocer a David Bowie y ahora escuchar a este es recordar esos primeros días en la universidad, entre otras cosas David Bowie también me recuerda la pasión de querer devorar libros, mi genuina capacidad de asombro y mis ganas por querer entender las primeras y complejas clases, mi nostalgia me alegra, disfruto mucho recordar. Es grandioso y tal como lo digo para convertirlo en algo más, devolverle lo gozoso al recuerdo, muchas veces más bien atribuimos y llega a pasar lo opuesto, es común que suceda que el recuerdo se nos vuelva más una especie de carga para la vida y que precisamente por la imposibilidad de recuperar lo que recordamos, de recuperarlo en su realidad, la nostalgia empiece a alcanzar esos niveles patológicos, y también supongo que tiene que ver con épocas, con tiempos y con otros factores formativos. La nostalgia patológica puede ir por aquí, añorar algo que pudo haberse tenido pero que no se tuvo

y ya a estas alturas tampoco se tendrá, que eso también es por demás extrañísimo, porque se puede añorar lo que se tuvo y recuperarlo parcialmente, por medio del recuerdito, del encuentro, pero ya es una cosa de cuidado cuando uno empieza: ay, es que si yo hubiera hecho esto, ya valió ¿por qué, cómo se recupera lo irrecuperable? ahí sí literalmente lo que no fue, lo que no pudo ser y lo que ya no va a ser, ni será, entre otras cosas es un despropósito.

Mi abuelita me ha enseñado tanto, y también sé que muchas de sus dudas no resueltas las llevo yo, no sé cómo la filosofía comenzó a interesarme mucho, pero sé que mi abuelita entre las cosas que hubiera estudiado hubiera sido historia o filosofía, y mi decisión no implica a mi abuelita, en la educación en la que me orientó en tener horas de lectura de niña, me enseñó a coser, me enseñó historia de la alta costura, a vestirme para ciertas ocasiones, que soy consciente que soy un por ciento de su producto, no cambiaría por nada del mundo la educación y crianza, a la abuelita que me tocó, ni toda la historia que me tocó vivir. Alguna vez llegue a pensar mientras escribía una carta a mi papá en la añoranza que tenía por haber experimentado algunas situaciones con él, que me hubiera encantado realizar, y entre las líneas uno de los deseos era que me hubiera gustado que él me escuchara después de la primera vez que me enamore, seguro me hubiera puesto una perfecta canción de blues mientras me soportaría con algunas palabras, quizás me habría hablado de lo valioso de enamorarse y admitir cuando las relaciones terminan, me lo imagino así porque en su defecto cuando sucedió así mi tío su hermano me dijo estoy seguro que él te habría dicho esto, por ahí de mis doce o catorce años me di cuenta que respetaba y agradecía como se dieron las cosas en mi vida, agradezco mi pasado, por medio de la memoria, de la nostalgia, de objetos, música, del kitsch me deja satisfecha, es el medio por el que puedo volver a vivir a mis personas, mi familia o amistades incluso las que ya no están. El hermano de mi papá se quedó con alguna ropa de mi papá, y hace poco uno o dos años atrás sacó de su closet dos camisas y me las puso enfrente, diciéndome: eran de tu papá. Me encantaron, pues son camisas producidas, más que nada las mangas, pues eran tipo abombadas con una especie de holán en la parte de la muñeca, una tenía un detalle de abertura en el pecho, con unas cuerdas de cuero, no sé si alguna vez vieron la película “interview with the vampire” y aquellos grandes vestuarios de Tom Cruise y Brad Pitt, más que nada las camisas tan ornamentadas que se eligieron para la producción, pues eran algo así, demasiado elegantes, mi tío me las concedió, las he llegado a usar muy poco, pero cuando las uso no es desde una tristeza o algo parecido, muy por el contrario me siento una afortunada de que mi papá tuviera la gana y el gusto por usar bastantes estilos de indumentaria, incluso la autenticidad de portar su ropa. Esto es lo que me ha dejado poder aprender, conocer y volver a

analizar que es el kitsch, lo recupero constantemente incluso cuando me asomo a mi closet, puesto que este no es nada sutil, es un espacio lleno de colores, texturas, tallas, estampados, puesto que entre mis prendas también va allí, la ropa que me heredo mi abuela, mi mamá, mi papá, mi abuelito, y creo que en general de mi familia cercana tengo algo, y la mía, prendas de las cuales ya tengo mis propias historias, esta relación con la ropa me ha permitido hacer conexiones con el recuerdo, tan es así que puedo recordar lo que hice hace un año por la forma en la que me vestí en ese entonces, pienso en las veces que he perdido o la cartera o las llaves, siempre termino encontrando todo, no solo esto, sino todo por recordar la forma en la que me vestí, recordar que mientras me iba poniendo el pantalón iba caminando o me senté a lado de mi ventana o como sea, pero mi forma de mantener recuerdos de un tiempo para acá, no recuerdo exactamente hace cuanto, pero así ha sido desde al menos unos ocho años.

Honestamente no era consciente de la forma en la que podía relacionar vivencias a partir de lo que usaba, y algo menos preciso me sucede con la música, puedo estar escuchando algo de disco y salir de manera aleatoria algo de los ángeles negros y recordarme a un momento específico y con ello una oleada de sentimientos (que normalmente es tranquilidad porque escuchaba esto con mi abuelito).

En el proceso de mi experiencia con las cosas que he vivido hay una tendencia por revivir ciertos espacios, por medio de música, como ya lo he dicho en párrafos arriba me es inevitable reconectar con ciertas melodías a las personas que me rodean, hay música que de plano no tolero escuchar porque así como la hay que me pone muy feliz y creativa, hay alguna que me lleva a vivencias que no me son gratas de recordar y es en estos mixes, en canciones aleatorias como rock urbano que en su momento podían llevarme a recordar a mi papá de manera nostálgica y que al atravesar en otro momento de mi vida cambio la persona que en su principio era mi papá para llenarse de otra persona. La nostalgia mediante el kitsch la he experimentado en las canciones, también en estos espacios desagradables de los que hablo en el primer capítulo; con personas, objetos, con momentos atiborrados de mil sucesos al mismo tiempo. Si bien no fue grato en su momento viajar a la ciudad de México por el simple hecho de salir de la comodidad de mi casa para llegar a un lugar desconocido, sucio, con tanta gente y tanto ruido, con el cuidado de que no me robaran por que bajo las amenazas de mi abuelita por no separarme de ella me ponía bastante ansiosa que existiera la remota posibilidad de que me robaran, no había espacio para sentirme cómoda, incluso la misma incomodidad de tener que dormir en una casa ajena que era la del hermano de mi abuelita era desagradable, y a eso le

agregamos las caminatas infinitas que comenzaban por las mañanas y terminaban a las seis o siete de la tarde. Ir al mercado para estar sentada el tiempo necesario hasta que mi mamá se contentaba con sus compras, entre el bullicio de la gente, los autos, la música, los olores, una agonía total a mi diminuto cuerpo y mente. O las noches en vela en quién sabe cuántos velatorios, con familia que no me agrada convivir, sueños a medias que se interrumpieron por las luces encendidas, los tíos hablando por horas, con el amanecer la misa de despedida que apenas se podía entender por la falta de sueño, la incomodidad de pasar horas esperando la cremación o el entierro, las despedidas con dolor y alimentos que fastidiaba consumir, demasiado café, insoportables días. Con gratitud fui aprendiendo de la bruma de esos días ¿quién pensaría que esos espacios un día me regalarían confort? Es de risa lo que se fue configurando en mi entraña. En muchas ocasiones no llegaba a entender, a creer en los dicho que mi abuelita repite o que mis tías y todo el mundo dice, pero hay uno en particular que viene bien a cuento, “recordar es volver a vivir”, pese a lo invasivo que llegó a ser crecer de esta manera, un día pude reconciliarme con los velorio, y verle el lado lindo, lo agradable de poder ver a mi familia bajo circunstancias no tan gratas pero es precioso poder tener horas y horas de charlas con personas que de niña admire y me inflamaban el corazón de amor, de gratitud, las ganas de escuchar cualquier anécdota que pudiera enseñarme algo. Los olores de flores, velas, incienso, la peculiar fragancia de gente mayor, el café de olla con canela, abrazar a las tías que apapachan con tanto cariño, el cigarro inagotable. Claro que se percibe el aura triste, claro que hay desvelo, tristeza, dolor y sillones incómodos, la noche parece no agotarse, pero es grato a estas alturas para mí no estar sola y al contrario estar rodeada de la gente que he visto y me reconoce desde que soy una niña. La primera vez que descubrí lo confortable que era acudir a rosarios, entre la ansiedad y tristeza disfrutar ver a mi familia fue hace unos tres o cuatro años. El ritual que viene después del entierro o incineración, en el que unos a otros nos acompañamos, en el que también me sorprendí un día muy conmovida por una alabanza de esas que se cantan al finalizar cada misterio del rosario, estaba llorando, pero no era tristeza, era una mezcla de nostalgia y alegría, era el reconocimiento de un apapacho dentro de una melodía lo que me inundó.

Es por esto que me parece importante hablar de los objetos, lugares que a primera experiencia fueron desagradables por su saturación, atascados y repletos de colores, sonidos, olores, personas, sin insistir tanto se transcontextualizaron en mi vida, claro que el mercado y los funerales o las fiestas no dejan de tener sus cualidades, el mercado no deja de ser sucio, los funerales no dejan de ser tristes, las fiestas persisten en ser ruidosas, los platos se seguirán

acumulando según se vaya comiendo, las abejas y las moscas llegan. Mis experiencias, vivencia o lecciones respecto al kitsch siguen manteniendo su característica vital, es desagradable, es abrumador, pero algo ha pasado ya allí, ya no invade al punto en el que lo hacía en mi niñez, puedo admitir la transcontextualización, le he reconocido al kitsch, y añadido la nostalgia el resultado: experiencias que añoro. Ahora por gusto compré aquellos platos de plástico con estampados de flores o frutas, también por gusto compré copas de segunda mano en los mercados, ahora tengo mis propias colecciones de recuerdos, cada repisa de mi escritorio está cubierto con peluche de color rosa, amarillo o estampado de vaca, y allí descansan objetos que desconbinan unos con otros, pero que en definitiva hablan de ciertos periodos de mi adolescencia, de momentos con mi familia y amigos, momentos que he elegido vivir y honrar.

Kitsch, moda y rebeldía

Este capítulo está lleno de aquello que no sabía que tenía nombre, ni características tan específicas en mi adolescencia, (por lo cual una parte de Yara Emo, hippie, fresa, y rockera ya no se siente tan asombrosa por vestirse raro). El tema en este capítulo es la unión entre el kitsch en la moda como indumentaria y la rebeldía como el desacato sobre cómo debía peinarme, vestirme, comportarme, también entra la moda en cuanto a tribus urbanas. Un día me llegó la invitación para acudir a una vintage party que organizó un bazar de aquí de Querétaro, la temática fue el pretexto perfecto para sacar nuestros trapitos más extravagantes, de los años setenta, ochentas, noventas y dos mil. La cuestión era ir vestida, maquillada, peinada conforme a la época que se eligiera, en el evento hubo secciones de música para acompañar el tema, el motivo principal de aquella fiesta era muy alentador para usar ropa que normalmente no tenemos mucha oportunidad de vestir. Según las especificaciones de la invitación debíamos ir al pie de la letra con ropa vintage, sin embargo, si nos atenemos y nos ponemos inflexibles a esas especificaciones, posiblemente pocos habríamos podido acudir, puesto que la ropa vintage tiene como característica la confección, los textiles, paleta de colores dependiendo de su época original. Estas piezas tienen que ser auténticamente hechas y venidas de otro tiempo, mínimo veinte años atrás y se le confunde mucho lo vintage con lo retro, la diferencia entre estas dos tiene que ver con que la ropa retro es imitar diseños, estampados, y estilos de otro tiempo sin ser del momento al que se le está o ha copiado. Me pareció ver en esa reunión solo un vestido vintage, despampanante tipo años veinte con flequillos.

Por mi parte me dediqué a armar dos vestuarios desde muy temprano para tener opciones, y también para acercarme lo más posible a la temática que se había pedido. Uno de estos outfits era una blusa azul acero manga larga con un pantalón de terciopelo negro con corte de campana, digno de su tiempo, era de mi abuelita y me lo concedió hace unos cinco o seis años, encima de esto un kimono de terciopelo color dorado con flequillos al final de la tela, y unos tenis amarillos. Por otra parte, mi segundo vestuario vino a mi cabeza al ir despertando, desde la mañana, ya había considerado y armado en mi cabeza, usar un vestido negro con flores rojas, todo él de terciopelo tipo oriental, medio cuello de tortuga con botones de lado, que me recordó a principio de los dos mil porque en aquellos días mi mamá me habría comprado una blusa de ese estilo, era parte de la tendencia en ese entonces. Mientras me probaba el atuendo elegido recordaba el personaje de Rachel en la serie de Friends debido a que sale con un vestido negro oriental muy parecido, la temporada en la que lo usa data por ahí del dos mil dos o tres. También

recordé que cuando estaba a la moda estas blusas/vestidos también se comenzaron a usar palillos chinos como parte de los peinados.

Figura 16

Dragón kitsch



Nota. Olvera, P. (2023). Dragón kitsch [Collage] Querétaro, México.

Imagen realizada exclusivamente para esta tesis.

Los peinados de entonces tenían igualmente su sello característico como lo mencionaba antes, el uso excesivo de gel, mechones parados, desalineados, chongos grandes o pequeños amarrados con pinzas grandes o muy pequeñas de colores necesariamente vistosos. Regresando a mi outfit de aquel día, le agregue un plus, porque sí quería ser dos mil pero con un toque de kitsch: calcetas largas de esas que solía usar para la primaria en color rojo, botas de piel (vaqueras), y finalmente dos chongos mal peinados que llevaban palillos chinos (literal con los que comemos el sushi o el ramen), le añadí una chamarra de piel con flecos en la espalda y frente, auténticamente ochentera, y el toque final, una bolsa azul que me regalaron en la cremería “el curí”, así es, fue la cereza sobre el pastel. Yo estaba fascinada por la mezcla de

estos dos estilos hecho con todo el propósito de transcontextualizar la historia de las prendas que habría empleado, se puede percibir la imperante necesidad de traer a cuento el origen de cada una de las prendas que formaron parte al menos de las ideas que puse sobre la mesa, por una parte se tiene el vínculo afectivo (si es que lo existe, en mi caso, es un completo sí) con la ropa, y por otro la referencia de época, los estilos que le dieron forma, que caracterizaron a cada década por sus tendencias, sus modas, y que al reintegrarse a nuestro presente me acarrea nostalgia y al mismo tiempo entusiasmo por transignificar aquello que en cuerpo de adulta disfruto vestir y que contiene tres sentidos: mi recuerdo o referencia temporal, la gracia con la que me relaciono con las prendas (simulación de aquella referencia temporal) y la mezcla de la relación de estas dos, una historia nueva.

Figura 17

Píldora tornasol



Nota. Olvera, P. (2023). Píldora tornasol [Collage] Querétaro, México.

Imagen realizada exclusivamente para esta tesis.

Una por una de las prendas que elegí para usar me conectan con referencias ya sea de películas, de bandas, de mi infancia casi adolescencia. El vestido y los palillos me llevaron a cuando tenía diez años y estaba de moda usar estos accesorios. Hay una afirmación que no recuerdo bajo qué circunstancias mi abuelita me repetía, pero decía y aún lo sostiene: en la moda todo regresa, es un círculo, y honestamente sé que es verdad. La cercanía con mi abuelita y mi mamá en la infancia fue bastante libre cuando se trataba de vestir, mi abuelita me limitaba a vestirme de manera atrevida, aunque a esa edad ya habría conocido el acoso que existía hacia ella y mi mamá en los camiones o metro de la ciudad de México, por lo cual pensar en ser atrevida de adulta ni siquiera me pasaba por la cabeza. Mi mamá me cedió la decisión de elegir cómo quería vestirme por ahí de mis ocho años. Me daba la libertad de elegir entre las montañas de ropa de paca, en ese entonces, yo solía querer usar únicamente pants o algo que disimulara y ocultara mi cuerpo que comenzaba a desarrollarse. Afortunadamente mi mamá pocas veces me sugería prendas, estilos o lo que fuera de vestimenta. hecho que tengo la certeza forjó mi personalidad, hubo muy pocos prejuicios alrededor de la ropa o sobre mi decisión en la forma de querer vestirme, lo puedo notar por comparación en cuanto a mi desarrollo cerca de otras niñas, en la escuela, en mi familia, y después en los diversos espacios en los que he podido desenvolverme, puesto que en muchas ocasiones lo primero que escucho de ciertas prendas es un prejuicio que se conecta directamente con los recuerdos en cada caso.

Pensando en otra de mis fuentes de inspiración y/o influencia para experimentar con mi imagen fue durante mi niñez, me acompañé de muchas películas, series de televisión y caricaturas, tengo recuerdos borrosos de mi papá disfrutando el cine de terror Freddy Krueger, películas no comerciales que caían en ser muy malas películas, pero también películas mexicanas como del santo contra las momias, o las películas de chavelo. Pero el cine que comenzó a hacerme experimentar un gusto por la estética del vestuario, donde puse atención en la ropa, fueron películas americanas, de terror, o de adolescentes, como back to the future (1985), she's all that (1999), the rage carrie 2 (1999, una extensión de la original versión de Carrie de bajo presupuesto super sombría, y con una historia vaga), entre un montón de películas que de a poco fui consumiendo, muchas de ellas que a veces no comprendía, series que se producían y transmitían esos días, como: the nanny (1993), friends (1994), the fresh prince (1990), dinosaurios (1991), tales from the crypt (1989), Sabrina the teenage witch (1996), that seventy show (1996), charmed (1998), de las cuales hasta las de caricatura forjaron mi moldeable forma de vestir, estas formas de percibir y de convivir con el mundo, mi educación visual, creativa de

vestuario, la refiero por completo en mi consumo de televisión, de la mass media- medios masivos, siempre fueron un imán a mi vista los objetos que rodeaban a los personajes, los objetos con los que se relacionaban, juguetes, ropa, artefactos. Durante mi adolescencia, y edad adulta comencé a sentir esta nostalgia por aquellas series, películas, caricaturas, música, ropa, pero sobre todo los estilos que solía percibir en estos programas, cantantes, o en mi propia familia, pues solía pasar mucho tiempo repasando las fotografías de los álbumes familiares, podía notar perfecto que mi mamá me vestía al estilo de los noventas con su respectiva extravagancia, por que a ella le encantaba llevar ropa con peluche y replicaba eso en mis primeros años de vida, pero la vestimenta de mis primos, mis tías, mis abuelos, los cortes de cabello estaban relacionado con la moda de entonces. En la adolescencia y comienzo de mi edad adulta comencé a hacerme más consciente de mis tendencias nostálgicas, cuidé mucho no desvincularme de aquello, contrario a ello fui de a poco siendo minuciosa con los detalles, haciendo una especie de investigación no formal acerca del vestuario, la moda de cada década, primero con los noventa, después los ochenta, siempre hacia atrás, hace muy poco comencé por retomar la de los dos mil.

También por ahí de mis doce o trece años tendía a admirar y copiar el estilo de vestuario de personajes identificados y enjuiciados como bichos raros, awkward, estos personajes secundarios que ilustraban con personalidades que no tenían sentido de la moda, o un mínimo sentido de lo bonito o agradable de su época, algunos se veían desalineados y misteriosos: con zapatos enormes, camisas gigantes, faldas larguísimas y anticuadas, en efecto ropa pasada de moda, pero que, contra corriente, aquellos bichos raros de su época (según a la década que pertenezca) continuaban comunicando su tiempo específico.

A mis once años comencé a interesarme por mi apariencia, al menos en usar lo que a mí me gustaba entonces, mi experimento comenzó con artículos, colores y prendas de moda. Ropa rosa, faldas de mezclilla, era una niña “fresa”, (porque aquella novela llamada “amor en custodia” estaba de moda), a pesar de que tengo el cabello rizado, hay una parte de él que es ondulado tirándole al lacio. En aquellos días la protagonista de esa telenovela llevaba el cabello risado y lacio, justo como mi cabello natural, ella fue entonces la primera influencia sobre mi aspecto. Hacia los trece años me obsesioné con la banda guns and roses, me encantaba la configuración de sus vestuarios, pantalones entubados, chamarras de cuero, camisas grandes con estampados difíciles de ignorar, o camisas más comerciales con la imagen de algún personaje de caricatura, botas negras vaqueras, hasta las pañoletas que llevaban colgadas de las

bolsas traseras de sus pantalones me inspiraban. Era entonces el dos mil siete, y los pantalones acampanados y gigantes era lo que se vendía, aún no llegaba el ¡boom! de los pantalones entubados, por lo cual con dedicación, me media y llenaba de alfileres la tela restante de mis pantalones para comenzar a coser a mano haciendo el efecto entubado. El año siguiente probé con ser emo, una mezcla extraña; un emo con cabello que no podía ponerse sobre la cara por que era demasiado rizado, mi closet: conservaba muchas prendas rosas y unos cuantos pantalones intervenidos, comenzar a usar ropa negra o un poco más oscura, y dejar de usar las faldas floreadas que años antes no me quitaba fue fácil, mi obstinada gana de vestirme diferente me facilitaba encontrar prendas que necesitaba para mi nueva faceta pero, un año o dos después comenzaba a llamarme la atención la ropa colorida, con flores, ropa holgada, shorts, este estilo se asemejaba más al closet de mi abuelita, ella me regalaba faldas, vestidos, blusas, que me venían bien, y mi gusto por las faldas comenzó y con ello el uso de medias, comencé con negra, grises, películas como heathers, con Winona Ryder en medias azules, que me posibilitaron pensar en las mil maneras de llevar medias y también en mi necesidad de incorporar más faldas a mi armario.

Me gustaba tanto las formas en las que usaban faldas en *the nanny* (1993), vestidos, faldas y sobre todo colores de películas como: *the craft* (1996), *jawbreaker* (1999), *the witches of Eastwick* (1987), *suspiria* (1977). Me gustaba tanto, pero no encontraba lo que buscaba, puesto que la moda eran los pantalones entubados de colores, o simple mezclilla que comencé a coserlas a mano. Al ver otra serie noventera; *sex and the city*, la magia de Carrie Bradshaw luciendo un sinfín de ropa y combinaciones que podrian caer en lo chocante en muchas ocasiones, o ropa demasiado llamativa que resultaba poco probable desear usar, sin embargo, hay un capítulo que cambiaría mi consumo de medias, pues esta protagonista sale luciendo unas medias de color lila con sandalias de tacón, si yo tenía alguna duda de seguir experimentando con mi armario, esto fue un completo despertar a mis sentidos. Entonces llegaron las medias a mi vida, comencé a hacer combinaciones de zapatos, colores, prendas, accesorios, llegué a comprarme una bolsa hecha de tapetes vintage, solo para combinarla con una chamarra, mascadas de mil colores. Uno de mis tíos jóvenes frente a mi entusiasmo de los experimentos sobre mi vestimenta, un día saco de su closet chalecos pertenecientes a él y mi abuelita paterna, chalecos de estambre muy peculiares: color durazno con rayas verde y blancas, azul matino con rayas cafés y blancas, amarillo mostaza con botones cafés (vintage) lo cual me hizo hacerles caso a otros accesorios en la indumentaria.

Mi cabello no fue la excepción ni se salvó de la experimentación, la primera vez que me raparon tendría quizá un año de edad, mi papá tuvo la gran idea de hacerlo ya que mi escasa cabellera les preocupaba porque que no crecía nada por encima de mi cráneo, después de eso recuerdo muy pocas veces haberlo cortado o despuntado, para cuando tenía trece años mi cabello era muy largo, pero por rizado casi todo el tiempo lo llevaba amarrado puesto que fue un peligro durante la primaria, ya que las burlas de un cabello demasiado esponjoso no se hacían esperar. A los trece años siendo muy curiosa y queriendo cambiar mi apariencia, pedí a una tía que cortara mi cabello lo más chiquito posible, y si bien no fue a rapa, era la primera vez que habría decidido hacer un cambio radical a mi larga cabellera rizada, no fue agradable para mis tías, mi cabello parecía un algodón de azúcar, todo chiquito y esponjoso, cuando anuncié mi corte de cabello antes siquiera de hacerlo, mis tías no tardaron en hacer presente su inconformidad, a lo cual no puse mucha atención y una vez que lo hice, seguían haciéndolo notar diciendo que me veía más bonita con aquel pedazo de cabello que me habían amputado. Tres o cuatro años después lo volví hacer, solo avise en casa que lo cortaría, a lo cual hubo un montón de opiniones, pero aun así lo hice, esa vez lo llevaba mucho más corto en comparación con la primera, lo cortaron con máquina. Otros tres años más tarde lo volvería hacer, un día desperté aburrida de verme igual, y con ganas de raparme, volví a anunciar mi decisión, esta vez las opiniones venían cargadas de estereotipos, las observaciones ante el anuncio de mi corte ahora hablaban de una especie de manipulación cuestionando mi género, se hizo mención muchas veces de que parecía hombre, y mi belleza había desaparecido por cortar mi cabello, ante la reacción de mi familia decidí hacerlo con más propósito que antes, algo había cambiado, en un principio quise hacerlo por un gusto genuino que pronto se convino en provocación, ahora lo hacía con toda determinación de desafiar mi imagen, mi personalidad. Aparentemente ser así de curiosa me visualizaba ante: familia, compañeros, amigos, muchos conocidos, que hablaban de mi decisión evidente de no llevar cabello. Implicó bastantes burlas, muchas opiniones que nadie pide, muchos insultos pasivo-agresivos que iban desde la forma de mi cuerpo, su peso, su tamaño, su color, hasta sugerencias (que no pedía) sobre qué clase de ropa no le quedaba a la forma de mi cuerpo. Lo que me parecía bonito solía ser anticuado, y no sé qué tantas cosas para estas personas, y bajo los argumentos de los que innecesariamente opinaban, me animaba a comprar, usar, revolver todo lo que encontraba en mi closet y en los montones de ropa sobre las mesas de paca. Claro que en las primeras ocasiones de las innecesarias observaciones llore enojada y con tristeza primero por no encajar con un cuerpo bello para la sociedad, después por tomar en cuenta comentarios con finalidad de herir. Recuerdo que alguna vez a mis quizá diez y siete le pedí prestado un vestido a una prima, me fascinaba, cuando me lo puse mi tía

me dijo que no me quedaba bien, porque mi cintura no era pequeña y no le quedaba a la forma de mi cuerpo, llore por veinte minutos y con cierto coraje tomé el vestido me lo puse, me alisté y salí a mi compromiso, nuevamente algo cambió en mis adentros, usaría todo lo que a mí me pareciera lindo con las formas que fuera, mientras yo me sintiera bien, y también dejaría de tomar en cuenta esas observaciones, lo cual me permitió romper con los extraños límites de mi entorno.

El coraje que me daba al escuchar las consideraciones que solían tener mis cercanos a mi forma de vestir, andar, peinar, maquillar, arreglarme, y de presentarme ha sido impulsó, valentía, rebeldía, de librarme de los prejuicios de otros, ha sido bastante inspirador desafiar las normas del buen vestir, o de la mejor apariencia, no lo se. Puedo decir que esta actitud de ir en contra me ha dado suficiente estímulo para usar lo que ni yo habría pensado que se ve bien, ha sido la fuerza suficiente para la prueba y error de lo que he hecho, incluso los cortes de cabello que me gustaría probar y las tendencias que en muchas ocasiones me negué por llevar la contraria. No puedo explicar lo grato, la emoción que me da hablar de las formas en las que con confianza y convicción o con mucho miedo, pena he visto andar mi cuerpo, parece algo simple, e irrelevante, pero detrás de la apariencia, las prendas y las referencias que vienen a mi cabeza con nostalgia hay un trabajo de reconocimiento, o en mi caso así lo he vivido, reconocer mi cuerpo, sus cambios entre tela, colores, figuras, texturas, y estilos.

En el proceso creativo de mi apariencia, pocas veces puse atención a estas cuestiones, lo único que buscaba muy seguido era complacer a mi necesidad de ir en contra de lo que parecía apropiado, en contra de lo que estaba de moda. Por lo cual, sobre el transcurso de mi estadía en la universidad, mi fachada era un poco vistosa, desenbonaba con las formas de vestir, a veces había exceso de color rosa, o colores brillantes como amarillo. Y pese que era un hecho que se notaba mi presencia, jamás me cuestioné mi forma de vestir, solo escuchaba a veces con sarcasmo, otras con extrañeza sobre mi apariencia. Gracias a esta extravagancia poco vista antes en este lugar, las personas que admiraban mi vestir hacían comentarios parecidos a: “si vendieras lo que traes puesto yo te lo compraba”, “el día que ya no quieras esa blusa o esa falda véndemela”, “deberías vender ropa como la que te pones”. En esos momentos comenzaba a ponerse de moda los bazares virtuales, y poco a poco y con ayuda de esos comentarios comencé a sentirme tentada en abrir mi bazar. Hasta que un día lo hice, con miedo, pena y optimismo salí un día a comprar ropa que me gustaba, colores, prendas de mi closet que definitivamente no usaba y con la ayuda de mi prima (como modelo) y primo (fotografiando) hicimos la primera

actualización, recuerdo la ansiedad después de hacer público mi bazar llamado: soy mudanza, el nombre, tiene que ver con mucho de lo aquí escrito, la transición de los cambios internos y externos que implica el tiempo, el curso de la muda, metamorfosis que pasa adentro y lo reflejaba afuera. La mudanza que implicó mi gana de probar con colores, formas, texturas, tamaños, con cabello muy corto, su crecimiento, cada fase que implicaba centímetro a centímetro de mes en mes. Con el paso de las actualizaciones en mi bazar comencé a pedirle a mis amigas cercanas que modelaran mis combinaciones de la ropa por vender, fue una experiencia bastante amena, pero también de rechazo, pues algunas de mis amigas hablaban desde el juicio sobre las prendas que modelaban, recuerdo a una de ellas ver un vestido lencero y decirme “no me gusta cómo se me ve, se me nota esto y aquello” pero finalmente al ver toda la sesión de fotos quedó fascinada por cómo se le veía aquel vestido, su fotografía favorita por un tiempo. Pude ver cómo de a poco mis amigas comenzaban a experimentar con su cuerpo la ropa que antes no se atrevían a usar.

Mi mamá me enseñó a comprar, lo que de niña me daba pena y ansiedad por el largo tiempo en el mercado se convirtió en mi pasatiempo favorito. Cuando era niña solían gustarme cosas de moda, blusas sin mangas, prendas del dos mil que solían salirse del presupuesto de mi mamá, por lo cual escuche en muchas ocasiones: “no, está muy caro para ser una prenda ya usada”, “aprovecha la ropa de las mesas, ahí donde dice de \$20 o \$30”, “busca bien, ve las prendas una por una, no llevamos prisa”, si alguna prenda le gustaba mucho pero estaba por arriba de los \$50, le decía a los vendedores: “gracias, ahorita volvemos”, para cuando regresábamos los vendedores bajan sus precios y mi mamá compraba con placer su prenda. Bajo la influencia de mi mamá y mi abuelita aprendí a comprar, o quizá solo la suerte me sigue. No recuerdo con precisión el día en el que fui sola al mercado a hurgar en las montañas, pero la enseñanza de mamá me hacía alejarme de los lugares en los que la ropa tenía un precio mayor a \$50. Normalmente las prendas que son de modelos muy viejos suelen ser extremadamente baratas, de \$5 hasta \$15, se volvieron mi ropa favorita, no por baratas, sino porque mi abuelita paterna solía hacer y usar estampados de ese tipo, en mis contados recuerdos acerca de ella no puedo evitar pensar en faldas y blusas holgadas con estampados florales, de monedas, puntos, pero siempre en conjuntos con algún chaleco por encima.

Lo que implica ser una vendedora de segunda mano, va desde la clase de prendas que ofertare, que, siguiendo la ruta de las prendas que usaría, dejó muy poco fuera de mí parámetro, pero también implica el saber comprar, porque he apoyado a varias amigas, y mi familia a comprar,

y se repite esto: mientras yo gasto \$200 en diez o doce prendas, mi familia ya pagó esos \$200 en una sudadera, o en tres prendas, también da práctica al ojo para reconocer etiquetas de ropa vintage, etiquetas de marcas que quizá ya han desaparecido, se reconoce también en la tela, aunque aún no podría decir que sé calcular sus años, reconozco en ellas su vejez, puesto que hay patrones, estampados que reflejan que vienen de los ochentas o de los setentas.

Cuando comencé a hacerle las fotos a mis amigas, me percate de todas las inseguridades físicas que brotaban, veía en sus caras la incomodidad ante ciertas prendas que hacían lucir partes que no les gustaban, sus piernas, sus brazos, el abdomen, el pecho, por lo cual un día se me metió en la cabeza la idea de hacer un bazar físico, en el cual hubiera una mesa de diálogo respecto a la diversidad de corporalidades, los procesos que vivimos, anímicamente, por la edad o esos cambios que vienen tras los embarazos, porque algunas de mis clientas son mamás jóvenes y en muchas ocasiones me compartieron sus experiencias, etc. Así se hizo el evento titulado: cuerpo y su permanente creación cultural. En otra ocasión un chico me compró una falda preciosa, el estampado me recordaba demasiado a las faldas de mi abuelita, cuando se la entregue asumí que era para su novia, a lo cual él me corrigió y me dijo que era para él, me sorprendió un montón, hasta nos fuimos a tomar un café por que salieron un montón de consideraciones respecto a su gusto de usar camisas de señora y faldas variadas. No se trataba de vender ropa, considero que mi pasatiempo comenzó a implicar más cosas que comprar/vender, significa sentarme a platicar con mis clientes sobre sus gustos, su experiencia con la ropa, y jugar con las prendas cuando hago fotografías. Siempre disfruto hacer las combinaciones de prendas, faldas viejas con blusas aparentemente nuevas, o blusas y pantalones vintage, vestidos que me recuerdan a las series que consumí desde muy niña, al usarlas me siento un personaje de friends, o la niñera, pero de pronto descubrí la emoción que sentía al vestir a la gente según mis consideraciones, así un día una amiga me invitó a un proyecto en el que ella haría las fotografías y yo me encargaría de stylear a los modelos, comenzamos con una sesión de fotos con la temática de día de campo, tomé recursos de producción de arte de la cocina de mi casa, el vestuario lo armé pensándome en un día de campo, colores pastel, pero también rojo y negro, la fotografía con estos colores específicos nos recordar a *Amélie* (2001), verdosa con rojo y negro.

Un día hicimos unas fotografías a una amiga, la temática era un día de lavado, pensé en todo el concepto quería que luciera como la versión burlesca de los años cincuenta, una mujer con

estilo pin up, pero adinerada que dedicaba su día a su casa, y las labores que trae consigo, como lavar, cocinar y beber algún Martini. Mi tarea fue armar la idea y usar objetos que tuviera en casa, la ropa la saqué de mi bazar, de mi closet y del closet de mi modelo. La chica que modelo es una gran amiga mía, y la solicité específicamente a ella porque ella solía ser una chica pin up, por lo cual nos facilitó a todas, el maquillaje y peinado. Puse sobre la mesa la idea de hacer las fotos en un campo, era verano y la maleza era muy verde y rosada, con un tendedero improvisado de cuatro fierros que enterramos en la tierra, un lazo, pinzas, una canasta de ropa de mi casa, objetos como un periódico, copa de vino, y flores. Las fotografías quedaron increíbles, le dedique unas líneas a mi mamá recuerdos de los días de lavado en casa de mi abuelito:

Solía escuchar la parvada de pájaros, tirarme panza arriba sobre el pasto, mirarlos hacer malabares en conjunto. El día de lavado se cocían las verduras a fuego lento, mi gata se recostaba en una repisa frente al lavabo, dormía y de vez en cuando me observaba. Los días de lavado huelen a detergente, suavizante, a tierra mojada, al vapor de las verduras y a nicotina de descanso.

Las fotografías de aquella sesión le encantaron a mi abuelita, me pregunto quien había elegido la ropa y por qué había decidido hacerlas con aquella temática, me dijo que les recordaba a las actrices elegantes de los años cincuenta, lo cual me hizo sentir bastante orgullosa porque no tuve la necesidad de emitir ni un solo comentario o referencia, ella solita lo identificó, se imaginó toda una historia. Cuando hacía mi trabajo creativo de armar el tema, anotaba en una libreta lo que de primer momento me venía a la memoria, todas las referencias que emanaba al pensar en los años cincuenta. Por qué, pude haber hecho un día de lavado en algún otro lugar donde quizá hubiera un lavadero, jabón roma esparcido sobre alguna prenda previamente mojada, o el jabón zote en su paquete, en un lugar de vecindad, con un atuendo poco alineado en la modelo, o quizá el spot pudo haber sido en uno de estos lugares en los que se rentan las lavadoras y las secadoras, llevas tu jabón y esperas a que salgan las cargas de ropa pero la idea del proyecto que creamos mi amiga y yo tenía como objetivo hacer fotografías con la fantasía de proyectar otros tiempos, espacios cálidos, o por el contrario ambientes hostiles e incómodos, viajar en el tiempo. Estas fotos nos las inventamos, es un tiempo que definitivamente está lejos de ambas, pero que nuestras cabezas tienen algún registro. Después de hacer mis apuntes por mera intuición, vino mi investigación, y armé un moodboard en donde se plasmarán los colores, el tipo de prendas, aretes, maquillaje, zapatos, peinado, objetos como props.

Es el kitsch el transporte de mi vago conocimiento en el vestuario, por el consumo de entretenimiento para las masas, es la transcontextualización lo que trae a cuento pijamas anticuadas de Dios sabe dónde ni qué tiempo, y esto les habla a las personas con las que comparto mi quehacer, se transportan a otro tiempo. Me comentan: “se ven bien elegantes y sensuales esos pijamas”, “consígueme una en los bazares que andas”. Mis fotos son la imitación de un tiempo pasado, la transcontextualización de prendas que se usan con la intención de hablar de otro tiempo y si muy posiblemente son de allá (tiempo) pero también siguen vigentes en el ahora. Es kitsch la forma en la que ubique el tema, por que pude haber compuesto otra cosas como lo decía arriba, pero no, lo pensé como una señora adinerada que lo único que hace en ese día específico es lavar ropa, beber Martinis, quizá cocine, y lea un poco el periódico ¿de dónde viene toda esta historia que estoy suponiendo de la fotografía? lo he aprendido por la información que desde muy chiquita he tenido a la mano, a la vista, referencias musicales un proceso sutil pero que en su expresión más resumida es estruendosa, exagerada por estar llena de tantísimo.

Figura 17

Día de lavado



Nota. Aguila, C. Salinas, Y (2020) *Día de lavado* [Fotografía] Querétaro, México.

Fotografía realizada en colaboración con mi styling.

Es toda esa información de cómo se ven los pantalones o camisas de los ochentas, como vestían las bandas de rock venidas de Europa y estados unidos, incluso las bandas de rock nacional (mexicano) que por medio de la información que les llegaba a ellos por televisión, cine, revistas o periódicos, pese a que no existían las plataformas con las que contamos actualmente y que a la par seguro se construyen otras nuevas formas, el estilo del glam, estuvo en todo su apogeo a principios de los ochentas hasta principios de los noventas, y sin los videos de las bandas que

escuchaban mis papás no sabría la influencia visual que tuvieron ciertos artistas en bandas mexicanas. Sin la virulencia del kitsch se reduciría la posibilidad de conocer cosas, tendencias, de otras culturas que no fueran la mía. El kitsch posibilita saber cómo lucían las estrellas pop, rock, etc. de otros lugares y así acceder a la imitación de imagen, o actitud, algunos y me incluyo lo llamamos inspiración. Mi mamá en su adolescencia vestía a la Madonna, Cyndi Lauper y Blondie, más tarde se reivindicó y cambio a señora del rock, así conoció a mi papá, pero incluso durante su relación tuvo otra transformación que fue el mismísimo kitsch reencarnado, maquillajes extravagantes, colores y peluches, de ropa, tacones puntiagudos, una increíble mezcla.

Me invitaron a formar parte del equipo de arte visual en el rodaje de un video musical, el tema fue el kitsch en los ochenta, las referencias que me dieron eran muy americanas. El vestuario de la cantante fue una mezcla entre un vestido de lentejuelas rosas con rojo y unas mangas bien abombadas, botas al muslo color rojo, de peinado un rizado abombado y despeinado lo cual me hizo pensar en Sarah Jessica Parker en la película *Footloose*, en otro momento el vestuario cambió pasando de los ochentas al estilo pin up de los sesentas/setentas con un toque tropical o muy parecido a vestidos de cine de rumberas con un toque actual, ya que el vestido era corrugado de mangas (pegadas al vestido casi con un hilo), cintura y cadera, llevaba unos guantes largos de color rojo, y un peinado más ondulado con un guiño hacia el glamour de las actrices del cine de los cincuenta. Los objetos en el espacio no eran del todo kitsch, fue visualmente fácil ver allí las cositas que había en el escenario, no abrumaba, en realidad los colores seguían, nada desentonaba, no había como se esperaría del kitsch ruido entre los objetos, encajaban perfecto, cuando el kitsch es tener elementos que descuadran, es mirar hacia un lugar sin saber en qué lugar poner atención porque hay demasiado de todo que no cabe lugar para pensar que es bonito. Entender la referencia que me solicitaban para los objetos que necesitábamos en set era pensar en videos de Blondie, Madonna, pero sin tantos objetos que estos contienen, y con el concepto del espacio (astral) localizado como referencia primaria, considero que se trataba más de los colores expuestos y aunque combinaban unos con otros, me causaba un poco de conflicto que se pensara que aquello era kitsch, pues si bien, el kitsch tiene muchas cualidades en su mayoría se trata de algo cargado de colores y objetos distintos entre sí, estruendoso, exagerado, ruidoso, pretencioso, y sobre todo engañoso, quizá se podría cubrir una parte del kitsch dentro de esta experiencia por medio de la referencia que sabemos por los medios de comunicación, copiar un concepto visual de los ochentas.

Regresando un poco a lo que comentaba algunas líneas arriba, “la moda siempre regresa” el dicho de toda la vida de mi abuelita, que a mis ocho o nueve años me repetía ante cualquier mínima admiración de mi hacia alguna prenda, y se ponía a recordar y contarme sobre la ropa que usaba cuando solía ser joven para señalarme el retorno de la moda. En algún momento siendo estudiante de la licenciatura me puse a investigar acerca de las chamarras tipo bombers, aún no se establecía su regreso como tal, pero entre los montones de ropa que solía visitar para mi consumo encontré unas cinco de estas prendas, muy diferentes entre ellas, algunas más elegantes, otras más coloridas, con hombreras y sin ellas y más tipo cazadoras, por lo cual me pareció interesante adentrarme a investigar su surgimiento. Lo que encontré me hizo recordar de inmediato a mi abuelita, pues, aunque aparentemente eran prendas de los ochenta y noventa, descubrí que solía ser una prenda muy popular en el ejército británico y norteamericano en la segunda guerra mundial, pero tuvo su boom en los cincuenta bajo la influencia de la actuación de James Dean, en *rebel without a cause* (1955), filme en el cual este actor usó una bomber color rojo. Esta prenda fue progresivamente transformada, pero comenzó siendo un artículo diseñado para el ejército con colores específicos como negro y verde militar con una banda color naranja para ayudarse a encontrar e identificar a los soldados caídos. Las bombers regresaron por ahí a finales de los sesenta, convirtiéndose en parte de la imagen de una banda punk de Londres llamada skinhead, poco a poco esta prenda comenzó a ser adquirible, pasando de encontrarlas solo en colores oscuros a tener colores fluorescentes o con estampados divertidos. Las bombers que solían marcar un estatus, primero dentro del ejército, después dentro de grupos de jóvenes rebeldes, así como bandas de rock noventeras, comenzaron a ser usadas por cientos de fashion victims. Se trata de una prenda que si no hubiera sido por la nostalgia que siento hacia la indumentaria de los años noventa quizá habría catalogado como un descubrimiento de los ochenta. Sin embargo, ha sido una pieza que ha regresado desde su nacimiento en 1945 y que, pese a tener sus ciclos de ausencia ha aparecido en distintos puntos de nuestra época en los últimos setenta años, a veces con algunos elementos de más como las hombreras y los resortes que ajustan a la cintura, o las mangas más abombadas en los noventa.

Considero que el dos mil fue una época del kitsch en su apogeo, la globalización fue evidente, a mi generación y los nacidos en los noventas nos bombardearon con la visión y actitud de los noventas, porque si bien, los ochentas fueron un momento en el que se le da énfasis a la diversión, al dinero y aquello definía la moda, colores fluorescentes, enorme hombreras que simbolizaban poder, objetos brillantes, las mujeres con grandes tacones, Gianni Versace fue de los diseñadores más importantes de la época, los estampados de las telas de sus diseños daban

la facha de ser pinturas y objetos barrocos, lo cual era bastante opulento y kitsch, camisas con estampados de diamantes o conchas marinas de oro. Los ochentas fueron la época del marketing, la actividad física como recurso de status, mientras que los noventas se caracterizan por ponerle atención a la individualidad, había una enorme variedad de estilos, pero se buscaba la relajación, menos producción, ropa holgada, se puede ver gracias a la influencia del rap, los pantalones enormes y camisas tres veces más grande de la talla original, el grunge fue otro estilo que imperó en los noventas, desalineados, camisas de franela a cuadros, algunos hombres comienzan a llevar largo el cabello, pantalones de mezclilla rotos y deslavados, estilos que necesitaban un mínimo de esfuerzo, los cabellos rizados de mujeres se quedó en los ochentas y comienza a usarse el pelo liso. Los dos mil llegan con tecnología hasta en los sonidos de la música, recursos que apoyaran a la nueva era, la moda fue un desastre cayendo al límite de las cosas que parecían no debían hacerse como pantalones con faldas, rayando en muchas prendas de muy mal gusto, colores, y el legado de nuestras dos generaciones pasadas, que solo hacían más individual las prendas por usarse, los hombres pintaban las puntas de su cabello rubio, peinados en mujeres bien pensados pero desalineados, la intención fue muy experimental, ropa de diseñador rota, la intención era que se notara las rasgaduras, vestidos con retazos de tela que parecían parchadas, pero en realidad ese era el propósito. Y como hablamos de una época tecnológica en la cual se hacen presente los teléfonos móviles, la computadora e internet, los satélites en el espacio, en su mayoría todo lucía muy robótico, los comerciales en la televisión hacían referencia a estos mecanismos, en nuestro país se ve la influencia de la globalización, programas americanos por todas partes en la cual hacen referencia al nuevo milenio. Objetos extraños y aparentemente tecnológicos como los sillones de plástico transparentes inflables, algunos otros minimalistas.

En el proceso de los casi dos años que llevamos reclusos por la pandemia, detecte el regreso de los dos mil, y lo confirme un día que fui con mi mamá a una de estas plazas con muchas tiendas de ropa, entre a las tiendas de ropa para chicas jóvenes, y en todas y cada una de estas tiendas se seguía una tendencia, esta replicaba formas de ropa muy parecidas a los que se usaba a finales de los noventas y dos mil, así como otra tendencia de estampados y formas de ropa y zapatos de los setentas, muy parecido a los diseños de Emilio Pucci el padre de los estampados psicodélicos de aquel tiempo. Me encontré con playeras de color verde marciano que me recuerda completamente a los dos mil, playeras con estampados de matrix, pantalones holgadísimos con cadenas incluidas, pantalones a la cadera acampanados de vinipiel, o pantalones acampanados de tela super delgada en colores naranja, morado y café. El ruido

visual que detecte de estos espacios es por la gran variedad de colores y estampados, texturas como peluche, o pana, tela transparente, ropa nuevamente con la apariencia de estar toda sellada por parches, pero más que ruido visual me percate que me hacía mucho ruido en la memoria, me emociono mucho reconocer aquella nueva ola de los dos mil, reconocí mi nostalgia por aquellos días, porque no solo es lo que estaba de moda en ese tiempo, había ruido en mi memoria porque no solo se trataba de ropa, me hizo recordar música, películas, series, a mis cercanos.

Estas vueltas y regresos a otras épocas en cuanto a la moda en vestimenta y atuendos tienen que ver con la transcontextualización no solamente en el sentido estricto del origen de las cosas en este caso de la indumentaria, porque en su mayoría sabemos que la ropa se realiza en Tailandia por sus bajos costo en producción o estos lugares marginados y necesitados, hay dos maneras en las que puedo pensar aquí la transcontextualización: por el tiempo y por su cultura ¿cuál es su referencia directa? ¿A qué época, cultura o estilo pertenece la prenda? ¿Qué parte del mundo nos muestra? ¿A qué parte de la historia imita? Por ejemplo, recordando la anécdota de la grabación del video kitsch/ochentero pienso en los dos cambios de ropa que vi, uno de ellos fue el vestido de lentejuelas con hombreras y mangas abombadas, que imitaba la apariencia de un auténtico vestido venido de los ochentas, bien pudo haberlo usado Donna Summer, contrario a esto la cantante del video me confirmó que había hecho la compra de este vestido hace unos dos años en una tienda de ropa juvenil, bien podría pasar como una prenda vintage por aquellas predominantes mangas, sin embargo, no los es, puesto que fue una prenda elaborada quizá hace tres años, en la cual la forma de la falda y cuello no son originales de los ochentas, es un vestido que promueve la visibilidad de las curvas femeninas, cosa muy de nuestra época, resaltar los atributos, pero al mismo tiempo compuesto por unas enormes mangas, digna referencia de los ochentas, con otro elemento ochentero: lentejuelas, ósea, un transformer de tiempos, el recurso de juntar dos tiempos en una sola prenda. Puedo entender la transcontextualización por esta mezcla de formas en los patrones de ropa unidas, haciendo un cierto guiño u honor a aquella época pero con la presencia de aquello que nos atraviesa o transita de tal forma que lo volvemos a pedir, lo vuelven a rediseñar, claro con otro tipo de falda o escote, pero con una mínima gota de un rasgo característico de la época, en este ejemplo fueron las mangas, pero bien podría ser un vestido estilo pin up de los años cincuenta, como los que usaba Marilyn Monroe (por que también los vuelven a fabricar con formas distintas pero con algo característico).

Otro ejemplo respecto a la transcontextualización y la indumentaria es, tomando en consideración mi vestido oriental para la vintage party, que tiene la idea de ser de una cultura específica, en su caso la apariencia de un objeto chino, esta prenda pudo haber sido popular dentro de la moda en china, por medio de la globalización y la entrada de mercancía a nuestro país pudimos tener acceso a un objeto que sabemos no es de aquí y aprendimos que viene de otro continente, pero así como llegó aquí estuvo de moda en Estados Unidos, ya que en mis referencias visuales encontré que estaba de moda durante el 2003 y 2004, salen portando este vestido personajes de programas de televisión como: friends y eternal sunshine of the spotless mind, el tránsito tira en dos direcciones, primero en la identificación de una cultura, y segundo en la referencia de época, ya que a algunos los ha de remitir como a mí, a estos años en los que era la moda lleva puesto un vestido o blusa oriental. A mí me transita de dos formas: por medio de la cultura china, ya que cuando llegue a usar estas prendas a mis escasos diez años, mi abuelita me contaba que así se vestían los chinitos, ahora, a mis veintisiete años ya no solo pienso en una cultura, contiene una carga de tiempo, ya que me hace pensar en un momento en el que esto era parte de estar a la moda. Poniéndome quisquillosa algo que no me planté de primer momento en el ajuar que use para aquel evento, y que pase por alto porque estoy tan acostumbrada a ello que a veces olvido que uso lentes, pero mi armazón que llevo usando ya unos tres años, fue un descubrimiento en la óptica de un amigo oftalmólogo que me contó la historia del par de armazones que había elegido y dice así: una noche caminando por las calles aledañas al centro de Querétaro encontró en la basura unas cajas con varios armazones, los curó y limpio, para comenzar con su negocio (así es cómo ha conseguido muchas joyitas de armazón). Al ver un par me encanté, pensé de inmediato en los anteojos de finales de los ochenta principios de los noventa ya que eran enormes y auténticos, en esta anécdota también puedo ver la transcontextualización, ya que se trata de lentes venidos de no sé qué lugar del centro de Querétaro, pero sí sabemos el origen de su época. He traído al 2021 unos lentes de 1989 o 1990, que no pierden la esencia de su época, pero que como sabemos se han puesto de moda y se han reproducido un montón de inauténticas copias.

En ello mido mi rebeldía, un día se pusieron de moda las gafas redondas o las de gota que antes de tener su boom en nuestro tiempo, lo fue en los ochenta. Alrededor del 2015 una aparente nueva moda surge, la de los hipsters, el mercado de los lentes fue bastante remunerado por estos fashion victims, jamás me convenció usar lentes redondos o de gota, ni siquiera los cuadrados cinco años atrás. Me gustaban unos armazones de mi abuelita, enormes, rosa, después compre un armazón a orillas de una banqueta por \$30, sin querer todos han sido

bastantes grandes, sé que los elijo desde la nostalgia, ya que lo hago mirando a mi abuelita, queriendo parecerme un poco a ella, me encanta como forman parte de su personalidad, aunque ahora usa unas gafas más modernas (estas son sus palabras), recordar su imagen cuando yo era pequeña me invita a querer verme mínimamente como ella. Hace muy poco me asaltó la duda de que tan rebelde sigo siendo respeto a la moda, ya que había dejado de ir a los mercados y la inspiración no me invadía para vestir, usando casi todo el tiempo color negro. Sin embargo, un día me invitaron a formar parte de un bazar en físico por lo cual regrese a mi espacio kitsch repleto de nostalgia, el mercado y sus mesas repletas de ropa, por un momento me invadió la ansiedad, pero era una ansiedad de sentir que había perdido el toque, tres meses sin ir bastaron para que en las mesas solo se exhibieron prendas americanas que denotaban una especie de actualidad, descarte muchos puestos que solían sorprenderme antes, mi espacio de búsqueda se redujo a cinco puestos, busque por mucho tiempo, compre algunas piezas, pero me invadía un miedo de haber perdido el gusto por la ropa, agotada y en mi casa decidí no revisar mis compras hasta al día siguiente, para mi sorpresa cuando fui checando mis compras detecte patrones muy similares, camisas que usualmente usan las señoras con estampados de flores, trajes completos de blusas con cuello tipo babero y su falda con el mismo estampado, colores chillones como un traje verde, camisas vintage, así me catalogaron en el bazar, unas cinco personas que pasaban por mi lugar comentaban con sus acompañantes, mira: este puesto es solo de ropa vintage. Por otra parte un día de rodaje llegue en un vestido muy infantil, de colores pero el que imperaba era el rosa, calcetas rosas, y suéter rosa, mis compañeras vestidas de absorto negro me miraron extraño, lo cual me hizo saber que lo estaba haciendo bien, al día siguiente use una chaleco negro dos tallas más grande que la mía, un pescador super holgado color negro, calcetas de cebra, un scrunchie color rojo en medio de mi cabeza (parecía el peinado de Pebbles Picapiedra) un suéter ochentero color rojo herencia de mi mamá, y no podía faltar mi bolso de peluche con estampado de vaca, Fue vistosa mi presencia por los colores, por dejar a un lado que tan bien me hacía lucir un peinado infantil o el vestido de colores, a mí me agrada visualmente por algo forman parte de mi closet, pero por las miradas de algunas personas sé que no es agradable para todos, está fuera de onda, fuera de moda, y aparentemente fuera de contexto porque es poco probable el uso de vestidos medio largos y coloridos tras bambalinas y en general, creo que está de moda el negro, azul marino y café, no lo sé, tan solo me animo y disfrute saberme insurrecta. abrazando cada vestido en primavera, verano, otoño o invierno, disfrutando los vistosos colores, mezclando estampados.

Mi abuelita me repitió en muchas ocasiones que no me guardará para los momentos especiales puesto que no sabes si tendrás tiempo, o si llegará el día especial para el que estás guardando esa prenda que añoras. Así que vivo cada prenda en el presente, si algo me gusta hoy, si quiero usar lo que sea en este momento, aunque sea una cosa bien distinta con los espacios que debo recorrer o presentarme, pero justo siento el deseo de usarlo, hay que hacerle caso a las motivaciones, aquí y en ello reconozco la rebeldía, el kitsch y la nostalgia, ya que en casi todas las ocasiones vestirme conlleva una referencia, sea inspirada por la música con la que me despierto en la mañana, sea un recuerdito en mi memoria que me invita a proyectarse en un pantalón cincuentero satinado y con campana en las piernas en combinación de una camisa de fútbol americano con los hombros bien marcados, que ya sin comentar los colores de estos, nada tiene que ver una con la otra, pero me encanta la conjugación que he hecho, no me importa si para otras personas es demasiado, descombina o les parece desagradable, es deliciosa la libertad que se me ha concedido, es increíble la oportunidad de vestir, recordar, *transcontextualizar* la ropa, la moda, la rebeldía y la nostalgia, es imprescindible reconocer la extensa variedad que trae consigo y debajo de su engaño el kitsch y más importante aún nombrarlo con sus prejuicios, defectos y posibilidades. Las costumbres, los recuerditos (souvenirs) o como se le quiera nombrar a este fenómeno, cuelgan de mi memoria, son parte de mi existencia, experiencia y les dan vida a todos los proyectos que de a poco se han ido develando en mi tránsito por esta.

Conclusión

En muchas etapas de mi vida ir a casa de mi abuelito diariamente ha sido muy normal, pero un día de esas semanas en las que nos reunimos a diario en su casa, llegué al cuarto de mi primo porque es un lugar más cómodo para escribir o leer, y me puse en busca de un cenicero, cuando de pronto me encuentro con lo que él estaba usando como cenicero, era algo que por mi cabeza no habría pasado usar, una concha de mar que le trajeron mis primos más pequeños de su último viaje a la playa. Me causó mucha gracia la sorpresa de ver cómo ese objeto que solía tener una función en su vida pasada ahora aparte de adornar, cumplía y cumple la función de albergar las cenizas del tabaco consumido, mi primo no se la pensó demasiado, simplemente la uso para darle una nueva función a este recordito que le obsequiaron los primitos. Y al hacerlo se incorporó a su campo fenomenal, a su mundo y ese mundo visto desde la estética, nos devuelve, nos revela una manera de movernos en él, esto es una sensibilidad. El primer ejemplo es el de la concha que parte de ser una concha para trasladar su naturaleza a estar en un escritorio siendo un recuerdo de la playa que lleva un sentimiento propio de ser un recordito de mis primitos hacia mi primo mayor, ahora como regalo y nuevamente un transitar en él a hacerlo más cercano con la función de ser un cenicero. El ruido se ha venido tratando desde el primer capítulo y lo ubico de distintas maneras sensorialmente, hay ruido visual, ruido olfativo, ruido sonoro, y ruido sentimental (emocional), y lo colorido parece que tiene que ver más con un sentido en especial que es, lo visual, que es lo que nos devuelve lo colorido del mundo y hay una relación entre el exceso de color y el ruido (transcontextualización).

Si bien el kitsch puede ser un estilo artístico o una corriente artística, movimiento artístico, una expresión en ciertas artes, estas lo son porque tiene ciertas características, estas características van de la mano con la misma vivencia y tiene que ver con lo exagerado, el mal gusto, o pasado de moda, entre otras, pero de todas estas características las que a mí me interesan es la transcontextualización, el ruido y lo colorido que se identifican con cierta facilidad en la ornamentación mundana con la cual tenemos una cierta familiaridad.

Mi trabajo lo he dedicado a averiguar si existe la posibilidad de que haya similitud entre los objetos, actitudes, eventos, indumentaria y música, (que me han acompañado desde los primeros años de vida), con el fenómeno del kitsch. Por otra parte, considero que los objetos y el resto de formas en las que me ha parecido percibir el kitsch en la vida diaria, las he valorado de esa manera puesto que resultan ser muy cercanos, me atrevería decir que, familiares, pero

que el kitsch pueda ser parte o aparecer en la vida diaria, solo sería posible bajo la premisa de que este se puede experimentar más allá del arte, con tal suerte que todo lo descrito durante este trabajo, el adorno, la utilería (en ciertos casos), costumbres y manías sin mucho sentido (para la diversa sociedad) sea considerado kitsch. Si resultara factible lo anterior, mi segunda hipótesis; existe la posibilidad de que haya una conexión afectiva entre consumidor, o el hombre kitsch y los objetos o experiencias kitsch, específicamente la nostalgia. A partir de este planteamiento devienen cuestiones a analizar como método de apoyo, 1) ¿de qué manera se ve la influencia del consumo de objetos kitsch en la vida diaria? 2) ¿es mediante la nostalgia que el consumidor se vincula afectivamente con este fenómeno? 3) explorar la relación kitsch/nostalgia en relación a la moda (indumentaria).

La primera vez que escuche el concepto kitsch fue en una clase, los ejemplos para hacer comprensible este tenían que ver con este hombre falto de educación estética, el nuevo rico que bajo el cambio de su situación económica, se habría abierto paso para consumir lo que los auténticos ricos poseían, la cosa es que normalmente las cosas que el nuevo rico compra suelen ser de mala calidad, o atestado de ornamentos, colores brillantes y chillones, también artículos innecesarios, sin alguna utilidad. Esto provocó que de primer momento me resistiera a sus particularidades, por lo cual pronto olvidé su nombre y sus características. Al final de la carrera se cruzó en mi camino un concepto bastante cercano al kitsch: el camp, me fascinó todo su contenido, sin embargo entenderlo fue un dolor de cabeza. El kitsch regresó a mi y con mucha curiosidad me senté a leer sobre su aporte, su nacimiento, las características y todo lo que significó social y culturalmente. Sin embargo, en donde me sentía identificada y emocionada era en las rarezas que mi abuelita que constantemente presumía en sus estantes, alacenas, paredes, e incluso en ella misma. Los autores criticaban esto en comparación con la verdadera obra de arte, por lo cual si bien podía entender de dónde venía el malestar de los críticos de arte, sentía la necesidad de hablar del kitsch desde un lado menos despectivo, o por completo alejado de réplicas que implicarán el juicio de si era bueno o malo. Solo quería demostrar que mis ojos, oídos, tacto y sentir tenía un constante acercamiento al kitsch. Y porque este fenómeno en sus múltiples formas me hacían sentir como en casa, esa familiaridad ¿de donde viene? Ese anhelo y costumbre de consumir cosas “feas” o inútiles, pero que a mis sentidos o costumbre les hace sentido, y más que eso, me dan nostalgia y una especie de excitación, alegría que estimula mi cerebro o mis emociones.

La tesis ha sido escrita en primera persona puesto que lo que he buscado en todo el proceso de creación de este trabajo ha sido establecer un kitsch tangible en la vida diaria, en los lugares más mundanos, los que habitamos, o concurrimos, situaciones como el transporte público (camiones, pecero, taxis). Lo que quise hacer en mi primer capítulo fue darle lugar a experiencias no tan gratas que a mi parecer contienen algo de kitsch. Comenzando por los mercados, un lugar que está lleno de estímulos y/o efectos, una de las cualidades del kitsch. El mercado me hace sentir algo que reconozco, allí acudían personas con recursos económicos parecidos a los míos, que bajo la distracción del nuevo CD de moda con sonidos siempre tan parecidos entre sus géneros. O la última tecnología al alcance de nuestras manos con controles remotos universales, para todas las televisiones de aquella época, entre un montón de distractores que se revuelven a lo largo y ancho del mercado. Por otra parte también se ha tratado el tema de los funerales y los rituales alrededor de la muerte de mis seres queridos, música, adornos de flores, el olor a incienso, lirios y otras flores que adornan los arreglos o coronas expuestas, café, lociones y tristeza, personas no tan gratas de compartir tiempo o situaciones incómodas, pero sobre todo lugares que en su momento me abrumaban. Toda esa carga emocional que implicaba estar allí, ser parte de estas agotadoras situaciones que implican el contacto físico, atiborrado de personas, olores, un montón de imágenes colores, sonidos, disposición anímica, todo revuelto, la saturación de objetos, y situaciones que pasan al mismo tiempo por donde se mire. Si bien es parte importante de toda esta descripción, cabe mencionar que también se trata de percibir la necesidad de acudir allí, ya sea por necesidad, compromiso, por gusto, o por nostalgia. No obstante, estas situaciones me generaban bastante ansiedad a una edad muy temprana, con el tiempo se volvieron un espacio familiar, de tal forma que en muchas ocasiones he llorado con una nostalgia placentera, una nostalgia emocionante.

Si bien en mi primer capítulo abordé la experiencia del kitsch en tres concretos escenarios, el kitsch parece que puede habitar en otros espacios como el hogar, ya sea en los objetos mal elaborados, mal manufacturados, pero también por el orden en el que se llegan a acomodar a propósito, como en los estantes o vitrinas, asimismo en la variedad de platos, vasos, cubiertos, cazuelas y ollas. Plástico, o vidrio que en un intento de reutilizar se combinan texturas, colores y marcas, como los vasos de crema o yogurth con las vajillas reliquias de la familia y por tanto de alguna manera ostentosas que se usan poco, para no maltratar y que duren otros cincuenta años. El alcance de este fenómeno y concepto estético mal visto por muchos, desconocido por otros y satisfactorio para otros muchos. El mercado, los funerales y las fiestas (en México) parecen contener una especie de celebración, la gente que se reúne en esos espacios (por muy

triste o enajenante que parezca la reunión) estos rituales son pintorescos como lo he mencionado antes, tiene una mezcla de colores, olores, sabores, sonidos y sensaciones que llenan todos los sentidos. Y a mi parecer, a mi percepción la intervención del kitsch podría aparecer por medio de los objetos, o las situaciones atiborradas de ruido.

El proceso de mi segundo capítulo, titulado redescubriendo el kitsch fue consecuencia de analizar si era posible que el kitsch existiera en los espacios que mencione en el primer capítulo, y ello permitiría entonces, que no solo cohabitara en los mercados, funerales y fiestas, recordar esas primeras experiencias despertó también el desagrado, fastidio, asco, y toda aquella incomodidad que habitaba mi pequeña existencia. Los espacios sobrecargados de un sin fin de objetos, atiborrados de ruido, están llenos de efectos. En mi presente hablar de aquella ansiedad trajo consigo percibir en otros objetos y situaciones diarias una semejanza con el kitsch, en mi memoria, pero también en mi día a día encontré actitudes en las personas, el estilo en los altares o mesas repletas de cachivaches, tías, señoras conocidas, encontré un patrón en cuanto a tener en sus espacios fotografías, artículos religiosos de diferentes creencias, naturaleza viva, muerta o artificial, así como uno que otro muñequito de porcelana, pasta, unicel o fomi, consecuencia de algún recuerdo de fiesta familiar, carpetas como mini manteles. En este capítulo también salieron a relucir mis dudas respecto ¿a qué se debe ese efecto y patrón que se repite entre abuelos, padres, hijos, nietos y quizá una o dos generaciones antes de la mía, que viene a continuar con esta reproducción, sino exacta, tan solo el hecho de guardar y exponer ciertos objetos? ¿Será por una cuestión de costumbre? ¿O es genuino nuestro gusto por insistir en esto? En el proceso del redescubrimiento del kitsch y su posible presencia en lugares familiares, en los lugares que habitamos o frecuentamos, en los mismos objetos que llegamos a utilizar más allá de su utilidad de origen, llevarlos a la vida diaria sin cuestionar, en muchas ocasiones solo reutilizando para lo que mejor funcione. Pero otra cosa importante a tomar en cuenta, si bien es nombrar aquellos espacios en los que se me aparece el kitsch, también es poder distinguir este fenómeno dentro y fuera del arte o museo.

Así pues, mi objetivo al realizar el segundo capítulo consiste en proponer otros espacios en los que podría encontrarse el kitsch, así como identificar que la educación podría ser la pieza clave para la influencia del consumo de objetos kitsch en la vida diaria. Si bien existe el estilo kitsch, por otra parte, también se halla el gusto kitsch, de tal forma que tenemos dos formas de experimentarlo, desde una terminología psicoanalítica podría decirse que tenemos lo consciente, y lo inconsciente. Del lado de lo inconsciente resulta que al convivir con los objetos

que han estado a nuestro alrededor desde antes de que llegáramos a habitar el mundo, o que fueron instalándose con el transcurrir del tiempo, pasaron desapercibidos, se volvieron parte de nuestro cotidiano, objetos a veces irrelevantes o tan solo artículos habituales en cada caso. Por otra parte, tenemos la experiencia del kitsch consciente, en el cual sucede lo contrario a lo anterior, puesto que una vez que lo he notado, verlo en mi cotidiano es el pan de cada día, ya sea en espacios ordinarios, viajes, paseos, lo encuentro como un común denominador en mis vivencias.

De esta forma el estilo del kitsch viene a ser un constructo. Una construcción a partir de la historia que en algún punto se ha asentado, el estilo kitsch ha obrado mediante este concepto y sus dinámicas con el mundo, ya sea la globalización o la virulencia con la que se escabulle alcanzando su objetivo mediante el arte. En cambio, el gusto kitsch tiene que ver con una educación. El estilo kitsch requiere de construcción, el gusto kitsch es transmitido por la educación. Esta educación no tiene que ver con la instrucción de un profesor al realizar su labor enseñando, tiene que ver con la enseñanza de nuestro núcleo familiar, con las personas cercanas que nos acompañan en nuestro crecimiento y conocimiento del mundo. En otras palabras, esta educación que requiere el gusto kitsch, se asemeja a la costumbre, manías que aprendemos, repetimos de las personas cercanas a nuestra unidad familiar. Es por ello por lo que al crecer los espacios como funerales, mercados y fiestas pueden ya no resultar abrumadores, ya que una vez que los he admitido como parte de mi cotidiano, sea inofensivo su tránsito.

Con esto no quiero decir que únicamente el gusto se educa, porque el estilo requiere de determinada formación educativa. Pero ya entrados en estos menesteres, el redescubrimiento del kitsch, lo rescato de este gusto que se me ha transmitido, no porque tenga una educación exquisita, tiene que ver más con aquellas costumbres que mi abuelita, mi mamá, mis tíos han depositado en mí. Como lo comento en este capítulo existen muchos hábitos realizados y que no tienen mucho sentido para el resto de las personas que me rodean, o que parecen cosa de superstición, como los elaborados tés de mi abuelita para procurar y usar la menor cantidad de medicamento. Esta educación para masas nos ha informado a muchos, es lo que mi abue y muchos de mis familiares han tenido a la mano, también tiene que ver con sus experiencias y en cómo se han hecho de sus propios conocimientos a priori. En las enseñanzas de las personas más cercanas hay algo de gusto kitsch. Echarle una ojeada a mis recuerdos para dar cuenta de los ornamentos extravagantes que han estado en mi cotidiano, esta necesidad de decorar, rinconcitos que se llenan de artículos incongruentes por las distancias de un buda o un gato chino a lado de la virgen de Guadalupe. La cocina con sus coloridas cucharas, coladeras, trastes

de madera, recipientes de yogurt, toppers y vajillas tesoros de la familia amontonados en cajas para conservar y consagrar su buen estado.

Tradiciones que se preservan porque es parte de la historia familiar, gustos que se presentan como una herencia, costumbre, en la costumbre vive nuestra tendencia a imitar, como un acto casi automático, como en nuestros primeros años de vida, en donde aprendemos a comer, caminar, hablar, gesticular, y siempre en comparación de las personas con las que crecemos. El redescubrimiento del kitsch quiero que me entiendan, es poner en suspenso que el kitsch solo se deba al arte y para el arte, cuando si ponemos pronta atención se puede ver en todas esas cosas que nos rodean pero que pasada toda una vida dejamos de verlas, tiene todo el sentido porque las hemos visto desde siempre, pero en el momento en el que cuestionamos nuestro entorno, se descubren no solo los espacios, también nuestros hábitos, y una vez ahí perceptiva, resulta que si bien el arte o estilo kitsch me han dado la pista de algo, sin embargo, es en la propia vida en donde he podido comprender mejor el fenómeno del kitsch, ya que pareciera que en su efectivo engaño, en su hacerse pasar gato por liebre, hay un sin fin de objetos, experiencias que en palabras de los autores que he retomado, se ven inmersos en sus descripciones, respeto y confío en el arte kitsch, sin embargo, parece que el gusto kitsch precede al arte incluso pensándolo como un referente para nombrar a eso que es de mal gusto, una vez impuesto el adjetivo, se puede nombrar a esas obras que no proponen nada nuevo, al contrario solo retoman de varios lugares y técnicas para ornamentar la obra.

Previo y durante la investigación, uno de mis mayores temores fue adjudicar al kitsch un lugar que es ajeno al museo o al círculo intelectual, por que estoy tratando con un concepto estético que de entrada su primera pista y referencia tiene que ver con el mundo del arte. Sin embargo, al tratar con los autores, abrí una brecha hacia la vida misma, porque fue ahí donde me sentí bastante familiarizada con mucho de lo que los intelectuales describen, poco a poco fui dándole valor a mi percepción, encontrando en la memoria mucho material que de principio parecía más que me hablaban de ello que del mismo arte. También en el transcurso de este trabajo, me he dado cuenta de fenómenos como la transcontextualización, la cultura de masas en el kitsch y en ello procuro concentrarme en el tercer capítulo. Ya comenzaba a tratar sobre el tema al final del segundo capítulo, pues es importante hablar del redescubrimiento de este fenómeno puesto que implica darle un lugar, en este caso en la cotidianidad, para analizar de qué manera hemos adquirido ciertos conocimientos, costumbres, hábitos que se ven vinculados con nuestro entorno. El kitsch en mi rutina (antes de estudiarlo) no tenía relevancia, es más lo pasaba por alto, como eso que se tiene a la mano y no se cuestiona, porque ha sido parte de mi entorno, de mi rutina, pasarme por la casa de mi abuelita y no cuestionar de donde salieron tales pintura

enmarcadas en cuadros que adornan sus paredes, o el simple hecho de comer en platos de plástico con estampados cursis, beber agua en los vasos que en alguna ocasión contenía yogurt o crema, y reconocer los otros vasos de vidrio con diversas formas, que ni uno se parezca al otro, una mezcla que ha sido parte de mi experiencia desde muy pequeña. Y no es hasta que se devela algo, como si todo el tiempo previo a se llevará un velo de por medio ante la vista, pero un buen día se puede apreciar aquello que me era habitual. Las enseñanzas de los dichos populares van desde una perspectiva moral, hasta prevenirnos de los efectos de nuestro actuar si se llegan a tener malos hábitos. He crecido entre lo que me ha enseñado mi abue, mis tías, mi infancia y las caricaturas, películas, canciones. La cultura de masas ha permitido que haya un mínimo de educación y quizá no de la mejor manera, pero acercado al resto del mundo a nuestra experiencia en determinado espacio y tiempo, entendemos de ciertas referencias gracias a esa cercanía, si bien no de manera inmediata a la industrialización se abrió una brecha importante para generar artículos de manera más rápida, también se brindó la posibilidad de comerciar con otros lugares del mundo, trasladando la cultura de otros lugares a otros contextos sociales. Mi vivencia está bastante lejana a aquellos tiempos, para el año en el que nací se estaba firmando en México el tratado de libre comercio, que implicaba una revolución cultural, al entrar la globalización se estaba abriendo la puerta a la cultura, y variedad de costumbres, objetos, idiomas, modas, por mencionar algunas.

La transcontextualización trata de este traslado, de la cercanía de aquellos artículos ajenos a mi cultura que salieron de su lugar de origen para instalarse en las repisas de la vitrina en casa de mi abue, sin embargo, la dialéctica que procede al abrirse camino cada objeto tiene la siguiente estructura, pensemos en un objeto que es exclusivo de un determinado lugar, podría ser un jarrón chino que por azares de la vida hoy día está en alguna habitación de la casa, pese a que está dentro de nuestro entorno sabemos que ese jarrón no es un artículo fabricado en México, o sus características como podría ser su diseño dista mucho de los objetos que se crean aquí mismo, ya sea porque tenga algún escrito con el alfabeto de su origen, o porque tenga alguna imagen tradicional de su lugar de origen. De una u otra forma en nuestra cabeza sabemos que aquello es de otro entorno, podría resultar una extravagancia a nuestros ojos, sin embargo, ocurre algo muy peculiar, se vuelve parte de nuestro ambiente, es nuestro como propiedad, pero sabemos que nada tiene que ver con nuestra cultura, de manera inconsciente podemos llegar a tener claro que nos es ajeno, pero de cierta manera pasa a formar parte de nuestra cotidianidad, no lo apropiamos, sin embargo, lo hacemos parte de nuestro diario. Se traslada el objeto sin perder su origen, pero una vez que transita hasta llegar a nosotros lo adoptamos o incluimos en nuestra vida, ya sea usándolo como un contenedor de flores o de plumas

(siguiendo el ejemplo del jarrón chino), o de lo que se nos ocurra, y le damos una nueva vida sin perder su esencia. Veo como un efecto de toda aquella información y mercancía en masa a la cual tenemos acceso por cuestiones de la globalización, la viralización del folclore de otros países, ciudades, aldeas, que al poder industrializar se vuelve accesible, y rentable para llevar a otros espacios del mundo. La cultura para masas ha brindado el conocimiento de muchas otras realidades, así como ha brindado el poder contar con al menos un artículo que encontramos en casa como: exportado, algunas de esas reliquias son recuerdos de abuelos, tíos o familia que ha tenido la oportunidad de viajar, conocer, traer un minúsculo cacho de otra cultura para recordar aquella experiencia o lo que sea, y muchas veces aquello pasa a formar parte no solo de manera superficial como un objeto extravagante en la cocina o sala, sino que a largo plazo muchas veces se puede llegar a convertir en una reliquia familiar.

Siguiendo un poco lo anterior, diría que existe una carga importante de nostalgia (aunque resulte evidente), durante todo el trabajo aquí expuesto, desde las anécdotas más entrañables que retratan mucha de mi infancia, así como la estructura de mi educación, comportamientos heredados, extrañas manías que se han vuelto costumbres innecesarias, pero que finalmente existen por el placer o la alegría de honrar a mis seres queridos presentes y ausentes. Cuando comenzaba la investigación sobre este tema, me parecía tener cierta afinidad con las descripciones de los autores, todo aquello que parecía desagradable, me despertaba una sensación que no sabía nombrar, pero que me motivaba a continuar con las lecturas, no he de negar que en algunos momentos me sentía ofendida, y en otros apenada, pero finalmente un buen día entendí que para mí se trataba si bien de un fenómeno estético también comprendí que tenía una conexión afectiva, no sabía que sentimiento me producía, sin embargo, pronto entendía que se trataba de nostalgia, no como un malestar patológico, muy por el contrario. Todas aquellas malas experiencias de infancia, los mercados abarrotados, con toda clase de olores, sonidos, e imágenes, así como las reuniones funerarias, carnavales familiares, con estruendosas emociones pasaron a forma parte de mi memoria como eventos importantes, pero inclusive en aquellos lugares me respalda mi tía Olga con sus bailes exóticos, su fascinación por las novelas, películas y música de un México en los 90's, si bien las experiencias fueron bastantes crudas, desagradables, hostiles, mi abuelita procuraba curarme con sus tés mágicos, con sus historias fascinantes, mi familia hacia mi día a día tolerable, con todo y sus dolores, recordar aquello me llena de un placer indescriptible. Con esto quiero decir que fue doloroso, irritante y angustiante, sin embargo, lo que salió del malestar fue la posibilidad de extraer de todo aquello un fenómeno que se encontraba entre líneas, encontré que el kitsch ha estado desde

antes de mi llegada a este mundo, y que he podido experimentarlo en mi cotidianidad, y bajo la influencia de este síntoma llamado nostalgia he podido recuperar los archivos de mi memoria en los que se presenta el kitsch como una vivencia que he tenido con objetos transcontextualizados, me ha abierto la posibilidad de redescubrir este fenómeno en situaciones muy banales. Pero también es importante darle su lugar dentro de la nostalgia, pues considero que mucha de la influencia que tiene el kitsch tiene que ver con esta necesidad de recuperar mediante objetos innecesarios pero cargados de emociones, recuerdos o sensaciones agradables o desagradables de un día, aquel pasado que en retrospectiva se ve distinto, y que por ser pasado nos es conocido, no desafía nuestro presente, solo nos recuerda. Las chunches coleccionados, heredadas, o adquiridas tienen una razón de ser, las recibimos o escogemos por un motivo, que quizá estaré suponiendo demasiado, pero algunas veces pareciera que le acompaña alguna emoción imperceptible, habrá alguna que sea contraída por la nostalgia, con motivo de mantener el recuerdito en un objeto y en la memoria.

Con mi último capítulo titulado kitsch, moda y rebeldía, quise tratar con todo aquello recabado a partir de los años desde la educación adquirida mediante películas, videos musicales, así como los mismos sonidos de estos, todo aquello que he podido percibir mediante la mass media, completando mi propia imagen, un ir y venir de variados estilos. Parte primordial de mis gustos fue la influencia de la rebeldía ante lo que se me decía que debía usar o no usar, y gracias a ello pude hacerme de un bagaje indumentario. Observar lo que sucedía a mi alrededor, en la cotidianidad, en lo que se reflejaba mediante la pantalla, de aquellos lugares que, si bien no he pisado o conocido de manera directa, pero que permea por el influjo de los medios de comunicación, por la cercanía de mi familia, mis tías y sus modas en los noventas y dos miles, amistades de secundaria, preparatoria y universidad. Mi gusto reprimido por la moda, me ha hecho admirar la indumentaria en la calle, en la televisión, música, revistas, YouTube, ahora Instagram, la importancia que revela una época, sea político, social, artístico, histórico y psicológico, mediante una prenda, es impresionante, y como en esto también hace de las suyas el kitsch para hacer un collage de estilos, sin sobre pensar la importancia y quizá solo retomando desde la nostalgia para traer a un presente algo de aquello que parece que conocemos, algo que me recuerda a una época que si bien tuvo sus propias complicaciones, me concede cierta amabilidad, me regala tranquilidad épocas que si bien no me tocó experimentar tengo cierta certeza y no sabría decir a bien porque, pero no me son desconocidas, quizá en ello radique, en que son parte de la memoria del mundo que me ha tocado habitar. La posibilidad de poder jugar con una gran cantidad de estilos ya existentes me recuerda a este fenómeno, el

kitsch y su virulencia que se manifiesta en esta cotidianidad, ropa a bajos costos, y todas las posibilidades de combinarse. No me queda nada que decir más que dejar clara la influencia del kitsch y la nostalgia, en muchos aspectos de la vida, ya sea en la música, moda, comida, educación, películas, libros, arte, en el hogar, en la personalidad, definitivamente en el gusto o el estilo.

También considero que quizá estoy comprometiendo demasiado la descripción a un concepto que probablemente ya me pueda estar siendo rebasado por esto, el concepto de kitsch, que parece tener más bien su ámbito en un contexto más restringido como es el de las artes ¿no será otra cosa? No tanto porque no tenga que ver con eso sino porque tal vez podría recibir otro nombre. Tan solo por pura lectura y a partir de la definición nominal, muy rápidamente de Kulka a Benjamín, de Benjamín a Eco etc. Todo esto se relaciona de entrada y más propiamente con el mundo de la artes, quizás sí, como una vertiente o una contra corriente, sin embargo, lo que ya he compartido aquí, las reflexiones que han surgido al menos, y en consideración con el primer capítulo, como lo decía unas líneas arriba, el arte nace de la vida, pero si nace de la vida, el kitsch es un estilo artístico que nació de la vida hemos de conservar el término para referirnos a eso con lo cual estamos muy familiarizados y que es parte de nuestras costumbres. La vida desborda el arte con mucho, por tanto, también, nos concentramos si admitiera que el kitsch es de un ámbito, dimensión, un orden, más estrecho que el de la vida, puesto que la vida lo desborda.

Fuentes de consulta

- Calinescu, M. (2003). *Cinco caras de la Modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giesz, L. (1973). *Fenomenología del kitsch*. Barcelona: Tusquets.
- Gombrich, E.H. (1999). *La historia del arte*. México: Diana.
- Greenberg, C. (2006). *La pintura moderna y otros ensayos*. Madrid: Siruela.
- Kulka, T. (2016). *El kitsch*. Madrid: Casimiro.
- Moles, A. (1990). *El kitsch el arte de la felicidad*. España: Paidós.
- Sartre, J. P. (2011). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
- Ortega y Gasset, J. (2007). *La deshumanización del arte*. México: Porrúa.
- Merleau-Ponty, M., (1993), *Fenomenología de la percepción*. México: Planeta.
- Abbagnano, N.-Visalberghi, A. (2019). *Historia de la pedagogía*. México: FCE.
- Eco, U. (2009), *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Tusquets.

Índice de figuras

- Figura 1. Bueno, bonito y barato 36
- Figura 2. En su santa gloria 38
- Figura 3. Todos para abajo 41
- Figura 4. Cucharones y coladeras 48
- Figura 5. La mesa del recuerdo 51
- Figura 6. Intocable 54
- Figura 7. Cuando éramos Vago y parecía que éramos felices!! 62
- Figura 8. Bollywood a la esquina 71
- Figura 9. Parte de la familia 76
- Figura 10. Fiesta de contemplación de los cerezos en flor en Asukayama (Asukayama hanami) 79
- Figura 11. Yonaguni 80
- Figura 12. Good boy 83
- Figura 13. Corona personal 89
- Figura 14. Cuadro de mi abuelita 92
- Figura 15. Amor chiquito 94
- Figura 16. Dragón kitsch 107
- Figura 17. Píldora tornasol 108
- Figura 18. Día de lavado 118